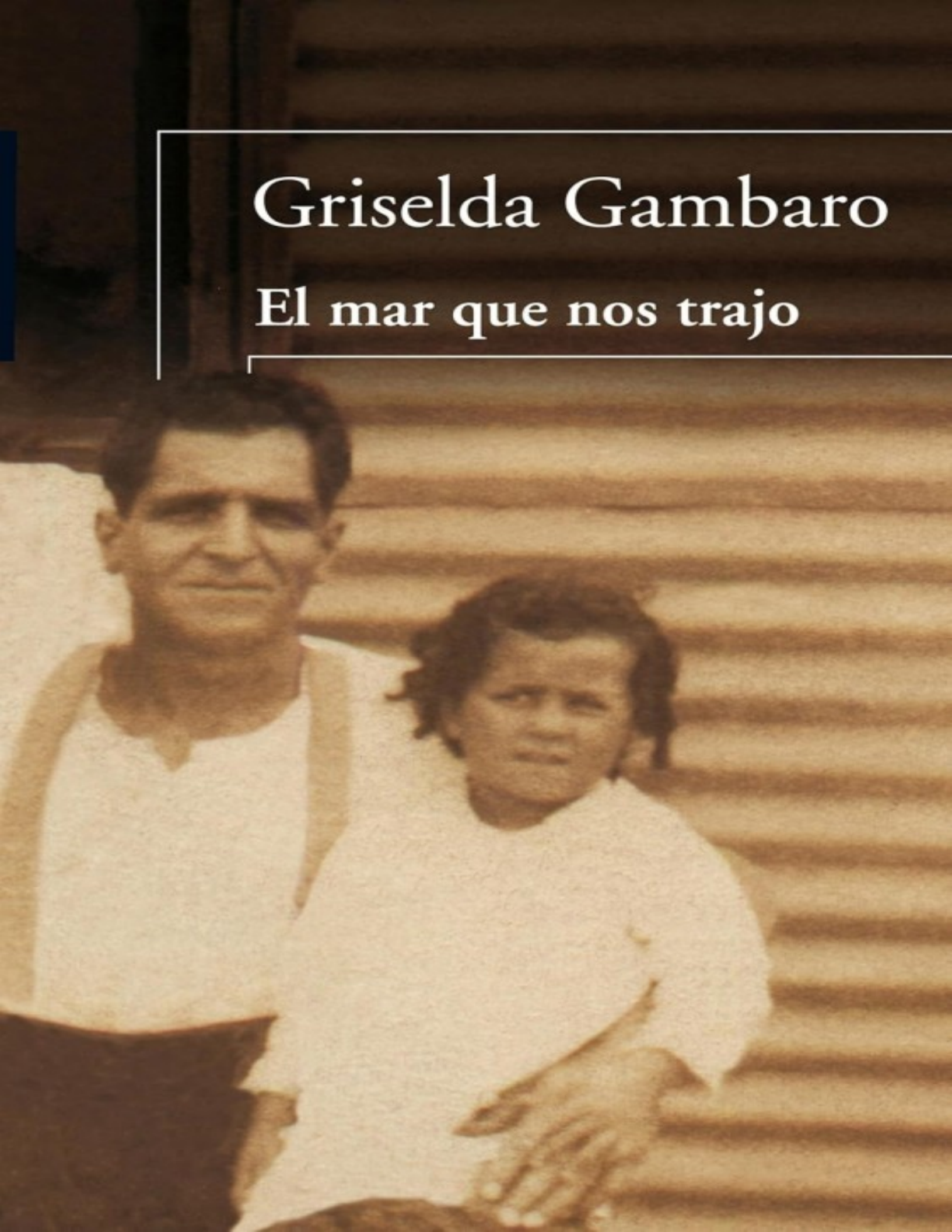
Griselda Gambaro

El mar que nos trajo



Griselda Gambaro se zambulle en el mar, en esta emotiva historia de encuentros y desencuentros, para extraer los orígenes y crear lazos de amor bajo el signo de la separación.

Agostino parte de Italia hacia un Buenos Aires de finales del siglo XIX, recién casado y con ansias de un futuro mejor. Así como los barcos deben merecer el mar, los hombres han de merecer el amor que sus mujeres lanzan como redes esperanzadas. Novela de inmigrantes, de amor y de lucha, *El mar que nos trajo* conmueve sin pretenderlo por su belleza y profundidad sobrecogedoras.

Griselda Gambaro

El mar que nos trajo

Título original: *El mar que nos trajo*
Griselda Gambaro, 2001

Editor digital: Un_Tal_Lucas
ePub base r3.0 (ePub 3)

…ed io vorrei che pure a te venisse,
ora, di me un'eco di memoria,
come quel buio murmure di mare.

S. QUASIMODO

Un murmullo de mar,
un eco de memoria.

En el verano del ‘89 se produjeron dos acontecimientos importantes en la vida de Agostino cuyo transcurso no le había deparado sufrimientos ni alternativas notables. En primer lugar, su futuro cuñado intercedió ante la compañía naviera en la que trabajaba y le consiguió un contrato como marinero en la línea Génova Buenos Aires. En segundo lugar, se casó con Adele.

Él tenía diecinueve años y hasta ese momento sólo había conocido la isla y el mar que la rodeaba. Cada atardecer, salvo que el tiempo lo impidiera, salía en barca bajo patrón en jornadas que, según la pesca, concluían al amanecer o al mediodía siguiente. Se trabajaba mucho y se ganaba poco. En cambio, marinero en un buque de ultramar, su porvenir sería distinto, y bien lo sabía por los paisanos embarcados que cada dos o tres meses regresaban a la isla con provisiones exóticas, regalos y dinero en el bolsillo. Decían que el trabajo distraía de la ausencia.

Agostino recibió las felicitaciones de sus compañeros, ligeramente resentidas en los más jóvenes que envidiaban un destino semejante. A dos o tres podría sonreírles la fortuna, como había sucedido con Agostino, pero la mayoría poco conocería del mundo. Ellos estarían condenados al mismo ritmo de trabajo toda la vida: la pesca, la venta a precios viles y el ocio destinado al arreglo de las redes. Sólo tenían a su favor el mar habitualmente sereno, pero que de vez en cuando también se encabritaba.

Agostino estaba muy enamorado de Adele, que había cumplido diecisiete años. Cuando la familia de ella impuso el casamiento, Agostino aceptó. El padre y los dos hermanos mayores, Cesare y Renato, en una reunión sólo de hombres, dijeron: Adele era honesta, el viaje sería largo, un novio que parte no otorga la misma seguridad de un marido que parte. En este caso estarían los votos de fidelidad pronunciados, el compromiso asumido ante Dios de una vida compartida hasta la muerte. Tenían rostros severos, discurso solemne, y Agostino no hubiera podido escapar de la reunión sin acceder al casamiento. Pero él también lo deseaba, brillaban sus ojos cuando estrechó las manos del padre y de los hermanos de Adele, cuando brindaron con vino antes de llamar a las mujeres.

Ellas acudieron y se unieron al brindis con un fondo de vino en los vasos. Agostino miró furtivamente a Adele, no para avizorar su sonrisa feliz sino su cuerpo generoso, los senos firmes bajo el vestido. Falto de aire, respiró con la boca abierta. Se moría de calentura por Adele, a la que nunca dejaban sola. De ella sólo había tocado los dedos de su mano porque los ojos escrutadores de la madre o de la abuela no los abandonaban un instante, fijos, recelosos como si un suspiro de distracción pudiera desencadenar una hecatombe. Conocía la voz de Adele, un poco ronca, pero esa voz nunca le decía sino palabras que todos podían escuchar. La deseaba, íntima y secreta, con tanta fuerza como deseaba su cuerpo.

Decidida la boda, los padres de Adele completaron las piezas del ajuar, cedieron el mejor cuarto de la casa y la fiesta se celebró un día luminoso de fines de verano que terminó en lluvia, Agostino un poco incómodo en su terno nuevo, sin más ojos que para Adele, vestida de novia.

Un mes después debía partir. Adele lloró la noche previa y cuando oyó el ruido del carromato que venía a buscarlo para conducirlo al pequeño puerto de la isla, se tendió en la cama y

ocultó el rostro arrasado en lágrimas. Él la consoló como pudo y partió.

Embarcado hacia Buenos Aires, no tuvo mucho tiempo de pensar en ella. Trabajó duramente. Sin puesto fijo en ese vapor que llevaba emigrantes, empezaba antes del amanecer baldeando la cubierta, lustrando los bronces en la cabina de mando, en los salones y el comedor de primera.

Luego, apenas amanecía, Agostino y sus compañeros expulsaban a los emigrantes de los dormitorios comunes donde flotaban los olores rancios de una noche compartida, densa de multitud, de malestares provocados por la alimentación, el movimiento del barco. Y si el mar había estado agitado durante la noche y varias mujeres habían quedado postradas por el mareo, las obligaban a levantarse. Con guiños por encima de sus cabezas, las tomaban de la cintura acompañándolas hasta el pie de la escalerilla: a tomar aire, aconsejaban, que el aire les quitaría la náusea, el color muerto del rostro.

El dormitorio vacío, limpiaban a baldazos los pisos de chapas metálicas invisibles bajo una costra de pintura gris. Agostino y sus compañeros trabajaban rápidamente y sin miramientos, si alguien había olvidado un atado de ropa sobre el piso en lugar de resguardarlo encima de la litera, quedaba empapado y barrido como el resto. Cuando llegaban a los dormitorios de hombres, sólo deseaban terminar: si un viejo permanecía en la litera lo ignoraban; dejaban húmedas y a veces con charcos las planchas del piso.

A media mañana, Agostino bebía un café, comía media hogaza de pan, y cuando creía que era su oportunidad de fumarse un cigarro, lo mandaban a la sala de máquinas o de pinche en la cocina. Entonces añoraba las horas previas al amanecer, cuando lustraba los bronces en la cabina de mando, en los salones y el comedor de primera. Estaba descansado, el ruido y la agitación eran mínimos. Y a veces, mirando por el ojo de buey el mar en calma imaginaba que

no había partido, que lo contemplaba desde la playa de arena y piedras romas.

Acostumbrado a la soledad de la isla, Agostino sentía irritación y hasta agobio ante esa muchedumbre de emigrantes que no tenía otro sitio donde pasar el día que la cubierta. Apenas iniciado el viaje, cada familia había buscado su hogar, refugio y punto firme en la inseguridad del barco, había armado su reducto llevando a cubierta sus objetos preciosos que no abandonaban de la mano, amén de sillas, mantas, lienzos que daban protección cuando la lluvia castigaba o el sol picaba fuerte.

Aturdían a Agostino tantas voces interpelándose a los gritos, voces vivaces o tristes que discutían o conversaban para abreviar el tiempo que no transcurría nunca. Sólo en la noche cerrada, cuando las mujeres dormían con los niños en los dormitorios comunes y los hombres las deseaban en los suyos, el silencio permitía oír, sordo y constante, el rumor sereno del vapor en su marcha. A veces, un breve momento, Agostino se apoyaba en la borda antes de acostarse rendido, y mirando el agua oscura trataba de recordar a Adele, pero siempre la fatiga lo vencía.

A poca distancia de Río de Janeiro, después de una jornada extenuante, el contramaestre lo despertó con una orden que Agostino consideró injusta y casi se fueron a los puños. Pasó los días de anclaje en el puerto encerrado en un cubículo que servía para trastos y calabozo. Cuando salió, la costa paralela al barco era apenas un borde ondulado a la distancia.

En Santos vio una tierra roja y un puerto tropical donde la selva casi podía tocarse, tan próxima asomaba detrás de unos galpones pintados de verde. Pero se le antojó un pobre paisaje comparado con su isla.

Cuando sus compañeros obtuvieron permiso para bajar a tierra, él debió quedarse de guardia en la cubierta, junto a la escalerilla de descenso. No lo lamentó demasiado porque, de bajar, hubiera

terminado acostado en el lecho de una mujer extraña. Quiso recordar a Adele, pero sólo recordó su llanto la última noche.

Al llegar a Buenos Aires, un compañero lo llevó a casa de unos parientes lejanos. Los recibieron con hospitalidad y la sobremesa duró mucho, conversando sobre un pueblo que no era el de Agostino sino otro, tierra adentro. Mientras los demás hablaban y el país natal se tornaba región incomparable, los ojos de Agostino seguían a una muchacha que servía la mesa y traía los platos desde la cocina. No se sentó con ellos. Era delgada, de rasgos afinados y cabellos castaños. Cuando sus ojos encontraban a los de Agostino, bajaba la vista y enrojecía vivamente. Dejó caer un plato y los dueños de casa la reprendieron de una manera familiar, apenas ruda. Al despedirse, Agostino le preguntó su nombre, que había sonado con frecuencia cuando le ordenaban: trae el vino, trae la pasta. Ella recogía la mesa y sus manos temblaron. —Luisa— dijo, sin volverse. Hacía tres años que estaba en la Argentina, era de Florencia, y le habían pagado el pasaje para que anidara en la casa y atendiera a los niños. No cobraba sueldo y sin disgusto dormía en la cocina. Pero esto Agostino lo supo después.

En el puerto, sentado desde el amanecer en un andamio sobre el agua Agostino pintó una parte de la proa con otro marinero, mientras pensaba en la muchacha de cabellos castaños que enrojecía vivamente. A cada movimiento del pincel empapado en la pintura de olor penetrante se decía que no volvería a verla. Murmuró Adele, pero el nombre no le trajo su presencia.

Cuando a media tarde se desocupó y le concedieron permiso para bajar a tierra, se lavó y cambió de ropa, abandonó el barco y se apostó frente a la casa, la misma casa de balcones y altas puertas cuyos dueños le provocaron de pronto una irresistible antipatía. Las palabras condescendientes, apenas rudas, apenas mordaces, ante un plato roto.

Sostenido por una infinita paciencia extraña a su carácter, desarmado de pensamientos, permaneció inmóvil frente a la casa.

De vez en cuando se frotaba las manos y alzaba la cabeza fugazmente para distinguir la variación de la luz. Fue atardeciendo, pero antes de que cerrara la noche, ella salió. Llevaba un delantal con pechera sobre el vestido gris y cargaba un canasto de compras. Descubrió a Agostino en la vereda de enfrente y una llamarada le subió al rostro. Iba a tomar a la derecha, hacia el almacén de la esquina, y torció a la izquierda, acelerando el paso. Él la siguió.

Luisa no volvió a la casa ni él al barco. Cuando a Agostino se le terminó el dinero, ella estaba embarazada. Se lo confesó una noche con un sentimiento de culpa. Oyó su risa: —Suele pasar— se burló Agostino, poniéndole la mano en el vientre. Y ella, llena de gratitud, se dijo que no lo merecía. Él se durmió pronto, con la sombra de una preocupación en la sonrisa que ella no vio en la oscuridad.

A la semana siguiente, Agostino consiguió trabajo en la carbonería de un piamontés, dejaron la pensión en la que habían vivido hasta entonces y alquilaron una pieza en una casa de inquilinato.

Con buena voluntad, mirándolo a los ojos, el piamontés le concedió un adelanto sobre el sueldo. Zanjaron la deuda en la pensión y compraron los primeros muebles en los que transcurre la vida: una mesa, una cama, dos bancos de madera. Luisa dijo que ella siempre había trabajado, no había razón para no hacerlo ahora. En lugar de lavar y planchar sólo la ropa de Agostino, lavaría y plancharía otras, y con una de sus avaras sonrisas agregó que sería de gente que amaría menos. Él la miró dubitativo, pero no se opuso porque la necesidad era grande. De pronto rió y la amenazó en broma: a nadie debería amar *más* que a él. Y ella enrojeció y los ojos se le nublaron: la sola idea, aun en broma, de que ella pudiera amar a alguien más que a Agostino le resultaba terrible.

Cada quincena, Agostino descargaba los carros de carbón. Llegaban al amanecer y él los esperaba en la puerta de la carbonería con una bolsa de arpillera doblada sobre el hombro. Apenas oía el rechinar de las ruedas sobre los adoquines, sacaba a la calle un gran

cesto de tejido apretado y empuñaba la pala. Llevaba el cesto en repetidos viajes a través de una escalera que descendía a un depósito oscuro. Alzaba en el sótano una montaña de carbón, de piedras sueltas. Luego, con menos fatiga, descargaba otra parte en el local sobre la calle. Cuando terminaba, el piamontés aparecía y movía la cabeza en un gesto de aprobación. Durante el día, bajo la mirada del piamontés, Agostino vendía el carbón al menudeo, pesándolo en una romana de fiel inestable cuando era poca cantidad, o en la balanza de piso cuando era mayor. Regresaba con el pelo endurecido, el rostro tiznado. Su pañuelo se impregnaba de una humedad oscura y viscosa. Siempre tenía las uñas sucias y se las miraba con tristeza.

Él pensaba a veces en Adele y en los hermanos de Adele, a quienes temía. Hombres severos, de pocas palabras, el honor de Adele contaba para ellos como el propio honor. Sin embargo, protegido por la distancia, Agostino se sentía en seguridad. Difícil trasladar el agravio al lugar distante del castigo o la reparación. Cesare y Renato no viajaban hacia América, los dos estaban embarcados en un buque de la compañía cuyo trayecto empezaba en Génova y terminaba en Trípoli.

Pasados los meses, en el cuarto del inquilinato nació una niña a la que llamaron Natalia. Después del nacimiento, Luisa se afeó un poco, estaba muy delgada y tosía por las noches. Agostino le dijo que debía ver a un médico y le propuso una visita al hospital, pero ella palideció al oír el nombre de ese sitio donde uno moría y repuso que siempre había tosido según la época.

Y él la burló tomándola en sus brazos. —Según la época— repitió mientras remedaba su acento de vocales abiertas, sin poder desechar una leve inquietud. Él la seguía amando, amaba sobre todo su cabello espeso que llevaba en rodete y que cuando se desnudaba le caía hasta la cintura.

Ella era una mujer de índole apacible. Reía poco (la risa no me pertenece, solía decirse), con tanta vergüenza que cubría su boca

con el dorso de la mano. Nunca se contemplaba en el espejo sin la sensación de estar en falla, demasiado afilada su nariz, demasiado juntos los ojos pequeños, demasiado impreciso el contorno de sus labios. Pero no se atrevía a desearse distinta porque Agostino la amaba.

Al mes del nacimiento de la niña, retomó su trabajo. Agostino no protestó. Frotándose el hombro que sentía resentido, no le concedió la gracia de oponerse como ella esperaba. Dijo con sequedad: —Está bien— y Luisa levantó el bebé en brazos para ocultar su decepción; no supo de la íntima congoja de Agostino incapaz de procurarle ocio y holgura. El piamontés desparramaba simpatía pero pagaba malamente.

Luisa recogía la ropa de casas acomodadas y la lavaba en los piletones de cemento al aire libre, en el fondo del patio. Las vecinas más bondadosas no se rebelaban ante los piletones ocupados, uno con la ropa en remojo, otro con la ropa para enjuagar; observaban sus brazos frágiles, su torso huesudo y callaban, permitiéndose a lo sumo un suspiro de fastidio. No terminaría nunca con tan poco cuerpo.

Ella aprovechaba la ausencia de Agostino, el sueño de Natalia, cada instante del día. Estiraba la ropa empapada en almidones con una plancha de hierro que calentaba en un brasero de carbón, y la devolvía puntualmente recorriendo largas distancias para no gastar en el tranvía. El ruido y el movimiento de las calles la asustaban, pero se guardó de confesar sus temores a Agostino. No era dada a exigir ni a quejarse porque de donde venía, una Florencia aldeana y pobre, la resignación se aprendía en la cuna, junto al primer balbuceo. Sufría calladamente cuando le retaceaban el pago y debía volver golpeando las puertas con una mansa insistencia de mendiga. Sufría calladamente cuando el brasero, en los días de verano, aumentaba el calor, o el agua helada del invierno endurecía sus manos.

Por su parte, Agostino encontraba que la vida era demasiado penosa; Luisa estaba excesivamente delgada para su gusto, tanto que al tocarla sentía menos pasión; su cabello, cuyos extremos ella quería cortar porque le pesaba en la nuca, decía, se había vuelto opaco. Ella tenía cinco años más que él, y Agostino empezó a pensar que tal vez cinco años eran muchos. En algún momento, añoró el paisaje de la isla, el pueblito cercano a la playa donde él había vivido, y el otro, más distante, asentado en la cumbre de la colina; tuvo nostalgias del mar y sobre todo del color azul del mar. Pero la niña, con sus preguntas vivaces en media lengua, la gracia de sus gestos, lo compensaba de sinsabores y él la adoraba. Cuando cumplió tres años, la llevó a sacarse una fotografía, que guardó siempre en su cartera de bolsillo, una hermosa niña de rostro despierto, vestida con una pollerita oscura y una blusa de mangas abullonadas y cuello blanco, de pie sobre un almohadón.

A los cuatro años resaltaba el parecido de Natalia con su padre, los mismos rasgos, el mismo color verde de los ojos. Cuando estaban juntos, Luisa no contaba; como dos conspiradores, la excluían de las bromas, de los juegos secretos que Agostino inventaba para ella. La madre, mansamente, si estaba planchando, avivaba el carbón o movía la plancha tan concentrada sobre las prendas que se volvía ausente.

Una noche, él retornaba del trabajo, pensando en la niña cuyas salidas lo regocijaban y le concedían el único orgullo que había podido conquistar en esta tierra. Rememoraba plácidamente sus curiosidades y sus preguntas que él a veces respondía de manera descabellada para provocar su espanto o diversión. A pesar de las advertencias de Luisa, que sonaban más a súplicas que a enojo, Natalia correría a su encuentro apenas divisara su sombra en el umbral. Él simularía rechazarla diciéndole estoy sucio, pero terminaría por contagiarle en un fuerte abrazo el hollín de su ropa. Meciéndola de adelante hacia atrás, apretada contra su pecho, le decía al oído: barquita mía, y Natalia, entrecerrando los ojos, con

insistencia incansable preguntaba: ¿qué soy? Barquita mía, susurraba Agostino.

Esa noche, estaba más cansado que de costumbre y quería llegar a casa. No obstante, se detuvo para encender un cigarro protegiéndolo del viento y advirtió que dos hombres avanzaban hacia él en la oscuridad que la luna y algún foco tornaban poco densa. Por el aspecto y la forma de caminar los reconoció fácilmente. Se quedó sin aire y guardó el cigarro sin encender en el bolsillo.

Cesare se tocó el ala del sombrero y dijo: —Adele te espera.

—Tengo una niña —balbuceó Agostino, y Cesare repitió, apretando los puños—: Adele te espera.

Había un café enfrente, cuya puerta abierta arrojaba un destello de luz hacia la calle, y él lo señaló. Pensó que si podrían beber unos vasos de vino y conversar, quizás entenderían.

Los dos hermanos de Adele negaron con el mismo movimiento de cabeza. Renato mostró una navaja que no abrió: —No es necesario, ¿verdad?— preguntó con una voz cortante, y la devolvió al bolsillo ante un gesto de Cesare que temía una desgracia. Sin embargo, Cesare mismo, con gusto, le hubiera rebanado el cuello a Agostino. Pensaba en Adele, en su vergüenza y pena en estos años, viuda sin marido muerto. Pero no se ganaría nada. Adele quería a Agostino, su felicidad estaba unida a la presencia de ese hombre que juzgaban desleal y sin honor.

En la calle tranquila, un transeúnte que caminaba a pasos lentos los miró curiosamente, Agostino lo vio alejarse como a su última esperanza. Renato se colocó a su izquierda, Cesare a su derecha, y lo aferraron de ambos brazos.

Cesare dijo: —El barco parte esta noche.

El marinero de guardia saludó a los hermanos de Adele, posó fugazmente la vista en Agostino y asintió, con un gesto de connivencia, una sonrisa a medias socarrona.

Agostino permaneció encerrado en el pañol hasta la partida, entre herramientas, rollos de soga, latas de pintura. No pudo ver cómo el barco se apartaba del muelle, la lenta desaparición de la ciudad de casas bajas y ni siquiera el límite donde el río se confundía con el mar.

Luisa esperó mucho tiempo el regreso de Agostino. Aquella noche, después de incontables viajes a la puerta de calle, cuando ya había transcurrido con exceso la hora de su llegada habitual, dejó a la niña al cuidado de una vecina, y aunque Agostino no los frecuentaba, visitó los escasos bares abiertos, recorrió las calles y a cada transeúnte solitario le daba los datos de Agostino con una esperanza que en seguida moría. Ella, que jamás había dirigido la palabra a desconocidos, precisaba explicaciones, preguntas, tan resuelta en su inquietud como una mujer osada.

Estrujándose las manos, permaneció frente a la carbonería del piamontés, una mole silenciosa y oscura, esperando contra toda razón que se abriera la puerta y Agostino avanzando hacia ella le dijera: ¿te asustaste?

Pero nada sucedió. Al cabo se alejó de la carbonería y tomó otro rumbo, una figura que caminaba con pasos apresurados por el centro de la calle empedrada, perdida la timidez, el miedo, la dulzura, el pequeño mundo compartido que ahora se le antojaba tan dichoso.

Se aventuró hasta el puerto al que había arribado años atrás, una línea de buques cubría la vista del río. Sin sospechas, contempló el barco donde Agostino estaba encerrado en el pañol y que maniobraba para partir; le llegaron voces de los marineros en cubierta. Con voz alterada por la angustia, extendidos los brazos de puños frágiles, rechazó a hombres que la asaltaban suponiéndola una prostituta de los muelles. Un borracho, enconado por su resistencia, de un tirón le arrebató el chal de los hombros. Ella gritó

y con un inesperado arranque de cólera lo persiguió unos pasos. Él reaccionó con un insulto, pretendió usar el chal de látigo castigándole las piernas, luego, en un brusco salto de humor, se lo colocó como turbante en la cabeza. Contento, haciendo eses, se perdió entre las sombras.

Ella sintió frío, la carencia de aire. Una absoluta soledad la rodeaba, había descendido de un barco en un país extraño, no conocía a nadie, no conocía la lengua que se hablaba en ese país. El nombre de Agostino era la única palabra que sabía y la murmuraba incesantemente en todos los tonos, desde la súplica hasta la desesperación, sin que persona alguna la comprendiera.

La fatiga la venció al amanecer y emprendió el regreso a la casa de inquilinato. A las tres cuadras, con los ojos empañados, vio un foco sobre la puerta de una comisaría y a pesar de que guardaba hacia su gente la vieja desconfianza de los pobres, su corazón latió de nuevo, una última, devastada ilusión la invadió. Atravesó un largo pasillo de paredes grises.

Un cabo de tez oscura dormitaba en una silla con los pies sobre una mesa. La miró inamistosamente, apoyó los pies en el piso. De una mirada se dio cuenta de lo que era: una italiana del barrio. No se molestó en hablar, la interrogó con un gesto.

Ella balbuceó en un español dificultoso las señas de Agostino. No había llegado a su hora de costumbre después del trabajo, temía… y aquí la voz se le rompió.

El cabo se enderezó en la silla, bostezó y terminó por ponerse de pie. Preguntó el parentesco. Luisa, ruborizándose, dijo que vivían juntos. Él mostró una sonrisa taimada, observó el rostro arrasado, el cuello con las venas marcadas, y de pronto pareció humanizarse. Contestó indirectamente: en los calabozos había dos borrachos, un punguista y un hombre que había acuchillado a otro en un ataque de celos. Todos argentinos, salvo uno de los borrachos, que era siciliano y por la edad no podía ser ese Agostino, mucho más joven, si no había entendido mal. Mejor aceptar la ausencia, quién sabe

adónde había llevado el cuerpo. —Los hombres…— dijo, y ella percibió que la encontraba poco atractiva y ya se había explicado a sí mismo la razón del abandono. Preguntó: ese Agostino, ¿bebía? ¿Frecuentaba mujeres? Ella recuperó una hilacha de orgullo y negó con una voz que procuró firme y nació entrecortada. Entonces, él inquirió si su Agostino no sería por casualidad un anarquista. Esos animales solían pelearse entre ellos, aparecería en un zanjón.

—Él nunca…

—Nunca ¿qué? —replicó agresivamente el cabo y consideró que ya había hecho bastante. Dio por terminado el asunto. Se sentó, colocó los pies sobre la mesa y llevó hacia abajo la visera negra del quepi.

Ella se quedó inmóvil, con su ilusión muerta, los brazos a los costados, hasta que él, sin abrir los ojos, agitó la mano, ahuyentándola.

Así, ¿no hay esperanza?, pensó. Atravesó de nuevo el pasillo de paredes grises. Caminó como sonámbula por las calles, varias veces buscó el chal sobre los hombros. En el zaguán de la casa de inquilinato la saludó un vecino, partía para su trabajo y al verla regresar a esa hora se atrevió con un guiño. Ella empujó la puerta de la pieza que había dejado entornada. El brasero donde calentaba la plancha expandía un olor a ceniza. Avanzó unos pasos. El pensamiento de Natalia tardó en venir y no le provocó ninguna inquietud. Era muy tarde, era muy temprano para recogerla. Quizás se había dormido tranquila, quizás había llorado, carecía de importancia porque ella pronto la consolaría. Con un gesto maquinal llevó la mano a sus hombros. A oscuras, sin desvestirse, con una caída de piedra, se echó en el lecho, del lado de Agostino, como si pudiera —con su cuerpo— reemplazar al ausente.

Meses después, supo por un marinero que Agostino había partido hacia la isla.

Ella abrazó a Natalia, le dio una caja de cartón y unos botones para que se entretuviera en su sillita. —Sé buena— le dijo. Luego cargó la ropa sucia hasta los piletones del patio. Concienzudamente humedeció las prendas, las extendió sobre la tabla y frotó cada una con el pan de jabón oscuro. La ropa, más estrujada y golpeada que de costumbre, quedó muy blanca. A la noche, con mala luz frente al espejo regalo de Agostino, cortó su densa cabellera castaña que cuando se desnudaba le caía hasta la cintura. Dejó sólo el largo para un pequeño rodete cuya liviandad advirtió con un suspiro. Usó horquillas para sujetarlo y le sobraron muchas. Natalia, mirando los cabellos cortados que la madre recogía, preguntó: —¿Por qué?

—Me pesaban —contestó Luisa apaciblemente. Tuvo que trabajar más. Los rasgos tirantes por la fatiga y el rencor.

Adele, como había llorado en la partida de Agostino, lloró a su regreso. Estaba muy hermosa, con el cuerpo en plenitud. Ante la mirada dura de Agostino, enjugó rápidamente sus lágrimas y preparó la mesa.

En la casa de los padres de Adele, que ahora les pertenecía, comieron los dos entre grandes silencios, intercalando con esfuerzo palabras que no lastimaran.

Adele no mencionó que él tenía un rostro distinto, una mirada hosca y grave, usaba el cabello más largo; con pavor desvió la vista de dos arrugas verticales en el ceño y a los costados de la boca, su Agostino que se había marchado con la piel tersa como la de un adolescente; dejó pasar ese gesto que no le conocía, frotarse abstraídamente el hombro —el que había acarreado los cestos de carbón. Ninguna pregunta de Agostino sobre los cambios en el pueblo cercano a la playa ni tampoco en el distante de la colina, ninguna curiosidad sobre los nuevos matrimonios, las muertes y los nacimientos. Enmudecido, miró el color de las paredes que ahora era blanco y en vida de los padres de Adele había sido azul.

Estaban de sobremesa cuando aparecieron Cesare y Renato. Adele les salió al encuentro con una expresión de alivio porque la soledad con Agostino le pesaba, les ofreció solícita café, aguardiente.

Agostino no los saludó y ellos parecieron no advertirlo. Sólo les preocupaba el bienestar de Adele, cuyo abandono habían sufrido tanto como ella. Pronto el pueblo olvidaría las murmuraciones, los comentarios escandalosos. Deseaban para Adele una vida feliz, y si la felicidad no se imponía, concederle al menos una vida honorable.

Sin lamentarlo, habían resignado su parte en la herencia, que consistía en esa casa. Querían que Adele dijera: no sólo tengo un marido sino estas paredes que me pertenecen, mías son las habitaciones, el patio y el terreno rocoso del fondo donde, protegidos del viento, crecían los frutales.

Por lo demás, ellos no podían convivir con ese hombre que habían traído a la fuerza desde el otro extremo del mundo, que no les había hablado, el rostro sombrío, en el viaje de Génova a la isla, ni antes, cuando lo habían liberado de su encierro en el pañol. Pero esperaban que Agostino ya supiera a quién debía fidelidad, no permitirían en el futuro maltratos ni deserciones. Amordazado el rencor, que sólo cesaría con el correr de los años, se mostraron amistosos; sin dirigirse a nadie en particular pero tampoco omitiéndolo de manera ostensible, hablaron sobre la pesca en el mar, el tiempo en el mar, y ellos, habitualmente tan parcos, contaron historias de emigrantes, de accidentes, tormentas que ennegrecían el cielo y barcos hundidos. En un momento dijeron que habían odiado cruzar el Atlántico y que pronto volverían a embarcarse en viajes cercanos a la costa en los que la tierra nunca desaparecía del todo. Entonces, se produjo un silencio y la atmósfera se espesó por lo no dicho. Adele se puso a levantar la mesa, muy pálida.

Hacia la tarde, Agostino se abrigó con su viejo capote, colgado desde hacía años en el mismo perchero detrás de la puerta, y caminó hasta la playa de piedras redondeadas por el oleaje. Sintió

que algo había extrañado en su ausencia: el mar rodeando la isla. Un barco lanzaba un humo denso por sus chimeneas y cruzaba el horizonte.

Recuperó su puesto en la barca de su antiguo patrón y cuando se vio en el mar, que ondulaba bajo sus pies, fue como si nunca se hubiera marchado.

El invierno se presentó borrascoso. Inclemente de manera inusual, ancló a los hombres en sus hogares y a las barcas sobre la costa. Una noche de viento y lluvia, y en la intimidad después del amor, Adele colocó su cabeza en el hueco del brazo de Agostino. Acariciándole el rostro se atrevió por fin a formular la pregunta que durante esos años había guardado para sí como un secreto: ¿qué impidió su retorno? Y como notó que él se ponía rígido, para ayudarlo intentó las respuestas: una ciudad mejor que los pueblos de la isla, otra mujer, el olvido. No había reproche en su voz, sólo la tristeza de los días y noches en la larga espera. Sentía el calor de su cuerpo tan próximo, pero Agostino todavía se le antojaba inasible, no había regresado aquel hombre que despidió entre llantos de recién casada.

Él se levantó sin contestar, invadido por una furia inexplicable. Apretó los labios para no desbordarse en improperios que en realidad se referían a los hermanos de Adele o nacían de su culpa. Qué preguntaba esa mujer tonta, se dijo con odio. Encendió la vela y buscó sus pantalones doblados sobre una silla. Sacó de su bolsillo la foto de Natalia, la niña sonreía de pie en un almohadón, el brazo izquierdo posado en una columna. La mirada de sus ojos iba directa a su mirada.

—¿Dónde vas? —preguntó Adele.

Agostino abandonaba el dormitorio y atravesaba la puerta.

En el comedor, él puso el pequeño retrato apoyado en la pared, sobre la repisa de la chimenea. Con un dedo guiado por la

costumbre siguió el contorno del rostro de Natalia. Recordó: barquita mía, y la insistencia incansable. ¿Qué soy? Barquita mía.

Después de un rato regresó a acostarse, siempre en silencio.

Adele, con el ánimo alterado, empezó una frase, la voz trémula, y no la terminó. Apartó las mantas y repitió los pasos de Agostino aunque a ella la impulsaba el desaliento. Miró el paisaje familiar del comedor, con la mesa, las sillas y el trinchante. Casi en las sombras, el pequeño retrato de Natalia no se percibía. Sin embargo, Adele caminó hacia él, un minúsculo rectángulo de color sepia que encerraba la confesión de un olvido. Y ese olvido, para Adele, se refería a ella, no a la niña. De pie, mucho tiempo, observó la foto a la luz de la vela; la hirió la sonrisa, la gracia de ese brazo posado sobre una columna. Luego retornó al lecho y se acostó junto a Agostino, dándole la espalda.

Al día siguiente, él recogió la foto. Iba a guardarla en su cartera de bolsillo, pero en lo que fue primero un arranque de cólera, la dejó sobre la repisa, a la vista de Adele, a la vista y curiosidad de los parientes que vendrían a visitarlos. Había renunciado a su hija una vez, impuesto una distancia que no podría zanjar. Ahora, frente a la sonrisa de Natalia, le parecía que si ocultaba la foto renegaría de ella nuevamente, experimentaría el mismo dolor, idéntica vergüenza. Te quedás aquí, susurró.

Cuando una noche llegaron los hermanos de Adele, en medio de la comida él apartó el plato. Dijo señalando con un ademán que acusaba, la voz seca y desafiante: —Esa es mi hija.

Observó a todos, incluso a Adele, con una expresión malvada. Los hermanos miraron fugazmente y desviaron el rostro. Después de un momento, Cesare pidió el vino.

Adele no protestó por esa fotografía que le recordaba el abandono. Con el rostro cerrado por la amargura, no se atrevió a quitarla de su lugar en la repisa de la chimenea, hasta que se acostumbró a verla y a medida que pasaba el tiempo le dirigía miradas cada vez más prolongadas, moviendo la cabeza con

encontrados sentimientos donde la conmiseración por esa niña no estaba del todo ausente. También el tiempo le trajo tranquilidad sobre el amor de Agostino, ese hombre que sólo la sobresaltaba cuando en los días de tormenta no salía al mar y permanecía de pie frente a la chimenea, mirando el retrato.

Un año después, Adele quedó encinta y nació un niño, al que llamaron Giovanni. Fue una criatura de poco llanto, de carácter afable desde la cuna y nunca perturbó con las rabietas que en ocasiones asaltaban a Natalia. En otras cosas se parecían: en la espera ansiosa de la presencia de Agostino y en la necesidad de su abrazo. Si Agostino llegaba al amanecer después de una noche de pesca, Giovanni se despertaba. Aunque estuviera sumido en el sueño más profundo, enderezándose de golpe, abría los ojos, totalmente límpidos y despejados. Corría a su encuentro, se prendía de las ropas húmedas y como antes Natalia con el hollín, contagiaba su camisón con olor a pescado y a mar. Agostino le cubría las mejillas de besos y sin susurrarle palabras secretas al oído, lo abrazaba estrechamente.

Giovanni tenía diez años cuando salió a pescar por su cuenta en un pequeño bote con la advertencia de que no se alejara demasiado de la costa, y quince cuando acompañó a su padre en una barca de la que ya era dueño Agostino. Había echado un cuerpo robusto y en su rostro la risa era frecuente y contagiosa. Nadie se explicaba por qué reían con él cuando sin causa rompía en ataques de hilaridad, por puro deleite de estar vivo, de ser joven. A despecho de la vigilancia cancerbera de las madres, le sobraban novias en el pueblo cercano a la playa y en el alejado, sobre la cumbre de la colina. Agostino se inquietaba, en conversaciones que le resultaban penosas, le exigía que no comprometiera a las honestas porque se vería casado antes de tiempo. Giovanni, en este punto, aguantaba sus ganas de reír,

asentía gravemente. Amordazado por su respeto hacia el padre, bajaba la cabeza y prometía sensatez.

Cuando algunos turistas llegaban en verano para gozar de las playas y visitar la casa en la que Napoleón había vivido casi un año, Giovanni se les acercaba y ofrecía sus servicios. Caía en gracia con facilidad. Entonces pedía permiso a Agostino para abandonar la pesca y guiaba a los turistas por la isla. No solían venir en número excesivo, la isla no era Capri ni nunca lo sería, pero de cualquier modo llegaban algunos —señores de traje y lazo, señoras elegantes inseparables de sus sombrillas— que disponían de dinero. Cansados de las playas de moda, viajaban a la isla por hastío y no por pobreza. Simpatizaban con Giovanni y se despedían poniéndole en la mano propinas generosas. Pero éstas eran ganancias esporádicas. Al acercarse el otoño, sólo quedaban los lugareños y las salidas al mar frío.

Agostino miraba a Giovanni y lo dejaba crecer. No faltaba mucho para que Giovanni se transformara en un hombre, se afeitaba ya un asomo de barba en el mentón y sus rasgos perdían poco a poco la delicadeza adolescente. Sin dificultades había terminado la escuela en Portoferraio y escribía con una hermosa letra inglesa de alto dibujo. Agostino veía esa letra deslizarse sobre los renglones cuando por encargo de Adele, Giovanni escribía a Cesare y Renato quienes, entre viaje y viaje, visitaban raramente la isla. Algunas de sus miradas rencorosas hacían callar las efusiones de Adele, que se limitaba a dictar pormenores concretos, pero el íntimo balance para Agostino era de orgullo.

Dentro de dos o tres años, pensaba con una ilusión persistente, Giovanni podría embarcarse en un buque de cabotaje, e incluso en uno de los transatlánticos que se construían en Génova. Ahora, en los astilleros, había que levantar mucho la cabeza para avizorar los mástiles o los andamios junto a los mástiles, caminar mucho

alrededor del casco para darse cuenta cabal de su extensión. Ya no se construían vapores incómodos, sacudidos a las menores ráfagas, llenos de recovecos mal ventilados y eterno olor a pintura, sino buques inmensos, estables en las peores tormentas, con comodidades insólitas, buena carga de agua y quizás hasta comedor para emigrantes. En uno de esos transatlánticos que pronto se botarían, Giovanni podría embarcarse; con su educación y sus modales desenvueltos sería apto para servir las mesas y atender a los pasajeros que viajarían en primera.

En la isla, el porvenir era cerrado, ni pensar que Giovanni pudiera trabajar en las minas de hierro ni en los altos hornos que se habían erigido en Portoferraio y cuyas chimeneas avanzaban sobre el cielo antes sin otra sombra que la de las nubes bajas. Puesto a elegir, había sido mejor la miseria de los pescadores porque, al menos, el trabajo en el mar se cumplía a cielo abierto, llegado el caso se moría en el agua que algo guardaba del líquido materno y no aplastado por un derrumbe en las minas o por los infinitos accidentes que se producían junto a los hornos.

Agostino quería para Giovanni un destino distinto del suyo y recordaba sus propias expectativas cuando Cesare le había conseguido su contrato hacia Buenos Aires. Lo que él había hecho después, no lo juzgaba. Ahora envejecía y esperaba vivir lo suficiente para ver a Giovanni regresar de sus viajes con dinero en el bolsillo y el porvenir asegurado. A él, las largas jornadas de pesca le pesaban cada vez más, aunque ahora la barca le pertenecía y de eso estaba tan orgulloso como de la letra de Giovanni.

Le hubiera gustado navegar en solitario, las redes en montón sobre la cubierta, y él con una caña pescando sólo lo necesario para la comida de Adele, un pez aquí, otro allá al rato, el tiempo sin prisa. Pero no podía hacerlo. Cada atardecer su barca era una más entre otras. Durante un trecho navegaban próximas y después se separaban, hasta el regreso escalonado. En las noches de niebla, estaban atentos a las luces de los faroles de las barcas que con un

brillo amortiguado veían a lo lejos y para precisar la distancia, o quizás para tranquilizar la inquietud que les provocaba ese vacío impalpable y lechoso, proferían voces que el mar ensordecía.

En manos de otros dueños, su barca había navegado desde el nacimiento con el nombre de Rossina pintado en letras negras a un costado de la proa. Ninguno lo cambió por una especie de respeto supersticioso porque la barca nunca había sufrido un accidente, ninguna borrasca le había arrebatado un tripulante, abierto un rumbo, roto un mástil. En cada regreso venía colmada como si la pesca le fuera siempre propicia o como si los peces destinados a morir semejantes a los humanos, prefirieran hacerlo en su bodega, agitándose locamente con el último coletazo, las branquias dilatadas.

La Rossina, decían los pescadores, traía suerte, y esa suerte, para ellos, estaba unida al nombre, acostumbrados a preguntar: cuánto cargó la Rossina, a asombrarse cuando los decepcionaba el mar agitado y la Rossina aparecía colmada. Envidiaban con poco rencor. La Rossina era una barca sin vicios, sólida y ligera al mismo tiempo, y nadie pensaba que podría llamarse de otra manera. Sin embargo, apenas comprada, Agostino le había borrado el nombre sobre la proa, y a fuer de necesitar uno, le había puesto con idénticas letras negras, el de la calle donde vivía: Viale del Falegname. Un nombre absurdo para una barca, había dicho Adele, con la oculta ilusión de que eligiera el suyo, y Agostino no confesó que sólo él sabía el verdadero nombre de su barca.

Cuando cada tanto, por lo general a principios del invierno, la barca yacía sobre la arena para un calafateo, Agostino se demoraba con el pincel embreado, hablándole como a una criatura viva. ¿Te gusta el mar? ¿Conocías un mar como éste? Tan azul. Vamos lejos los dos, en el mar. No importa la pesca, barquita mía, importa respirar el mismo aire, sentir sobre la frente el mismo viento y ser mecidos por la misma corriente. Luego, mientras insistía con la estopa y el pincel embreado en las junturas de la madera, pensaba en Natalia que había nacido junto a un río y no conocía el mar. De

hecho, ella sólo lo conocería a los cincuenta años, poco antes de morir. Pero lo bueno del futuro es que lo ignoramos, y Agostino hablaba en soledad sin saber más que del presente y un poco del pasado. El cielo gris de comienzos del invierno, el mar sereno deshaciéndose en espuma cerca de la costa, la barca descansando sobre la arena, le traían imprecisas desazones. ¿Cuál es la cabeza de una barca? ¿Cuál el cuello? Pasaba la mano áspera sobre la madera y la rascaba suavemente. Como cuando miraba el retrato, le sonaba en los oídos la risa fresca de Natalia. Vamos lejos los dos, en el mar. Regresaba con expresión ausente, el rostro melancólico. Adele sentía renacer sus temores, miraba furtivamente el retrato sobre la chimenea. Agostino se sentaba a la mesa. Durante la comida, cambiaba unas pocas palabras con Adele, comía la pasta, bebía un vaso de vino y ante una ocurrencia de Giovanni, volvía a reír.

Años después de la partida de Agostino hacia la isla, una tarde de lunes en la que Luisa llevaba a las casas pudientes sus atados de ropa limpia y planchada, un hombre la siguió. Hablaba un dialecto que ella casi no entendía. Era un calabrés bajito, de pelo muy ensortijado y piel oscura. Ella no contestó sus palabras que pretendían seducirla. La siguió en el camino de ida y de vuelta, y en un momento en que Luisa lo miró, mostró en una hermosa sonrisa los dientes muy blancos.

El martes, él la esperaba en la puerta y ella le permitió que cargara sus atados de ropa. Se sintió distinta al caminar por la calle con los brazos libres, como si paseara. Él le abría camino charlando sin parar, insistente y curioso, y a veces, cuando notaba que ella no entendía, con humor rezongaba un instante contra sí mismo, acudía a otros vocablos tratando de pronunciarlos claramente. Le elogió el pelo, el pie diminuto, y Luisa enrojeció porque los tenía grandes y toscos. Ella contestó alguna de sus preguntas y calló ante otras. Sin

que él lo preguntara, mirando fijo hacia delante, dijo que estaba sola con una niña.

Cuando se despidieron, él rompió a cantar una canción de su tierra, una canción de amor en voz tan tenue que casi no se lo escuchaba, y por primera vez en mucho tiempo Luisa se conmovió ante un hombre con un sentimiento dulcificado, de benevolencia, como si volviera a confiar. Comenzó a toser y él le alcanzó un pañuelo no muy limpio, orlado con un ribete azul.

Él no apareció al día siguiente para acompañarla en su entrega de ropa, y Natalia, que tenía siete años, no se explicó por qué ella estaba tan ruda siendo habitualmente tan mansa. Pero hacia la noche, una vecina llamó al cuarto y avisó que alguien preguntaba por Luisa en la puerta de calle. Ella tuvo una sonrisa incrédula, se quedó sin aire por el sobresalto de alegría y salió, acomodándose el cabello.

Era él, Domenico Russo, de profesión estibador, con un gran paquete bajo el brazo y una botella de vino. Se quitó la gorra negra que ocultaba sus rulos. —Una atención— dijo, siguiéndola por el patio. Ella lo atravesó consciente de esa presencia que algunas vecinas registraban pensando sardónicamente: por fin se le acaba la viudez. Había tenido suerte a pesar de su aspecto de ultratumba. Dejaría de lavar en los piletones o lavaría menos.

Domenico entró en el cuarto y de una ojeada percibió que estaba limpio, que había una cama pequeña en un rincón y otra matrimonial cubierta con una colcha tejida.

Luisa colocó el paquete sobre la mesa mientras Natalia observaba al extraño con ojos suspicaces. Algo la hizo sonrojar.

—Adelante —dijo Domenico, señalando el paquete, y como Luisa, bloqueada en su timidez, permaneciera sin decidirse, los brazos cruzados sobre el pecho, él sacó una navaja de mango nacarado del bolsillo, cortó el piolín y volvió a incitarla, riendo. Entonces, ella lo abrió y llevó sus manos al rostro. Nunca había imaginado tal abundancia. Espléndidos presentes en el lecho de papel, había dos

panes redondos, salame, aceitunas, nueces y un gran trozo de queso con brillos de aceite. Él se atusó el bigote, complacido, y miró a Natalia esperando una sonrisa. Luego, mediante un gesto ampuloso de prestidigitador, mostró de la nada una bolsita que contenía diminutas manzanas rojas de mazapán y se la tendió amablemente. Natalia la tomó con la punta de los dedos y la depositó a un costado de la mesa. Luisa le reprochó que no agradeciera, y Natalia agradeció entonces, con una voz débil y ultrajada. Domenico cantó bajito.

Luisa lo invitó a compartir su comida y esa noche él no se marchó.

Natalia tardó mucho en dormirse. No había aceptado probar la comida, el pan crujiente, el salame picante, ni siquiera las manzanas rojas de mazapán. Luisa no insistió, él sí en cambio; trató de convencerla con dulzura en su dialecto incomprensible. Cascó una nuez y en cuclillas le ofreció el fruto en el cuenco de la mano, pero Natalia desvió el rostro, dijo: —Tengo sueño— y se acostó de cara a la pared. Ellos comieron conversando en voz baja, temiendo que la niña sólo simulara dormir, hasta que su respiración regular y una palabra dicha entre sueños, los tranquilizó.

Natalia despertó temprano, vio a Domenico en el lecho de su madre y lo odió ferozmente. Durante varios días, él porfió intentando atraerla con las canciones de su tierra, con alguna pera o manzana de mazapán, pero no lo logró, nunca consiguió de ella una sonrisa, sólo una inmovilidad helada, contestaciones ríspidas. Natalia no soportaba a ese hombre de corta estatura, tez morena, de pelo tan ensortijado que se le pegaba al cráneo y pequeños ojos oscuros, cuando su padre era alto, de piel clara y ojos verdes que ella había heredado. Despreciaba su jerga incomprensible y manteniendo el rostro inexpresivo se burlaba interiormente cuando él trataba de hablar como su madre, sin saber que nunca podría imitar su italiano nacido en Florencia de vocales abiertas. Era una niña y no se dejaba convencer. No puso palabras a lo que sentía, pero la llenaba un

sentimiento enconado que la hacía desdichada. Domenico renunció a sus peras y manzanas de mazapán, a los gestos ampulosos con los que pretendía divertirla; se limitó a ignorarla en la pesada convivencia de ese único cuarto, y ella le guardó toda la vida una animadversión inalterable.

Luisa lo había aceptado porque se sentía sola. Domenico tenía hermosos dientes, un carácter blando y cantaba esas canciones de su tierra, melancólicas o alegres, en voz bajita, como si se avergonzara.

Ella lo despertaba al amanecer, cuando el cielo estaba aún oscuro.

—Domenico, es tarde.

Él levantaba la cabeza cubierta de rulos ensortijados, entreabría apenas los ojos, y la dejaba caer de nuevo sobre la almohada. Con voz que la boca pastosa y el sopor del sueño tornaba más incomprensible, pedía piedad. —Ya voy, ya voy— decía. Suplicaba un instante. La noche pasaba demasiado rápidamente.

Natalia se sentaba en la cama, con la expresión severa. Miraba un momento y luego se acostaba de cara a la pared, desdichada y furiosa.

Luisa se vestía intentando ahogar la tos, abría la puerta al frío del patio y encendía el fuego en la estrecha cocina ubicada como las otras frente a la pieza. Preparaba el café. Él lo bebía con los ojos cerrados, apoyado en un codo. Desaparecía bajo las mantas, estremecido por el recuerdo de la calle a esa hora; volvía a dormirse.

Por lo general, llegaba al puerto cuando el sol había salido y los puestos de estibadores tomados por aquellos que a veces esperaban desde la medianoche para adelantarse al primer llamado del capataz. Sus compañeros parecían hormigas sobre las planchadas. Domenico, guiñando los ojos, miraba con recelo. Temía los accidentes. Cualquier cosa podía provocarlos: el barco que descendía con la marea e inclinaba las planchadas, la humedad o la lluvia que las ponía resbaladizas, sus propios compañeros a quienes

enceguecía la desesperación de ganar un poco más si terminaban antes del tiempo previsto. Un resbalón en la planchada, un descuido en la estiba, y no contaban el cuento. Sin embargo, aún oscuro, los hombres se atropellaban para ser elegidos, como si ese trajinar hasta el vientre de la bodega viciada fuera un privilegio descansado y sin peligros. Domenico los imitaba tibiamente, él temía no sólo el esfuerzo del agobio sino también quedar tullido en una cama o estúpido de un golpe, y esto hacía, en las raras ocasiones en que conseguía trabajo, que sus movimientos se demoraran y el capataz lo cubriera de improperios.

Las manos en los bolsillo, permanecía en el muelle conversando con otros hombres, más víctimas de la mala suerte que culpables de demoras. Sobraban muchos, como siempre pasaría, y Domenico experimentaba cierta satisfacción al comprobarlo. El camino hacia el puerto a hora temprana, sin sol aún o con lluvia, podía deparar puños apretados, una expresión de amargura, nada de esto bajo el calor de las mantas, el refugio del sueño.

Cuando el grupo se disolvía, vagaba un rato por las calles. Si tenía dinero, entraba a un bar y bebía vasos de vino tinto, cantando para él canciones de su tierra en voz bajita, o si encontraba a algún paisano se hacía convidar. No hablaban de un gran país distante en el que habían nacido sino de uno pequeño, apenas de unas casas desperdigadas, de la tierra y el mar próximos, y en los recuerdos todo se tornaba amable y luminoso, perdía su miseria o la miseria parecía no importar tanto.

Retornaba a casa al mediodía. Natalia lo observaba con rencor. Él buscaba a Luisa. En los piletones del fondo, ella estaba inclinada sobre la ropa, los brazos desnudos hasta el codo. Domenico enfrentaba su rostro interrogativo con una expresión afligida: —No entraron barcos— aseguraba, y Luisa, a pesar del olor a vino, le creía. Se secaba las manos en el delantal y le acariciaba los cabellos: —Mañana— decía para consolarlo. —Mañana.

Dos años después de estar juntos, Luisa y Domenico tuvieron una niña llamada Isabel, a la que siempre nombraron Isabella. Diez días más tarde, cuando Luisa se repuso del parto, decidieron casarse y lo hicieron de un modo modesto, casi subrepticio. Vestidos con la ropa de costumbre se dirigieron una mañana hacia el Registro Civil, asentado en una casa que sólo se distinguía de las demás por una placa de bronce en la pared. En el trayecto, Domenico, aunque tarareaba para sí, caminó apartado de Luisa e incluso ella observó que miraba codicioso a otras mujeres. De regreso, él se detuvo frente a un almacén y compró una botella de vino. —Para festejar— dijo.

En la libreta anotaron a Isabella y después a Agustina, la segunda niña que les nació, pero no a Natalia. —No es mi hija— dijo Domenico ante la tímida proposición de Luisa, mirándola con un reproche que la humilló. De esta manera, Domenico se vengó de la niña que lo había rechazado, de esa mujer que antes había tenido a otro hombre.

Luisa delegó en Natalia el cuidado de Isabella. Ella ya era una niña mayor en quien se podía confiar, guardaba tanto discernimiento como una mujer adulta. A Luisa la esperaba la ropa en los piletones y luego el planchado y la entrega casi cotidiana. A veces tenía la impresión de que se caería en pedazos, pero no sucedía así, de algún lugar, que no era su cuerpo, sacaba fuerzas. Sólo que esas fuerzas no le alcanzaban para la recién nacida. Con culpa, cortó el tiempo de amamantarla.

Natalia se alegró de que Isabella le perteneciera enteramente. El odio hacia Domenico no entorpecía su amor, a él lo había borrado de ese nacimiento como había borrado lo que había visto desde la pieza de una vecina en el momento del parto: la llegada de la comadrona, el alboroto de las mujeres, el olor extraño que flotaba alrededor de Luisa cuando la habían llevado a conocer a su hermana. Había

nacido por fin y al nacer había librado a su madre de ese bulto que a Natalia se le antojaba monstruoso emergiendo de tanta flacura. —Vení— la llamó—. Podés besarla. Y allí, ella se había rendido a un instantáneo sentimiento de amor. Rozó apenas la cabeza con sus labios, temerosa de alterar el primer sueño de esa criatura enrojecida en brazos de su madre.

Ahora le cambiaba los pañales con habilidad, no la asustaba el cuerpo tan pequeño. Cuando la despojaba de la larguísima faja que le ceñía brazos y piernas, la contemplaba absorta, con una sonrisa embobada y el mudo asombro que provoca la perfección.

De este modo, Natalia cuidó a Isabella desde la cuna y lo mismo sucedió más tarde con Agustina, una bebé de aspecto enfermizo que dormía mucho y no daba trabajo. Ella sentía más piedad y menos amor por Agustina, quizás porque nunca la había visto sonreír. Era una bebé tan escuálida y triste que le provocaba ganas de llorar. Entonces, dejándola en la cuna, llamaba a Isabella que acudía corriendo, se arrojaba en sus brazos. Ella le hacía cosquillas e imitando a Agostino sin saberlo, le murmuraba palabras dulces al oído que Isabella contestaba con otras, felices las dos, separadas las dos de Agustina que dormía o miraba hacia el techo con los ojos vacíos.

En un momento, Natalia tomaba la mano de Isabella y la llevaba hasta la cuna. Miraban a Agustina. —¿Qué tiene?— preguntaba Isabella. Y Natalia, para evitarle aflicción y no experimentarla ella misma, contestaba: —Hambre.

A los dos años, Agustina había cambiado poco, sólo gimoteaba con más fuerza. Seguía escuálida y triste. Domenico solía sentarse frente a la cuna, inclinado hacia ella la arrullaba con las canciones de su tierra y le hablaba interminablemente en su dialecto, ella comprendía, sabía ya de las casas desperdigadas entre el cielo y el mar, del hambre en esa tierra y de las penurias en ésta. —Tina— le

decía al marcharse —hablamos mucho hoy, ¿eh?—, y le sonreía con su sonrisa de dientes muy blancos. Si alguna vez sintió dolor porque ella estaba muda y sólo él le otorgaba voz y entendimiento, nunca lo dejó traslucir.

Apenas cumplidos los tres años, Agustina murió de una enfermedad que duró dos semanas en las cuales no paró de llorar, como si ese cuerpecito tan inerme sólo hubiera nacido para morir de llanto. Cuando calló, el cuarto quedó muy silencioso y cada palabra parecía un estruendo. Durante meses hablaron en voz baja, con los oídos frágiles o heridos.

El día de la muerte de Agustina, Isabella, asustada y olvidada por todos, huyó hacia la puerta de calle. Se sentó en el escalón del umbral, tapándose el rostro con las manos. Después de un rato sintió que alguien le tocaba el hombro, pensó que era su madre y descubrió el rostro esperanzado. Era un chico de la vecindad, unos años mayor, que se llamaba José, tenía un cuerpo flaco y recio, e Isabella lo temía porque se complacía en burlarla, sacándole la lengua o gritando a toda voz: Isabella, cómo es fea. Natalia lo espantaba. Pero ahora estaba sola y lloró angustiosamente. José le abrió la mano con torpeza. —No llorés— dijo, y su voz sonaba diferente a la del cantito escarnecedor. Le depositó en la palma una moneda de dos centavos que para él significaba una prenda de confortación total. El cobre brillaba como el oro. A Isabella ni se le ocurrió contemplarla, cerró la mano sobre la moneda, sin disminuir el llanto. De pura desilusión, él tuvo ganas de irse, se preguntó si ella no era un poco estúpida.

Fastidiado, miró hacia la calle donde un carro atraía a las vecinas, compraban fruta mientras protestaban por el precio, los sofocos del día de verano, la injusticia de la muerte de esa niña siempre enferma.

Pasó más tarde un pescador. Cargaba dos cestos sostenidos en cada extremo de una pértiga apoyada en el hombro, y de los cestos goteaba agua y se desprendía un olor fuerte a pescado. Gritaba su

mercancía con voz ronca y José lo remedó tratando de provocar la risa de Isabella. Ella experimentó una risa nerviosa y volvió a llorar. Él suspiró, se rascó la cascarita de una herida seca en la rodilla. La olió y la arrojó proyectándola con la uña. Se alzó las medias caídas sobre los tobillos. De vez en cuando alguien subía o bajaba los escalones del umbral. Isabella lloraba. José la miró curiosamente. Era demasiado chico e ignoraba la manera en que se enfrenta un dolor, se movía a tientas, incómodo y aburrido. —Bueno, basta de llorar —dijo, como si le rezongara—. Estás fea. Y su mano torpe le apartó el cabello de la cara. Los rasgos hinchados de Isabella le produjeron una emoción confusa, que era un temblor, una opresión en la garganta. Sacó medio cigarro del bolsillo y se lo puso en la boca, apagado. —Fumo, ¿sabés?— y al no obtener respuesta, la de admiración que esperaba, lo invadió una oleada de congoja y despecho, manoseó la cicatriz rosa de la rodilla, la limpió concienzudamente con la uña, luego se levantó y se fue.

Isabella apretó la moneda en su mano y le pareció que su pena era menos honda. Entreabrió apenas los dedos y espió el brillo. Detrás de ella, en el zaguán, oyó unos pasos que no eran los de su madre. El pensamiento de que Natalia podría venir en su busca para llevarla junto a su hermana muerta, la llenó de pavor. Entonces apretó la moneda y esperó tensamente hasta que la alta figura de un hombre desconocido descendió los escalones, acariciándole la cabeza al pasar.

Cuando oscureció, alguien se acordó de ella, que tenía hambre y sueño. Una vecina la tomó de la mano e Isabella se alzó en pie, aterrada. La llevaría a ese lugar que no era el cuarto de todos los días donde se deslizaba su infancia, era un lugar donde su madre lloraba y había una presencia terrible llamada muerte. Pero la mujer la condujo a su cocina, le dio un tazón de leche con pan y manteca. Luego la acostó en una cama grande, en la que ya dormían otros niños, le dijo con conmiseración: —Dormí— e Isabella cerró los ojos

y se durmió confiada en el día siguiente. Para entonces ya todo habría pasado. Su madre la abrazaría.

Pero al día siguiente, cuando Isabella despertó, fue el entierro de Agustina.

Domenico sólo apareció a la mañana, unas horas antes de que un coche blanco llevara el ataúd blanco seguido de un cortejo mínimo de hombres. Las mujeres contemplaron desde las puertas de las casas la partida hacia el cementerio.

Al comienzo de la enfermedad de Agustina, Domenico había permanecido en el patio la primera noche, lo caminó sin parar de un extremo a otro, sintiéndose inútil y desconsolado. Luego había tomado la calle, aterrorizado por el llanto incesante de Agustina, por el ir y venir de las mujeres de la vecindad alrededor de la cuna. Regresó a vestirse de negro, más flaco, sucio, con la barba crecida, los ojos enrojecidos.

A Natalia, que contaba entonces catorce años y no se había separado de la madre junto al pequeño ataúd erigido en el centro del cuarto, la deserción de Domenico le causó más encono, lo profundizó de una manera irremisible. Él era una carga y no una ayuda, un ausente para el dolor y un extraño a quien se debía atender con la mesa puesta. Comía vorazmente, distraído de lo que dejaba para los otros.

Natalia observó cómo la muerte de Agustina había desmejorado a la madre. La tos de Luisa se acentuó, aumentaron los picos de fiebre al atardecer, aunque anteojos incautos la mancha roja de los pómulos le concedía un engañoso aire de salud. Las pausas en el piletón, entre prenda y prenda, se hicieron más prolongadas y se acostumbró a llevarse un banquito donde reposaba cada tanto con una expresión de excusa. Las vecinas la veían sentada y simulaban no advertirlo; en una mezcla de temor, la compadecían en silencio. Sólo una gallega, a quien Luisa apenas entendía, se atrevió a decirle

que estaba muy delgada y que debía obligarse a tomar leche en cantidad. ¿Veía a sus hijos? Estaban rozagantes porque tomaban mucha. Contaban sobre todo los primeros sorbos espesos de nata, tan alimenticios que no había enfermedad o flacura que resistiera. —Espere— dijo, y apareció con un vaso colmado. Luisa, por timidez, esforzándose, bebió hasta la mitad. Devolvió el vaso con una sonrisa trémula, sintiéndose humillada. Entonces la vecina pareció darse cuenta de lo que había hecho. La imprudencia de su generosidad le heló la sangre. Contempló el vaso, que habían tocado los labios de Luisa, como un objeto peligroso capaz de producir la muerte en ese instante. Con dedos temblorosos lo abandonó sobre el borde del piletón.

Luisa volcó el resto de la leche en el sumidero. Hizo correr el agua. Luego se inclinó sobre la ropa. La refregó con fuerza mientras el aire se tornaba denso, casi sólido, y debía morderlo con la boca abierta. Después, cansada, pensando en Agustina, se sentó en el banquito y lloró.

Natalia sustituyó a la madre en la tarea de recoger la ropa sucia y devolverla limpia. Ella no temía el ruido de las calles ni sus peligros, atendía las recomendaciones de Luisa con aire condescendiente y un poco de enojo.

Si la madre había aceptado sumisamente el retaceo del pago, Natalia se encrespaba, reclamándolo con ojos llameantes y una voz estrangulada. Sabía que era grave contrariar a aquellos de quienes dependía y sujetaba el tono que en su fuero interno se le quebraba de cólera. Mordiéndose para no proferir un insulto, se mostraba humilde, concedía ante los reproches que señalaban una arruga, un cuello no suficientemente almidonado, una mancha en el borde de una enagua. Y si las excusas no bastaban, odiándose mortalmente, acudía a súplicas que pronunciaba con el ánimo resentido, la boca amarga. Conocía su derecho, el derecho de su madre.

Una tarde de otoño, de regreso con un pago obtenido con insistencia, porque como de costumbre los ricos pretendían postergarlo sin comprender lo que eso significaba para los pobres, perdió el dinero que había creído guardar en el bolsillo, y ante la alacena vacía sólo pudieron comer un resto de polenta. Luisa no formuló reproches; salvo el rojo a manchones de sus pómulos, se puso más pálida de lo que estaba habitualmente, y conmovida por el llanto inconsolable de Natalia, la estrechó en sus brazos. Y Natalia juró que nunca más le pasaría, que apretaría el dinero entre el hueso y la piel para no perderlo, para no sufrir como la madre, a quien ella le estaba provocando tanto dolor. Por lo demás, aunque Natalia cumplió su juramento, no representó mucho, era de monto despreciable porque el dinero toda su vida le llegó escasamente y nunca abultó entre el hueso y la piel, entre su piel y la necesidad.

Cuando a su madre le resultó imposible el trabajo, Natalia acudió a Teresa, una vecina nacida en los Abruzzos que las había acompañado días y noches durante la enfermedad de Agustina. A Teresa, esa familia tocada por la desgracia le había despertado un sentimiento ardoroso de piedad; lo traducía en atenciones, en generosidades a las que no carcomía el peso de la dádiva. Por este motivo, sin que la mortificara el orgullo, Natalia le rogó que le enseñara su oficio; Teresa accedió de inmediato con una sonrisa de placer, como si en lugar de pedirle un favor Natalia la atrajera inesperadamente a un momento dichoso. Teresa cosía pantalones para el ejército, se obtenía más que lavando ropa y la tarea no le exigía moverse de las cuatro paredes de su casa. Se la veía a diario frente a la puerta, en su pieza del fondo, inclinada sobre la máquina, a la que empujaba en busca de sol o de más luz.

El marido de Teresa, un español de aspecto seco, se mantenía aparte. No interfería por ninguna razón y a veces ella sospechaba que todo le era indiferente, pero le bastaba mirarlo para darse cuenta de que sólo era un hombre con pocos apetitos hacia el mundo. Aprobaba a Teresa: —Lo que hagas está bien— y se

dedicaba a sus cosas, sentado en el patio cuando regresaba del trabajo a la tarde, ponía las manos sobre los muslos y pensaba que la vida transcurría.

Sólo ve por sus ojos, lo lleva por la nariz, comentaban en el vecindario con bastante desprecio, como si él condescendiera a caprichos, a deseos escandalosos o agraviantes, cuando Teresa podía desear a lo sumo un día con sol, las uvas del verano, los niños que no tenía. Y tender la mano, el rostro sonriente, a quien lo necesitaba, ofreciendo mediante excusas un plato de comida porque le había salido exquisito, unas manzanas porque se las habían traído del campo.

Natalia se mostró hábil en la costura y como Teresa la quería, al poco tiempo la incitó a comprar una máquina de coser. Le prestarían dinero, parte del que ahorraban pensando en la vejez. Y Teresa rió: faltaba mucho y ella estaba decidida a no ser vieja. Su marido sí, ya era viejito ahora, canoso antes de tiempo, melancólico como un día nublado, siempre ensimismado en sus cosas, y lo dijo con un acento festivo deshecho de amor.

La máquina era el mejor de los inventos, con increíble rapidez sustituía a la mano en su puntada a puntada. Ella se había acostumbrado tanto que le parecía de otra época el dedal, un camino intransitable el recorrido a mano de las prendas que por más cuidado siempre revelaban algún mínimo defecto en la costura, un temblor, una distracción. —No seas antigua— se burló afectuosamente de Natalia. En esa ponderación de virtudes, agregó que la máquina solucionaría sus preocupaciones, ésas que le arrugaban el ceño, ensombrecían su juventud; con menos trabajo ganaría más para atender la casa, la enfermedad de la madre.

Su marido estaba de acuerdo sobre el préstamo, dijo procurando convencerla de una vez; en realidad de él había partido la idea, los ahorros estarían más seguros en manos de Natalia que debajo del colchón. Todas las noches él insistía con su idea, la cansaba, era terco como una mula. Ese pan de Dios podía ser duro, decía Teresa

riéndose, y además el rechazo lo ofendía. Y Teresa adujo tantas razones que Natalia, quien no había querido oír del préstamo al principio, terminó por aceptarlo.

Luisa se opuso; asustada, retorciéndose las manos, dijo: es una locura, una locura. Pero Natalia, en una exaltación infrecuente, la besó, con voz risueña la acusó de miedosa. Ante el deleite de Isabella, levantó en brazos a la madre, aseguró que no la bajaría hasta que dijera sí (y ni siquiera entonces cruzó una sombra por el rostro de Natalia porque era tan mínimo el peso de la madre…), suplicó. Luisa asintió con la cabeza, sueltos los escasos mechones del rodete, opacos y crecidos sin vigor.

—¿De verdad, sí?

—Sí.

Natalia la depositó en el suelo con cuidado, había sostenido en brazos a una niña, más liviana que Isabella. Su excitación cesó de golpe. Luisa repitió: es una locura, pero sus ojos brillaban.

Cuando apareció en el cuarto la Singer flamante, con dos cajones a los costados, esmaltada de negro, se creyeron ricas, conjurada la miseria. Apartaron las maderas del embalaje y se sentaron frente a la máquina en una contemplación dichosa. Luisa sonrió, tomó la mano de Natalia y la apretó fuertemente.

La felicidad, sin embargo, tuvo un costo. Natalia había aceptado el préstamo confiando en sus fuerzas, y ahora no lograba conciliar el sueño por la preocupación de saldarlo. A medida que Isabella crecía, la reemplazaba en los quehaceres y se ocupaba de Luisa que permanecía casi todo el tiempo acostada, ella trabajaba más horas en la Singer, se ponía malhumorada y nerviosa. Sólo podía cubrir la deuda con ínfimas cantidades cada quincena. A veces, aunque se empeñaba hasta el filo de la medianoche, el gasto de un medicamento para Luisa la obligaba a enfrentar a Teresa y decirle: —No puedo.

Teresa se encogía de hombros, la vida era dura para todos. —La quincena que viene— la conformaba. Y le ofrecía un guiso aún caliente que no sabía por qué había hecho en excesiva cantidad.

A Isabella, con sus siete años, le gustaba mucho ver a Natalia, el rostro inclinado sobre la Singer, la expresión concentrada. No se perdía el movimiento de sus manos: una sujetando la tela, la otra guiándola bajo la aguja que subía y bajaba mientras el pie movía el pedal. Esto le gustaba tanto como el rítmico ronroneo que la adormecía por las noches. Sentada a la máquina, su hermana le causaba admiración, pero se guardaba de interrumpirla y hasta de hablarle. La observaba quietamente. Natalia parecía otra, un poco feroz, un poco temible. Sin alzar la vista, emitía órdenes que Isabella obedecía.

Martes y sábados, Natalia entregaba sus atados de costura, preparados desde la noche anterior. Ahorraba gastos inútiles y como su madre en el pasado tampoco ella tomaba el tranvía. Salía muy temprano y caminaba con pasos vigorosos, más feliz que antes porque no se veía forzada a reclamaciones que le provocaban humillación. Llegaba al centro. En el depósito de la Intendencia, un viejo que tenía la costumbre de no saludar jamás, revisaba los pantalones uno por uno, pasaba los dedos por los dobladillos y se los acercaba a los ojos; ella aguardaba erguida, casi desdeñosa del resultado, porque sus manos eran hábiles y su vista segura.

Domenico dormía hasta tarde en la mañana, ajeno a la luz que entraba por la puerta abierta y al ruido de las vecinas en el patio. Sin moverse durante toda la noche, ocupaba el filo de la ancha cama matrimonial para que el aliento de Luisa no le rozara ni siquiera la nuca. Pedía el café al despertarse, y Natalia o Isabella se lo preparaban en la cocina. Isabella, cuidando de no derramar una gota, a pasitos se lo llevaba a la cama, contenta porque sabía que el premio era un suave pellizcón en el cachete y hasta un abrazo. Pero si era Natalia quien lo hacía, dejaba el jarro sobre la mesa con un golpe seco y una mirada rencorosa. Domenico bebía el café, se

vestía, saludaba a Luisa con un incierto ademán desde la puerta y desaparecía hacia la calle. Pocas veces traía dinero.

Un día en que él había salido a su ronda habitual, Natalia comenzó a abrir los cajones de los muebles. Durante un segundo pareció olvidar el motivo, abandonó su mano inmóvil en el canto de un cajón. Luego, enderezando los hombros, apartó pantalones, camisetas, una descolorida tricota que Domenico no se sacaba en todo el invierno, su gastado traje de luto. Apiló las prendas sobre la cómoda. Luisa la miró desde la cama, alzó el brazo como si quisiera retenerla, después lo dejó caer y desvió el rostro con los ojos cerrados. Natalia tenía el mismo aire de cuando estaba en su máquina: concentrado, hosco, temible. Se movía golpeando los cajones, los gestos filosos; agregó a la ropa los útiles de afeitar, la navaja, la brocha y una taza desportillada. En un momento, oyó la voz de su madre o su llanto, pero no observó en su dirección, estaba sola y decidía sola.

Revisó de nuevo, escrutó los rincones, como si una prenda olvidada inadvertidamente pudiera señalarle un fracaso. Cuando envolvió todas las cosas de Domenico y ya no quedaba ni siquiera el olor del último cigarro que había fumado en el cuarto, las envolvió en una toalla. Eligió la más ajada y amarillenta entre otras casi iguales y tampoco de ésa hubiera querido desprenderse: demasiado buena para él, pensó. Unió los extremos con dos nudos. —Ya está— dijo, la voz tierna de pronto, sin dirigirse a nadie en particular. Puso el atado en el suelo y salió al patio. Apoyada en la pared, se concedió un respiro bajo el cielo nublado y sofocante que presagiaba una tormenta de verano. Más lejos, Isabella jugaba.

A la hora del regreso de Domenico, sin atender a la madre que pretendía sentarse en la cama y balbuceaba una súplica, incapaz de la fuerza para imponerse, Natalia llevó el atado a la puerta de calle. Isabella la miró curiosa mientras atravesaba el patio y ella, con un gesto conminatorio, le señaló hacia adentro.

De pie en los escalones de la entrada, esperó pacientemente. Cuando Domenico apareció, caminando como de costumbre con las manos en los bolsillos, le interceptó el paso, alta, inflexible, los ojos verdes llameantes, y le ordenó que se marchara.

Él no protestó. Abrió la boca, palideciendo, y a Natalia le llegó su aliento a cigarro y a vino. Por un momento la sorpresa le otorgó un aire bobo. Comenzó a transpirar. En una época había gastado con ella una tosca e ingenua seducción, pero después sólo había experimentado disgusto, le guardaba rencor y la despreciaba porque era hija de otro hombre que nunca la había reconocido. Isabella era su hija, y Tina, la pobrecita muerta, no esa orgullosa de quien nunca había recibido un gesto amable. Una bastarda abandonada, la llamaba en su fuero interno con una libertad que no osaba exteriormente. La miró transpirado y con frío, tenía muy cerca, vedándole el paso, a una mujer que mostraba hacia él todo el odio del mundo y se sentía demasiado débil para afrontarlo. Sólo una parte de ese odio, la de un continente más pequeño, pertenecía a Domenico, se la había ganado con sus defectos, su egoísmo irritante, el resto no le correspondía; años de infancia y juventud, momentos ingrávidos, ocio y placeres no concedidos, Natalia se vengaba.

Domenico sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el rostro. Permaneció irresoluto con la boca abierta y su aire alelado. Luego recogió sus ropas envueltas en la toalla gastada, probó la resistencia de los nudos, y mientras Natalia lo miraba con un destello ácido y victorioso, se marchó sumisamente calle abajo, las piernas un poco flojas, enmudecidas en su garganta las canciones de su tierra que siempre lo habían consolado.

Ese mismo año, en el mar Ligure, la barca de Agostino enfrentó una tormenta. Un golpe de mar amenazó arrebatar a Giovanni, quien cayó fuera de la borda y consiguió aferrarse a la barandilla de

cubierta hasta que Agostino y otros compañeros lo rescataron. En la tormenta la barca perdió el mástil y sufrió daños la obra muerta. Regresó a la costa con retraso, cuando ya la angustia dominaba a Adele y los pescadores, empapados por la lluvia, observaban desde la playa el horizonte cubierto de nubes. Que la antigua Rossina regresara maltrecha provocó cierto asombro y muchos pensaron que quizás fuera conveniente cambiarle el absurdo nombre que llevaba.

La barca yació sobre la playa de arena y piedras romas, y Agostino rechazó para los primeros arreglos la ayuda de Giovanni. Antes de empezar, caminó alrededor del casco, en apariencia juzgando los destrozos pero en realidad cargado de reproches, tan cargado que los ojos se le enturbiaban por el peso de la furia. ¿Qué te ocurrió barquita mía? Te enojaste conmigo y pretendiste arrebatarme lo que más quiero. Se le secaba la garganta cuando recordaba el instante fatal en el que vio a alguien, y era Giovanni, caer con medio cuerpo fuera de la borda mientras la borrasca levantaba la quilla y le quitaba el apoyo del agua desplomándola en el vacío. Eternos le parecieron los minutos que empleó en avanzar hacía él, a medias borrado por la cortina de lluvia, su criatura en peligro, tan cerca de la muerte. Odiaba la barca que no había obedecido al timón y se había dejado dominar por la tormenta. Deberías navegar en un río, en aquel río que dicen es ancho como el mar pero tiene otro color y sabe distinto. No te sería fácil, barquita mía, en ese mar frustrado. Deberías andar con pie de plomo o rumbo cuidadoso porque no lo creas incapaz de vientos y traiciones.

Se alejaba unos pasos, las mejillas encendidas. ¿Me escuchaste? Sí, ¡vaya si lo escuchaba! lamiéndose las heridas que él, tan atento a filtraciones y destrozos, sólo pensaba curar de la piel hacia afuera. Por pusilánime te convendría ese destino, le decía. Aquí dejaste que volara el mástil y te humillaste como sierva ante las olas. Si Giovanni no murió fue porque nuestros brazos lo salvaron. Sólo aparentaste ser buena. No merecés el mar, la amenazó en silencio, clavando con fuerza maderas, embreando con estopa.

Cuando regresó al atardecer, el cielo se oscurecía aclarado de nubes. Adele y Giovanni ya lo esperaban sentados a la mesa, en la cocina donde comían en invierno porque se sentía menos el frío. A Giovanni se le había pasado el susto y aunque le dolían los huesos mostraba una visible fascinación por la experiencia, como si hubiera significado su verdadero bautismo de mar. Adele lo mimaba.

Agostino se lavó las manos y se acercó al retrato sobre la chimenea cuyo color sepia palidecía con el tiempo. Natalia sonreía en la foto y a él le costaba entender que ella ya no debía ser una niña. Suspiró y apartó los ojos. —Agostino— lo llamaba Adele y oyó la voz de Giovanni que por décima vez, con orgullo, relataba sus peripecias en el mar. Adele prorrumpía en exclamaciones aterrorizadas y felices. Él se dirigió a la cocina, se sentaría con ellos a la mesa. La cercanía de Giovanni había hecho que pensara menos en Natalia. Pero ella era como los muertos en quienes no se necesita pensar para que estén con nosotros.

No estoy muerta, decía Natalia, y creyó que por desconocidas razones, Natalia ya no reía, y que su corazón de niña sacudido por los celos y el encono, atravesaba una tormenta. Naufragaba.

Domenico esperaba a Isabella a la salida del colegio. No tenía un día fijo pero solía aparecer en varias ocasiones durante la semana, el aspecto más descuidado, los rizos crecidos sobre la nuca. Le gustaba ver cómo ella se detenía buscándolo con los ojos y percibir en seguida el chispazo de contento que los iluminaba.

Una niña no debía correr, así que sin acelerar el paso, el corazón latiéndole fuertemente, Isabella iba al encuentro de Domenico, en la mano el cordón de su bolsita con la pizarra y los útiles.

Él la alzaba en brazos y la apretaba contra su pecho, inquiría por la madre, por tal o cual vecino. Sentados en el borde de la vereda, le limpiaba la pizarra usando un pañuelo de dudoso color y a veces, envuelta en mucho papel para que no se quebrara, le regalaba una

tiza. Se la ponía en la mano y le hacía escribir una letra, dos números. Debía esforzarse y ser buena alumna, aconsejaba con aire muy serio. Él no sabía leer ni escribir, ni Luisa, ni la orgullosa de Natalia, a la que llamaba con apelativos que por suerte Isabella no entendía. Todos ignorantes, burros, adoquines, se burlaba, salvo Isabella. Feliz, le susurraba en el oído sus viejas canciones, porque aunque no podía expresarlo, creía que cuando ella leyera y escribiera fluidamente, su propia ignorancia se vería resarcida.

Unos días excepcionales, Domenico trabajó varias jornadas seguidas en los muelles. Apareció en la puerta del colegio con una gorra nueva, el pelo recortado, y después de las preguntas habituales, metió la mano en el bolsillo y con su antiguo gesto de prestidigitador, mostró al sacarla un caballito de metal. —Un regalo para Isabella— dijo, y sus dientes blancos relumbraron en una sonrisa de niño. La miró con ojos ansiosos. —¿Te gusta?— preguntó, e Isabella sólo pudo asentir con un suspiro, enmudecida ante esa felicidad terrible. Tomó en sus manos el caballito de metal, tenía patas movibles, bridas amarillas y la crin en rojo sobresaliendo como una llamarada del cuerpo negro.

Cuando de regreso, con grandes expectativas, se lo enseñó a Natalia, sólo obtuvo una mirada negligente por encima de la costura, una sonrisa de labios apretados, e Isabella, decepcionada, no comprendió su indiferencia. Entonces, demasiado excitada para contenerse, se acercó al lecho de su madre, sostuvo el caballito entre dos dedos, dijo que se lo había regalado Domenico, y Luisa, provocándole una conmoción de espanto, se echó a llorar. Natalia frunció el ceño, se incorporó a medias de su máquina. —Ya basta— dijo cortante, y le ordenó que preparara la cena.

Luisa tragó unas cucharadas de sopa y en seguida rechazó el plato con un ademán de repulsa. Natalia, a su lado, conversaba con ella en voz baja. De qué hablarían, pensó Isabella, sino de ese gesto suyo que había provocado llanto. Avergonzada e inquieta, llevó el plato a la cocina.

Más tarde, cuando Isabella se acostó, Natalia dejó de coser, se sentó en el borde de la cama. Con los hombros curiosamente agobiados, el rostro severo, estuvo un rato inmóvil, pensativa. Isabella esperó reproches y soltó el caballito que había tenido apretado en la mano. Estaba por dormirse cuando Natalia se inclinó hacia ella, la besó en la mejilla y murmuró: —Tu caballito es precioso.

—¿Sí? —preguntó Isabella con un hilo de voz.

—Precioso —repitió Natalia.

En el sueño, Isabella oyó que su madre repetía lo mismo. Ya no lloraba, reía con una risa sonora, jubilosa. Entonces, apretada contra su seno, el caballito en la mano, ella le contaba al oído que su padre tenía una gorra nueva.

Los sábados, Domenico procuraba no faltar a su cita en el colegio. Él, que odiaba compromisos, aceptaba éste; ver a Isabella a solas le deparaba una extraña felicidad que nunca había experimentado en la convivencia, donde la mirada de Natalia escarnecía invariablemente las muestras de su afecto. Aunque los otros días podía presentarse sí o no según su antojo, la inminencia del domingo en el que no podría ver a Isabella por más que lo deseara, transformaba en impostergable la cita de los sábados. Con tiempo de sobra, esperaba a Isabella un poco aparte, recostado en un árbol. Una figura vestida de oscuro, de saco y chaleco aunque hiciera calor, y en el cuello un pañuelo cruzado que disimulaba la falta de camisa. Tarareaba en voz baja con aliento a vino, la gorra sobre los ojos. Cuando advertía el primer movimiento en la puerta, la empujaba hacia atrás.

Ese sábado salieron las niñas en filas ordenadas, pero no Isabella. Se acercó más que de costumbre y escrutó cada rostro

sabiendo que era inútil, él la reconocía por mínimos detalles, el balanceo que imprimía a su bolsita con la pizarra y los útiles, y acaso, oculta por las otras niñas, un paso apenas entrevisto que sólo a ella podía pertenecerle. Sacó las manos de los bolsillos y permaneció con los brazos caídos a lo largo del cuerpo hasta que la calle quedó solitaria. Luego se alejó y buscó a un paisano para charlar y para que entre palabra y palabra lo convidara a una copa.

La ausencia de Isabella se prolongó. El colegio, un edificio nuevo con frente de piedra, intimidaba a Domenico. Ni por un instante pensó que podría traspasar la puerta, dirigirse a esas señoras con las que nunca había tenido contacto y que provenían de un mundo superior, limpio, instruido. Cómo se atrevería él, con sus ropas ajadas y su dialecto, a preguntarles por Isabella. No se le ocurrió y si se le hubiera ocurrido, lo habría desechado, qué sabrían esas señoras de una niña tímida y callada cuyos ojos se iluminaban al verlo. Para Domenico, la interrupción de sus encuentros fue como si le quitaran el pan. Le llevó una tiza envuelta en mucho papel y nerviosamente la quebró en el bolsillo. Imaginó con zozobra que Isabella podría estar enferma, podría haber muerto como Agustina.

Una tarde, por fin, sin poder aguantar más la incertidumbre, se encaminó hacía la casa de inquilinato. Temía tropezarse con Natalia y cada vez que lo asaltaba la idea permanecía irresoluto, demoraba el paso, se detenía en un bar y bebía un vaso de vino a sorbos lentos. El vino lo envalentonaba, sacaba pecho y sus temores pasaban a la categoría de necedad. Y qué, se decía, si encontraba a Natalia, tendría preparadas respuestas tajantes, con un solo gesto la apartaría de su camino. No era a ella a quien quería ver sino a Isabella. Olvidaba su expulsión y su desánimo. En realidad había abandonado la casa de modo tan expeditivo meses atrás por una única razón: por Luisa, quien cuando dormía le soplaba el aliento en la nuca. Ya no la amaba y el contagio de su enfermedad le provocaba más pavor que la muerte.

Después de varias paradas en los bares, llegó a la casa con pasos menos firmes pero enteramente confiado. Tenía ganas de orinar y se acercó a un árbol; dos mujeres lo miraron y desistió, acariciando el tronco. Les dirigió una sonrisa que no obtuvo respuesta, saludó a un vecino, entró al zaguán y de allí al patio.

Natalia salía de la pieza en ese momento, su expresión se endureció. Avanzó hacia él. Sin dejarle decir una palabra, doblándolo en estatura, lo empujó de un brazo hacia la calle. No pudo resistirse, tanta fuerza había en esa mano que lo llevaba casi a rastras. Cuando se dio cuenta estaba en la puerta. Si no le permitió hablar, ella en cambio lo hizo, sibilante entre los labios apretados como con miedo de lo que podría pasar si se concedía toda la voz. Comprendió en seguida el motivo de la presencia de Domenico y lo zanjó escuetamente: —Isabella no va más al colegio. La necesito en casa —. Tuvo una sonrisa sin piedad. —Pero a usted no. Sobra. Váyase.

Domenico la miró con sus ojos oscuros: —Soy el padre— balbuceó.

Natalia se encogió de hombros. Sabía lo que eran los padres. Y el recuerdo de Agostino le acrecentó la ira. Qué títulos presentaba Domenico, ¿ser el padre? Daba a Isabella lo que no costaba: unos mimos, unas caricias, como presente excepcional un caballito inservible, ni pan ni techo que eran las cosas que realmente se necesitaban para vivir. —No aparezca más por esta casa— lo conminó inflexible con voz dura y ajustó las cuentas esa vez para siempre. Había callado mucho y ahora no le importaba si los vecinos abrían las orejas, atentos a lo que podría ser un escándalo. Habló apasionadamente sin ambages, con el sabor agridulce, dulce amargo del odio y ella misma se asombró de su memoria.

Domenico quiso interrumpirla y no pudo. Ante esa voz que lo recriminaba extendiendo frente a él su propia inutilidad, no encontró respuesta. Su coraje se había evaporado. Aceptó calladamente las palabras de Natalia y se las llevó con la misma actitud sumisa con la que antes se había llevado su atado de ropa. Cierto que no ayudaba,

cierto que mortificaba a Luisa hablándole sólo a precavida distancia, sin jamás alcanzarle una taza de té ni tocarla con la punta de un dedo, cierto que le gustaba dormir y beber vino. Ocasionaba trabajo y comía sin derecho.

Isabella se asomó y logró ver al padre que se alejaba. Su exclamación de contento murió antes de nacer. No se movió. Un pañuelo le rodeaba ambos costados de la cara, desde el mentón a la cima de la cabeza donde se unía en un nudo con dos puntas. Durante la noche le habían dolido las muelas.

Natalia le preguntó cómo estaba.

—No me duelen —dijo Isabella.

Domenico dobló la esquina.

—No llores —dijo Natalia, tomándola de la mano, como si llorara por la presencia del padre y no por su ausencia—. No llores. Ya no vendrá.

Y Domenico, en efecto, no volvió.

En la sala del inquilinato, una pieza que daba a la calle y costaba más de renta porque era amplia y tenía una ventana con un angosto balcón, vinieron a vivir dos jóvenes recién llegados, oriundos de Bonifati, en la Calabria. Eran carpinteros especializados en muebles, pero por el momento trabajaban en obras. Y no les faltaba trabajo ya que se construía mucho.

Cuando veían a Isabella por el patio, la llamaban. Nino, el más joven, solía hacerlo con una voz risueña, ahuecada por broma, y Massimo se le unía con su voz de costumbre, grave un poco ronca, más vieja que él mismo.

Sabiendo que Natalia no se movería de su máquina de coser, Isabella acudía al instante, entraba en la sala que a diferencia del cuarto compartido con Natalia y la madre le parecía enorme. Junto a un ángulo de la pared había un banco de carpintero, serruchos, taladros y garlopas, una caja con unas herramientas que la

intrigaban. Ellos le explicaban para qué servía cada una y se lo demostraban con un trozo de madera. Isabella no perdía un movimiento. Le encantaba ver cómo el cepillo desprendía rulos de virutas y cómo ellos se ponían clavitos entre los dientes que luego introducían en la madera con un golpe de martillo. Abría la boca con un asombro que los hacía reír.

Los hombres de Bonifati, cuya amistad databa de la infancia, trabajaban duramente. El único lujo que se habían concedido era la pieza con ventana y balcón. Un hombre se muere sin luz, sin el aire que entra por la ventana, habían pensado de mutuo y silencioso acuerdo, al alquilar la pieza. En Bonifati, desde el mirador del pueblo alto, se veía el pueblo bajo y un paisaje de árboles. Cada atardecer era posible contemplar el sol que se ponía. En el aire tibio el sol nunca precipitaba la tierra en tinieblas, la acostaba con una mano tranquilizadora, como un padre.

Si los dos amigos se habían excedido al alquilar la pieza con su ventana, se privaban del resto: iban raramente a la fonda, atendían sus necesidades domésticas con heroica ineptitud, compraban vino a granel del más barato y sólo algún sábado o domingo, mirando las estrellas, fumaban un cigarro en el balcón. Cuando de aquí a dos o tres años ahorraran bastante, el primer paso sería traer a la familia, aunque para no debilitarse en el presente, no imaginaban casi nunca el reencuentro. Más tarde, alquilarían un taller, quizás, con suerte y salud, comprarían uno, el mejor, el que dispusiera del regalo de la luz aun en días de lluvia. Entonces sí vería Isabella lo que ellos eran capaces de llevar a cabo con esas herramientas que con celo y sacrificio habían trasladado desde su tierra. Eran buenos carpinteros, ebanistas que sabían de muebles y de tallas. Se elogiaban mutuamente y acariciaban con dedos sensibles el pequeño trozo de madera. En las obras el trabajo no se podía comparar. Trabajo bruto, decían. Respiraban fuertemente como queriendo oler el perfume resinoso que les traería el árbol y el bosque, las puestas de sol en el paisaje de Bonifati.

Se encariñaron de modo instantáneo con Isabella, esa niña que los domingos, cuando a veces no trabajaban, percibían temprano en la mañana preparando el desayuno o lavando alguna ropa en los piletones. Ella les mostró su caballito de metal y ellos la alegraron con aspavientos de admiración, y en seguida, quizás porque querían proporcionarle una alegría más intensa o sostenerla por más tiempo, le prometieron un regalo. ¿Qué deseaba Isabella? ¿Un silloncito? —Un silloncito— confesó Isabella con timidez. Era suyo, dijeron. —¿Dónde está? Ellos no supieron qué decir por un instante, la pregunta los desconcertó, tan rápida y ansiosa. Sus ojos, candorosos y crédulos, esperaban descubrirlo en cualquier rincón del cuarto.

—En la madera —saltó Nino, e Isabella, decepcionada, miró el banco de carpintero, los listones a medias cubiertos por pantalones y camisas de trabajo, ropa de invierno y de verano que habían sacado de las valijas y no habían vuelto a acomodar. Ellos prometieron construirle el silloncito apenas tuvieran el taller y en una hoja de papel dibujaron cómo sería. El silloncito era como un niño, debía esperarse a que naciera.

Ahora, Isabella contaba las horas hasta el oscurecer. Seguía el declinar de la luz que antes le provocaba inquietud. Se apresuraba en sus tareas. —¿Dónde vas?— le preguntaba a veces Natalia. Ella respondía: —A jugar en el patio—. Saltaba una baldosa sí y otra no, espiaba el regreso de los hombres de Bonifati. Hacía notar su presencia. —Isabella, Isabella— le decían dulcemente.

Ellos se lavaban en los piletones del fondo y una vez por semana, por lo general un sábado o domingo, llevaban desde la cocina ollas de agua hirviente hasta llenar una tina en la sala que luego desagotaban a baldes en la rejilla del patio. Cuando estaban limpios, cambiados de ropa, aparecían los dos juntos en el dintel de la puerta. —Isabella, Isabella— la llamaban, y ella sentía que ni su padre la había llamado así, prolongando el nombre que se hacía largo, largo. Ella acudía prestamente, con aquella ansiedad de la infancia que es al mismo tiempo felicidad y angustia. Los hombres

de Bonifati le hablaban de su silloncito, buscaban la hoja de papel donde al primer dibujo habían agregado otros. Simulaban discutir con el lápiz de punta gruesa yendo y viniendo por el papel.

—Sin apoyabrazos —decía Massimo, un hombre bajito como Domenico, con enormes bigotes y ojos bondadosos.

—No, no —se oponía Nino—. Tendrá apoyabrazos en forma de animal.

Isabella miraba a uno y otro con grandes ojos de excitación.

—¿Qué te gustaría, Isabella?

Isabella, que enrojecía fácilmente como la madre, se ponía roja y no contestaba.

—¿Un perro, una serpiente, un león? —preguntaba Nino, tan entusiasmado que con dos trazos dibujaba sendos animales sobre el papel.

Massimo opinaba que el apoyabrazos podría ser liso y terminar simplemente en una curva. Nino, feliz de exagerar, se mesaba los cabellos, a pasos inmensos atravesaba la habitación de un lado a otro saltando por encima de valijas y baúles. Sarcástico y desdeñoso, contestaba a Massimo que tanta imaginación lo enmudecía. Con el lápiz de punta gruesa, marcaba otros contornos sobre el papel, añadía al perro un cuello de jirafa, a la serpiente una cola de perro. Dejaba intacto al león, que miraba un poco bizco, con la cabeza inclinada. Isabella lo prefería pero permanecía muda sin atreverse a opinar, y Nino decidía: —Un león para Isabella.

Ella sonreía entonces, se le escapaba un gran suspiro de contento. Ante esa sonrisa y ese suspiro de contento los dos amigos se conmovían y a ambos les pesaba de pronto la soledad de la distancia.

Nino, que tenía mirada triste pero era el más dispuesto a las bromas, advertido de que el breve silencio había asustado a Isabella, se sobreponía al imprevisto asalto de soledad y pesar. Animando el tono, la expresión risueña, le aseguraba que el silloncito sería mágico, ella cabría en él cuando fuera una mujer grande, gordísima,

el silloncito con apoyabrazos en forma de león se agrandaría o achicaría a su deseo.

—¿De verdad? —preguntaba Isabella con voz tenue.

Ellos asentían e Isabella les creía ciegamente.

A Isabella le agradaban mucho esos hombres, sus risas, el olor a madera que despedían sus ropas y las historias que le contaban sobre unas pequeñas criaturas dejadas en Italia. Esas criaturas, decía Nino, dos de él, dos de Massimo, disponían cada una de un sillón que no sólo se balanceaba y era capaz de agrandarse o achicarse a voluntad. Las niñas dejadas en Italia volaban en sus sillones. ¿Quería volar Isabella?

Cuando con un sentimiento de susto y felicidad Isabella se disponía a decir sí, imaginándose por encima de los techos sentada en su silloncito, Massimo interrumpía y desviaba la conversación. De pronto una voz le advertía que esas fantasías se desbocaban. Mejor prometerle a Isabella un banquito común, de patas cortas y asiento redondo, que entusiasmarla con divagaciones imposibles de cumplir, ni aun en sueños. En ocasiones pensaba que la carpintería propia entraba en ese orden. Porque tanto había que ahorrar, aún lejano el tiempo en que podrían pagar los pasajes a las esposas y a las cuatro niñas. Todos los meses mandaban remesas pero el dinero se escabullía de las manos de las mujeres, no por despilfarro sino por pobreza; de esos envíos no conseguían poner aparte más que una ínfima suma para el viaje, el reencuentro. Y ellos, que al partir habían creído que sólo sería cuestión de meses, ya se daban cuenta de que verían pasar los años.

El rostro de Massimo se ensombrecía. No tanto con el propósito de interrumpir a Nino como el curso de sus propios pensamientos, cortaba un trozo de pan de la hogaza sobre la mesa y lo embebía en vino. Así aplacaban el hambre antes de la comida fuerte de la noche. —Come— invitaba a Isabella, tendiéndole el pan oloroso de miga teñida. Ella aceptaba y como conocían su deseo, la alentaban para que lo comiera en el balcón.

—¿Sí? —preguntaba Isabella.

—Sí —decían ellos firmemente.

Isabella subía el escaloncito que llevaba al balcón, apoyaba con delicadeza una mano sobre la balaustrada de hierro y observaba la calle desde la altura. Por mucho tiempo una ventana y un balcón le parecieron las cosas más hermosas de la tierra, sobre todo si mientras miraba desde allí podía oler y masticar el pan con vino. Tragaba las últimas miguitas, descendía el escalón y retornaba a la sala. Se despedía aunque nunca hubiera querido marcharse.

Con los años olvidó enteramente los rostros de Massimo y de Nino, el tono de sus voces y sus risas. Sin embargo, muchas veces, ya una mujer grande, ante la burla de sus hijos, embebía el pan y lo comía en silencio, no porque le gustara especialmente sino para agradecer los gestos de una vieja amistad. Volvía a ser una niña, de pie bajo la noche en un balcón abierto a las estrellas. Ante la risa de sus hijos, comía el pan y callaba.

Un anochecer de primavera, de regreso a la hora habitual, Nino y Massimo no la llamaron. Ella simulaba distraerse con su juego de baldosas y en vano esperó sus voces que insistían dulcemente: Isabella. No oírlas le provocó una gran decepción. Su madre dormía con los brazos estirados a lo largo del cuerpo y Natalia, en su máquina, cosía con aquel aire concentrado y nervioso de cuando se atrasaba en la costura.

Sin mostrarse, Isabella retornó al patio, se arrimó a la pared para dejar pasar a unos varones que vivían en los fondos. De ellos se decía que eran la peste encarnada. Por una vez, la tristeza de la desilusión se impuso al terror que les tenía. Ellos no le prestaron atención, ni la miraron siquiera, una tromba de gritos y pisadas a la carrera atravesó el patio hacia la calle. Cuando desaparecieron, Isabella jugó sin ganas a su juego de baldosas, vagó un rato y juntando valor se dirigió a la sala. Pidió permiso para entrar.

Massimo y Nino estaban acodados a la mesa, le sonrieron gentilmente. Ella esperó que le hablaran de su silloncito pero no lo mencionaron. En cambio, borrada la sonrisa, los rostros taciturnos, le preguntaron por la madre y si no iba más al colegio. —No voy más — dijo Isabella, con la esperanza de que esa conversación terminara y su visita fuera igual a las otras, cuando los hombres de Bonifati mostraban expresiones alegres y la atendían como a una señora o una reina.

De pronto Nino, el más joven de mirada triste, la atrajo hacia él. Sentándola en sus rodillas, la abrazó con fuerza mientras las lágrimas le inundaban los ojos. Asustada, Isabella forcejeó para desprenderse. Se le había cortado la respiración y sentía espanto ante ese gesto que no comprendía. Sin darse cuenta, sollozando, Nino la apretó más. Su compañero lo golpeó en el hombro. —Calma — recriminó con voz dura—. Asustas a Isabella. La liberó del abrazo y la puso de pie.

Nino soltó una carcajada dolorosa que interrumpió de golpe; secándose las lágrimas con el dorso de la mano, pareció a punto de disculparse pero luego, bruscamente, salió de la sala al patio.

Massimo sonrió a Isabella, le dio un trozo de pan mojado en vino y agachándose a su altura, en cuclillas, le explicó que la hija de su amigo estaba enferma. La había abrazado tan fuertemente porque sufría y tenía miedo.

Isabella lo miró con sus ojos marrones, heredados de la madre, de mirada mansa.

—¿Se curará? —preguntó.

—Sí, se curará —aseguró Massimo.

—Nino puede abrazarme de nuevo —dijo Isabella—. Pero que no llore.

En la isla, Adele preparaba una fuente de pescado frito, alistaba la mesa mientras Agostino dormía después de una noche de mar.

Giovanni, que había acompañado al padre, ya se había levantado y robaba la fritura que comía a grandes bocados quemándose la boca.

Cuando Agostino apareció en la cocina, tenía el rostro enrojecido, bebió ansiosamente un vaso de agua, dijo que la cabeza le daba vueltas y regresó al dormitorio. Adele fue tras de él, le tocó la frente, que ardía. Con malhumor, él murmuró unas palabras ininteligibles, la voz pastosa. Adele le colocó un paño frío sobre la frente y quiso aligerarle las mantas, pero Agostino se opuso: ardía y se helaba. Giovanni corrió a buscar al médico.

El enfriamiento de primavera desencadenó en pulmonía. Una tarde, transpirado de fiebre, Agostino se empeñó en levantarse. Rechazó la ayuda de Adele, y con pasos inseguros se acercó a la repisa de la chimenea donde estaba apoyado el modesto retrato de Natalia, una niña de pie sobre un almohadón. Nunca lo alzaba y tampoco lo hizo esta vez. La miró con ojos turbios por la fiebre, advirtió que la media sonrisa de Natalia era la misma que anunciaba su expectativa por los juegos secretos que habían compartido. Si como su barca había atravesado una tormenta, borrados estaban en el retrato descolorido los celos y el rencor. Era una niña, visiblemente orgullosa de ser fotografiada con su pollerita oscura y su blusa de cuello blanco. Sólo era una niña abandonada, ¿cómo podía sonreír con ese orgullo? Esa sonrisa, se acusó ofendido y no dispuesto a perdonarse, él la había tachado de golpe de la niñez de Natalia, y así seguramente debió tachar tantas cosas que para ella importaban y que él había desestimado como si el sufrimiento de una niña fuera menor en el corazón pequeño. Olvidará pronto, se había dicho ateniéndose a lo que él sentía, indignación y pena, cuando Cesare y Renato habían impuesto una separación que nunca después trató de mitigar. Aquella expectativa de Natalia por los juegos secretos que habían compartido debió vaciarse abrupta, incomprensiblemente, reemplazada por llantos y preguntas para las que no había respuesta. La única respuesta habría sido su regreso. Y él estaba en la isla, atado por otros lazos. Y moriría en la isla.

Sintió la mano de Adele en su hombro. —Por favor, Agostino— la oyó suplicar. Detrás de ella, aferrado al marco de la puerta, como un enfermo, Giovanni sonreía nerviosamente. La preocupación o el miedo le desquiciaban el rostro. Sin fuerzas, Agostino aceptó la ayuda de Adele y volvió a la cama. Se dejó caer exhausto, como si hubiera nadado alrededor de la isla la noche entera, o quizás años.

Durante unos días Agostino pareció mejorar, descendió la fiebre y durmió mucho. Adele, en lugar de permanecer despierta en una silla al lado de la cama, se acostó junto a él. Antes de dormirse, con dedos precavidos le acariciaba la nuca. Luego, rápidamente, Agostino empeoró. Venían a visitarlo sus paisanos y él los veía a través de un telón lechoso, de niebla en el mar. Lo invadía una extraña indiferencia, la rutina de la enfermedad había reemplazado a la de la salud, y él la transcurría apáticamente con el único deseo de dormir. Pero esa rutina se quebraba en ocasiones, una repentina y profunda inquietud lo hacía alzarse sobre las almohadas, como si debiera resolver sin dilación un asunto importante. Entonces se agitaba, la voz irreconocible, los ojos desbordados, fijos en un punto que debía alcanzar y estaba lejos, irremisiblemente distante.

Adele lo abrazaba para tranquilizarlo. Él no cejaba, la resistía con violencia hasta que de pronto, desplomándose sobre las almohadas, volvía a quedarse tan quieto e indiferente que Adele extendía una mano temblorosa y lo tocaba. Sólo al contacto de la piel, el latido del pulso, el corazón de Adele se recuperaba del pánico.

Una mañana de domingo amaneció tan luminosa que el sol obligaba a entrecerrar los ojos. Agostino se despertó con el tañido de las campanas llamando a misa. Despertó lúcido, la mirada tan clara como su pensamiento. Por la presencia de parientes, de Cesare y Renato que de regreso de un viaje no se habían movido de la casa, por el rostro sombrío de Giovanni y el aspecto de Adele, supo que su fin estaba próximo y que la lucidez era un regalo de la muerte. No moriría en el mar azul como le hubiera gustado porque no lo temía, sino en su cama, en ese cuarto con las paredes

blanqueadas a la cal. Pidió estar a solas con Giovanni y Adele se marchó del dormitorio con una sonrisa serena que apenas traspasado el umbral se deshizo en llanto.

—Giovanni —dijo Agostino. Quería hablarle de Natalia pero preguntó por la Rossina. Usó su viejo nombre, el que había borrado a un costado de la proa para escribir uno invisible.

—Está bien —dijo Giovanni con voz ronca—. Sale de pesca, la cuidamos.

Agostino cerró los ojos y Giovanni supuso que se había quedado dormido. Pero al rato los abrió y con esfuerzo infinito señaló hacia la puerta creyendo señalar el retrato sobre la chimenea. Y Giovanni no se engañó porque el gesto de su padre, tan débil, atravesaba la pared, distancias en el mar, alcanzaba renuncias y deserciones.

—Es tu hermana —dijo Agostino con voz increíblemente nítida y fuerte—. No lo olvides. Es tu hermana —y no explicó por qué nunca la había mencionado. Sólo ahora, cuando el mar venía a su encuentro. Antes de que lo acogiera, la mano de Giovanni en la suya, le dijo dónde podría hallarla. Después no volvió a hablar. Murió cuando las campanas tocaban a misa vespertina y Adele, mirándolo, prometía caminar sobre las aguas si sanaba, dejarse consumir de hambre si sanaba.

Cuando regresaron del cementerio, Giovanni tomó la fotografía de Natalia de su lugar en la repisa de la chimenea, alisó los bordes arqueados, y como muchos años antes había hecho Agostino, la guardó en su cartera. Adele no lo advirtió hasta más tarde. En la noche, mientras masticaban tristes un poco de pan con queso y bebían café, sin hablarse, Adele vio que la fotografía ya no estaba. Dijo con reproche: —Yo no la hubiera quitado.

Una mañana, meses después, Teresa, la vecina de los Abruzzos, entregó a Natalia una carta que el cartero había dejado para ella.

—¿Seguro que es para mí? —preguntó Natalia con incredulidad. Nunca había recibido una carta, ¿quién le escribiría? Y no se le ocurrió nadie.

—Sí —aseguró Teresa. El cartero se había cerciorado bien, preguntando dos veces por Natalia De Angelis antes de cederle el sobre orlado con un ribete negro. A ella le había costado recordar que ése era el apellido de Luisa y por lo tanto, debía ser el de Natalia. Estaba parada en la puerta de la cocina y señaló hacia adentro. Sobre la hornalla freía ajíes en la sartén. Crepitaban a punto. Se los haría probar, dijo, y corrió a retirarlos del fuego.

Natalia recibió el sobre como un presente imprevisto y no deseado. Con aprensiva curiosidad, miró esos signos escritos en líneas paralelas, escrutó la impresión de un sello ondulado color lacre y la estampilla diminuta donde un sacerdote mostraba de perfil un rostro tétrico. Sintió rabia porque tanta observación no le aclaró nada y ya tenía bastantes preocupaciones para agregar una más. Llamó a Isabella.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó con acritud aunque Isabella había acudido al instante—. Una carta —dijo, y se la tendió sin abrirla.

Isabella, después de un momento de absorta contemplación, alzó los ojos, intimidada.

Natalia se alteró:

—Algo aprendiste, ¿verdad?

—Sí —contestó Isabella, que ya había olvidado lo poco que había aprendido en el colegio.

—¿Entonces? —preguntó Natalia, conminándola a leer.

Isabella contrajo los rasgos, su frente se plegó, acercó el sobre a los ojos, como miope. Deletreó dificultosamente. Luego, mientras

Natalia la observaba exigente, sonrió:

—Dice tu nombre.

—¿Bueno? —se impacientó Natalia— Ya lo sé.

Y si lo sabía, pensó Isabella, ¿por qué la sometía a ese suplicio? Quiso huir, correr junto a la madre.

Con malos modos, Natalia le quitó el sobre de las manos, rasgó el borde superior y extrajo una hoja de papel rayado en líneas azules. A distancia pareja de las líneas se deslizaba una cuidadosa letra inglesa, de alto dibujo. Sentó a Isabella en un banquito de la cocina y ella permaneció de pie dominándola con su estatura. Le tendió la carta y se obligó a sonreír.

—Dice tu nombre —repitió Isabella.

—¿Y?

Isabella mostró un rostro aterrado:

—No entiendo.

Natalia le arrebató el papel con tanta violencia que le desgarró una punta, arrugó la carta dentro del sobre y lo guardó en un cajón de su máquina de coser, en el cuarto. Insultó a Isabella en voz baja, para que no oyera la madre. No servía para nada, acusó con desprecio, cuántos meses había ido a la escuela, ¿había ido en realidad o se había entretenido vagando por la calle? Mientras la maestra hablaba ella papaba moscas seguramente, miraría su caballito de metal que nunca más se lo quería ver entre las manos. Embustes, garabatos los números y letras que escribía sobre su pizarra cuando fingía estudiar en los días de lluvia. Sin darse cuenta había alzado la voz. En un ataque de ira, buscó la pizarra en la bolsa de género colgada detrás de la puerta y la rompió en dos trozos sobre el canto del fogón de la cocina. Isabella no protestó, observaba el vendaval que había desatado, mordiéndose las uñas. Luego se apartó y silenciosamente fue a sentarse a orillas del lecho de la madre.

Natalia se arrepintió después, pero el arrepentimiento sólo aumentó su desazón. Pasó el día inquieta, impotente ante ese

misterio que no lograba descifrar, aunque su mayor inquietud provenía del color negro que orlaba el sobre con su borde de luto.

Hacia la noche tomó una decisión. No pasaría otro día como ése. Le había costado estar sentada a su máquina y había sembrado pródigamente malos humores e injusticias. Necesitaba saber.

Recogió el sobre y a través del patio oscuro se dirigió a la sala donde vivían los jóvenes carpinteros de Bonifati. Ella los había visto leyendo el periódico en el patio algún domingo de extremo calor. Ansiosamente desarmaban el periódico y se pasaban las páginas. Incluso había oído sus voces cuando rezongando o congratulándose, comentaban lo que leían. Le había resultado extraño que unos signos de tinta seca o fresca provocaran otra reacción que el simple enterarse y punto.

Natalia no sentía el anticipo de ninguna gratitud. A cada paso quería retroceder. El patio se había transformado en un terreno inhóspito. Sólo mediante un esfuerzo de voluntad podría pedir ayuda a los hombres de Bonifati, con quienes no se trataba. Hacía meses que les había cortado el saludo al enterarse de las visitas de Isabella. Se las había prohibido. —Nunca más— había ordenado, tajante. Desconfiaba de dos hombres solos que invitaban a una niña a su cuarto y le ofrecían pan con vino. Todavía la sobresaltaba la idea de algo siniestro que hubiera podido ocurrirle en su relación con esos hombres. Pero cuando interrogó a Isabella sus ojos eran calmos e inocentes, y si acabó por llorar fue porque ella, con sus preguntas suspicaces cargadas de un sentido que Isabella no discernía, la llenó de terror.

Isabella lamentó la prohibición de Natalia. Durante un tiempo ellos la habían llamado como de costumbre e Isabella se escondía. Si se sintieron heridos no lo revelaron. Ahora, si la encontraban por azar, le sonreían y a veces, cuando no había nadie, le pasaban la mano en una caricia fugaz por el pelo castaño, y en los ojos de Nino cruzaba un relámpago doloroso porque Isabella le traía presente su criatura muerta. Isabella pensaba en el silloncito volador que le

habían prometido y percibía agudamente que jamás podría tenerlo. Como era una niña modesta, no lamentaba tanto la pérdida del vuelo como la imposibilidad de mecerse aferrada a los apoyabrazos en forma de león. Lo recordaba un poco bizco, con la cabeza inclinada.

Natalia sabía que fuera de ellos, los hombres de Bonifati, ningún vecino en la casa de inquilinato podría evitarle el trámite que le ocasionaba disgusto. De la misma manera, con aire menos violento, los vecinos se veían forzados a repetirlo no importa con quién cuando recibían una carta o debían contestarla después de enormes demoras producidas por el hecho que les resultaba tan ajeno de sostener un diálogo, de pedir y recibir noticias que excluían la voz y la presencia. Nunca compartían con los parientes lejanos el instante de alegría o tribulación, en las malas noticias éstos comenzaban a resignarse cuando en ellos estallaba el dolor vivo. Ocupaban las piezas a lo largo del patio y en su mayoría habían sido campesinos analfabetos con un pasado de mucho penar, de tanto trajín que no había lugar para ambiciones que no se refirieran al cuerpo: lecho, comida y mínimo abrigo. En la nueva tierra habían mejorado, trabajaban en las fábricas, en los muelles, eran albañiles, estibadores, vendedores ambulantes, pero leer y escribir seguía no siendo para ellos.

Por una fortuna más benévola, Massimo y Nino sí sabían, y si Natalia les hubiera preguntado alguna vez, gustosos le habrían contado de la escuela de Bonifati, cuyo recinto eran las casas del pueblo prestadas por turno cada día. Un maestro joven que a lomo de burro llegaba de un pueblo vecino, les enseñaba y apenas terminada la clase, en ocasiones interrumpiéndola sin poder esperar tanto, les hablaba de Garibaldi y a escondidas, en el mayor secreto, de un hombre generoso llamado Malatesta que pasaba su vida entre el exilio y la prisión. Hubieran tenido con Natalia más de un punto de contacto porque el mismo maestro les había enseñado, siempre a escondidas, en el mayor secreto, lo que aún subyacía en Natalia

oscuramente: que el derecho al pan ganado no era merced de los ricos. Pero a Natalia, que podía tener antipatías inexplicables, nunca le habían gustado esos hombres y menos después de los encuentros con Isabella.

Caminó hacia la sala con la carta en la mano y en la mitad del camino volvió atrás. Permaneció indecisa. Cuánto más fácil hubiera sido dirigirse a Teresa, que no sabía leer, a su marido, el español callado, que no sabía leer. Luego se tragó su enojo, que le duraba entero porque era rencorosa, y retornó sobre sus pasos. Llamó a la puerta. Salieron los dos, que siempre andaban juntos como siameses, y esta unión inseparable también ofendía a Natalia. Con malignidad suponía algo malsano en tanta camaradería. Los hombres alguna vez andaban solos. Hasta las compras las realizaban juntos.

Al reconocerla en el umbral, los hombres de Bonifati tuvieron el mismo gesto sorprendido; en seguida sonrieron cálida, ampliamente. Ella les dio las buenas noches y se disculpó por molestarlos. Si la hora no era oportuna volvería en otro momento, se anticipó, y empezó a retroceder. —De ningún modo— aseguraron Massimo y Nino al unísono y con un ademán hospitalario señalaron el interior de la sala, que estaba muy desordenado, con el banco de carpintero, las maderas y herramientas que habían intrigado a Isabella. A Natalia le pareció ver baúles por todas partes y viejas valijas y ropas arrojadas al descuido. Nada estaba en su puesto. La necesidad obligaba a Natalia a ser amable, pero en su fuero interno el sentimiento hostil se acrecentó. Se dijo que había procedido atinadamente cuando prohibió a Isabella visitarlos, como si el desorden que juzgó teñido de suciedad corroborara sus más negras sospechas.

Ellos esperaron a que hablara. Permanecieron de pie en una espera sin curiosidad, disponibles. Nino, el más joven, desocupó una silla de unos trastos, y se la ofreció. Natalia, después de una mirada recelosa se sentó en el borde, explicó qué la había llevado y entregó

la carta. Despojó toda ansiedad de su rostro, que conservó el orgullo, como si su ignorancia fuera un capricho y no carencia. Nino leyó la carta en silencio. Luego la miró y Natalia descubrió que tenía ojos tristísimos, de una bondad límpida y absoluta como si nunca hubiera visto el mal sobre la tierra. Y la expresión del otro, que estaba recostado en la pared, fumando la mitad de un cigarro, era idéntica, aunque más oculta por el espeso bigote. Había estado tan indignada por el pan y el vino, por esas visitas de Isabella a dos hombres solitarios, que nunca los había mirado en los ojos.

—Malas noticias —dijo Nino.

—¿Para mí? —preguntó ella con desconfianza.

Nino afirmó gravemente con la cabeza, tardó un rato en decir:

—Su padre ha muerto. Le leo la carta —y la leyó.

—Ah —dijo ella por único comentario. Agradeció y se marchó, firme y erguida como si no hubiera escuchado nada. La tos de Luisa le llegó desde el cuarto. Retó a Isabella que no conseguía incorporarla sobre las almohadas y mientras atendía a la madre no cesaba de pensar. Ha muerto, se dijo. ¿Y qué? Alguna vez tenía que morir, y morir lejos como siempre había vivido. Podían haberse ahorrado la noticia que para ella, a esta altura, no significaba mucho. ¿Y quién es este Giovanni que me escribe? ¿Mi hermano? Yo tengo una sola hermana y es Isabella. Sólo esta criatura comparte mi sangre. En su fuero interno mezclaba el italiano y el castellano que hablaba cada vez más, pero ahora sus pensamientos discurrían enteramente en italiano como si hubiera regresado al país de la infancia, sólo rodeada del idioma escuchado al nacer. Y no se le ocurrió que a traición cualquier palabra, la más imprevista, la más inocente podría traerle a Agostino, forzar un encuentro con ese padre que rechazaba y cuya muerte no le provocaba congoja. Debía de haber cortado el lazo de la lengua, entonces la indiferencia hubiera sido posible.

—¿Estás más cómoda? —preguntaba a la madre— No te agites —decía en vano, porque Luisa se ahogaba en uno de esos accesos

que la dejaban exhausta. La apantalló solícita, el rostro tormentoso. No quería saber de ese padre, desaparecido bruscamente de su vida, que una noche la había tenido en brazos, haciéndole cosquillas en el cuello, y otra noche ya no estaba. Barquita mía, le decía, meciéndola, y a esa barquita había hecho naufragar. Sé lo que son los padres, había pensado frente a Domenico. Vaya si lo sabía. Buenos para abandonar y no cumplir.

—¿Pasa algo? —preguntó Luisa, cuando cesó el ataque de tos y pudo volver a respirar, una expresión casi de gratitud en el rostro porque su pecho flaco por fin no rehusaba el aire.

—Nada —contestó ella secamente.

Abrió un cajón de la cómoda y ocultando sus movimientos deslizó la carta debajo de la ropa. Teresa apareció en un momento dado, desde el umbral de la puerta miró a Luisa con ojos compasivos y entregó a Natalia un plato de ajíes fritos que nadaban en aceite; prometió para más tarde un caldo de gallina, algunas presas. Como siempre, cocinaba para un regimiento y al ogro de su marido no le agradaba repetir la misma comida. Rió bondadosamente. Agradecía la ayuda, no sabía cocinar para dos. ¿Alguien le había leído la carta?, preguntó antes de marcharse.

—Todavía no —contestó Natalia con desinterés.

Cuando el cuarto quedó silencioso y Luisa entró en el sopor que en ella reemplazaba el sueño, Natalia recogió el sobre de debajo de la ropa. Observó, ya sin curiosidad, los signos que no comprendía, el sello, la impresión ondulada color lacre. Desplegó la carta sobre sus rodillas. La leyó con la voz de Nino, con los ojos de Nino de mirada triste. Se sentó en el borde de la cama que compartía con Isabella. Debía ponerse a la máquina y trabajar, pero no pudo hacerlo. Habló mucho con su padre esa noche, mientras Isabella dormía y su madre se despertaba cada tanto. Supo que no la había olvidado y como era esto lo que ella siempre le había pedido, los reproches se ahogaron en su corazón. Suspiró con lasitud. Él la había fijado en la foto de esa niña de tres años, de pie en un almohadón, el brazo izquierdo

descansando en una columna, y no la hubiera reconocido como era ahora, una mujer animosa pero severa, de carácter fuerte. Después guardó la carta y lloró como si su padre nunca la hubiera abandonado como si él la hubiera visto crecer y ella morir.

Nino le preguntó:

—¿Isabella?

Se había cruzado con Natalia en la puerta de calle. Anochecía. Dejó que Massimo se adelantara en su camino hacia la sala. —Ya voy— dijo. Massimo le dirigió una mirada interrogativa, un poco inquieta.

—Cuida a mi madre —contestó Natalia fríamente. Que esos dos no supusieran por un segundo que leer una carta les concedía el derecho de invitar a Isabella nuevamente a su cuarto.

—¿Cómo está?

—¿Isabella?

—Su madre.

Él llevaba sus ropas de trabajo y al detenerse se había quitado la gorra. Su acento no reveló curiosidad sino un interés solícito.

Natalia tomó una expresión distante, la irritó la pregunta porque de la enfermedad de Luisa no se podía hablar como de otra cualquiera; visiblemente la rodeaba una atmósfera donde el interés y la compasión eran vencidos por el disgusto. Salvo a Teresa, a los demás les provocaba miedo. Creían más que posible el contagio a través de esos pañuelos manchados con sangre que Natalia o Isabella lavaban en el piletón, incordiaban las toses que traspasaban las paredes. Algunas noches, los vecinos de las piezas contiguas, alterados en el sueño, las golpeaban con el puño.

Nino esperaba la respuesta. Natalia bajó los ojos: —Sufre— contestó, y no supo por qué había dicho eso y no, como siempre aseguraba: está mejor, aunque no fuera cierto.

Nino se limitó a asentir con la cabeza, tenía el rostro cansado y parecía más viejo. —La muerte nunca viene fácilmente— dijo, y Natalia, que temía esa palabra referida a la madre, sintió que la ayudaban a sostener un peso terrible porque alguien nombraba a la muerte por ella y la aceptaba casi con el mismo sufrimiento.

Él agregó que podía aligerarla de algunos trabajos, el arreglo de un mueble, las compras en los negocios de comestibles o de remedios en la farmacia. Falta el tiempo, se anula el dormir, ya no se come con la misma disposición. La enfermedad de alguien querido trastorna y nunca hay fuerzas ni dinero suficientes. No debía vacilar en acudir a ellos, despertarlos en medio de la noche si algo necesitaba.

—Nada necesitamos —dijo ella, y una conmoción desconocida la asaltó, el principio de un acceso de llanto.

—¿Qué me pasa?, se preguntó. La pena era un lujo; había llorado la muerte de Agostino, era demasiado pronto para llorar la de su madre.

Isabella apareció en el patio, avanzó hacia el zaguán contenta de verlos juntos. Su hermana, que conversaba con Nino, ya no le prohibiría las visitas, recuperaría su balcón, quizás, pensó esperanzada, podría tener su silloncito.

Natalia colocó su mano sobre el hombro de Isabella, y por el peso de esa mano, ceñida hasta causarle dolor, Isabella comprendió que se había equivocado. Natalia la empujó con una expresión de enojo, cómo había dejado sola a la madre. No se podía confiar en ella.

Nino quiso decir una palabra, esbozó un ademán con el brazo como si quisiera retenerlas. Pero las dos ya se habían marchado. Creyó oír que Isabella lloraba.

Natalia se puso de novia. Sin explicaciones, abruptamente, tomó la decisión, que sorprendió a la madre. Él era un calabrés de veintiocho

años, de nariz ancha y abultada y el pelo aplastado en ondas, una de las cuales caía sobre la frente. Pero tenía hermosos ojos, un poco miopes, tan húmedos y velados como un paisaje en la bruma. Pretendía a Natalia desde hacía mucho y ella, al principio, no le había prestado la mínima atención. Lo juzgaba un hombre ridículo, con su nariz bulbosa y su onda sobre la frente. No le gustaba hasta que un día se dijo, ¿por qué no? Compró en el centro la seda blanca para su vestido de novia y en los momentos libres, que ahorraba del sueño, lo cosía con el mismo ánimo adusto con que cosía sus pantalones. Mostraba incluso mayor rigidez, y cuando Isabella curioseaba tocando la larga cola de seda apoyada en el respaldo de la silla, le ordenaba que no fastidiara. Si Isabella insistía, su mano como un relámpago, la alcanzaba al azar, en la cabeza, en la mejilla, a veces en el hombro. Le exigía que se fuera a dormir o se sentara juiciosamente junto al lecho de su madre.

Cuando Natalia cosía no la movían las ilusiones, engañosas o no. Sólo tenía una tela bajo la aguja de su máquina y no pensaba en su boda con ese hombre que había aceptado, como la madre a Domenico, por simple soledad. Además, ya estaba grande, había cumplido veinticinco años en el último diciembre. Necesitaba otros brazos que la ayudaran.

El calabrés, que se llamaba Giacinto Spina, comenzó a visitarla jueves y sábados en la pieza de la casa de inquilinato, venía vestido de traje y cuando se iba Natalia lo acompañaba hasta la puerta. Si no había presencias inoportunas en el zaguán, él tendía las manos pesadas hacia su cuerpo; ella se las apartaba con rudeza. Ningún hombre la tocaría antes de casarse y menos ése. Sin embargo, obtenía cierto placer de que él insistiera y de su propio rechazo.

Él había perdido en gran parte su dialecto y no había conquistado el español. Su jerga irritaba a Natalia, quien se ofendía a muerte cuando Isabella, al oírlo, se tentaba y huía del cuarto para reír lejos y a sus anchas.

Mientras la gente por lo general intimidaba a Isabella, Giacinto no. Le parecía irresistiblemente cómico, observaba con risueña curiosidad su nariz enorme, sus orejas velludas, su onda sobre la frente pegada con fijador. Natalia lo advertía. —Isabella— decía severamente. Isabella bajaba los ojos, pensaba en cosas tristes. Pero cuando Giacinto abría la boca, ya no se podía contener: le subían cosquillas desde el estómago, apretaba los dientes, inflaba las mejillas. Huía hacia el patio. Afuera, con el rostro oculto en el brazo apoyado en la pared, reía hasta las lágrimas.

Al día siguiente, Natalia se lo hacía pagar. —Señorita —le decía— vamos a ver si hoy se ríe tanto —y le ordenaba un sinfín de trabajos. Sólo se ablandaba al atardecer, cuando le ponía una mano sobre el hombro y con la otra le tironeaba del pelo—. Mala —murmuraba sin enojo.

Ella se dio a pensar en Domenico, que por lo menos cantaba en voz bajita, y añoró esas canciones que siempre había detestado. No recordaba ninguna aunque él las repetía incesantemente, canciones de amor, canciones de su tierra donde el mar estaba próximo. Giacinto no cantaba y bajo su frente angosta no había muchos pensamientos. La aburría y hasta le tenía rencor porque un jueves, sentado a la mesa ante una copita de grapa, delante de Luisa e Isabella, había hablado de los carpinteros de Bonifati, ésos que ocupaban la mejor pieza de la casa, con ventana y balcón. Se había referido, guiñando un ojo con picardía, a esa estrecha convivencia de matrimonio.

—Callate —dijo Natalia.

Giacinto había ahogado una tosca risita. Un compañero le había contado que no se les conocía mujer. Aunque estuvieran casados en Italia, no se podía vivir sin una mujer, ¿no? Todos aquí… Miró en dirección a Luisa e Isabella y no concluyó. Pero al rato insistió con el tema de los hombres de Bonifati, que no se sabía por qué esa noche parecía obsesionarlo. Con una sonrisa odiosa y sobreentendidos que

su jerga volvía más oscuros, había acusado a esos dos de meterse en problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó Natalia con una voz cortante que a otro hubiera hecho enmudecer.

Giacinto no lo percibió.

—Anarquistas —dijo.

Natalia no intentó ninguna defensa, el rostro se le ensombreció de golpe, apartó el vaso de grapa que Giacinto no había terminado de beber, y dijo:

—Mi madre está cansada.

Él no se explicó por qué ella lo escoltó hasta la puerta de calle, el aire ceñudo, la apariencia de un sargento, y lo abandonó sin saludarlo ni demorarse un rato como era su costumbre. Le fue atrás. Cuando la alcanzó, la rodeó con sus brazos.

—Nenita —dijo.

Ella se volvió, separándose y traspasándolo con una mirada fría y desdeñosa:

—Te dije que mi madre está cansada. ¿Sos estúpido?

Cerró la puerta de la habitación con un portazo que despertó a Luisa y sobresaltó a Isabella.

—Natalia —dijo Luisa. Quería hablarle a Natalia de Giacinto, confesarle lo que advertía desde su reclusión en el lecho, inmóvil, inútil y sin embargo atenta: ella no procedía como una novia enamorada, y entonces, ¿por qué?

Natalia sonrió, dijo una frase tranquilizadora referida al tiempo, la noche era muy clara, y se sentó frente a su máquina de coser. Acomodó pantalones y controló la aguja. Vio a Isabella que cabeceaba resistiéndose al sueño, insólitamente no se había desternillado de risa ante Giacinto, y le ordenó que se fuera a dormir. Impulsó el pedal con el pie. Cuando la rueda giró y la aguja cayó y subió sobre la tela, Luisa que miraba su rostro concentrado, comprendió que a veces la vida inmutable no se aguanta y se elige a un ser, el primero a mano, para no sufrir de soledad y penuria.

Poco tiempo antes de la boda, fijada para el verano, Natalia encontró a Nino en el zaguán. Después de aquella conversación interrumpida, habían cambiado algunas palabras donde Nino siempre preguntaba por la madre y ella se permitía confesar la verdad, que Luisa tenía menos fuerzas y que frecuentemente la sangre acompañaba a la tos.

—La muerte nunca viene fácilmente —decía él con un asentimiento solidario, y un día le había mostrado la foto de su niña muerta. Su gran pena era que no la había visto morir.

—Tampoco yo a mi padre —dijo ella, tratando de evitar la mirada de esos ojos bondadosos y tristísimos. Rechazó el impulso de acariciar ese rostro, más aún, de tomar su cabeza entre las manos y apretarla contra su pecho. Confortarlo.

Se marchaba con una angustia extraña, y si pensaba en Giacinto experimentaba hostilidad.

Nino se empeñó en dejar abierta la puerta de la sala, habló de la primavera, del verano inminente. En las noches frescas sólo accedía a cerrar la ventana del balcón. Massimo lo observaba curioso, con una callada inquietud. Nino, algunas veces veía pasar a Natalia a través de la puerta abierta, si estaba sentado se ponía de pie y enrojecía. Cuando ella seguía su camino, él se asomaba y la miraba alejarse. Contraía el ceño dolorosamente. Él había visto al novio atravesar el patio dos veces a la semana dirigiéndose a la pieza; le subía un sabor amargo a la boca; permanecía tenso durante el tiempo de las despedidas en la puerta de calle. De inmediato, al observar su rostro sombrío, Massimo comenzaba a conversar, comentaba las huelgas, las del puerto, el paro de los frigoríficos que llevaba más de un mes; traía el diario anarquista y en voz alta leía la nota editorial que siempre auguraba un mundo mejor. Lo que había empezado como excusa para apartar a Nino de sus pensamientos, se transformaba en arrebato. Entusiasta, golpeaba con el puño sobre

la mesa y sostenía posibles la justicia, la fraternidad, la libertad. Nino escuchaba distraído y oyendo a Massimo, tan lleno de esperanzas, descubría con vergüenza que ya no confiaba.

Esa noche cuando encontró a Natalia en el zaguán, ella se había despedido de Giacinto, cuyas manos había rechazado con más acritud que de costumbre, tanta que él, deseándola honesta pero no hostil, se había enojado; la boda estaba próxima, ¿qué temía?

—Natalia —dijo Nino en la penumbra del zaguán, y era la primera vez que la nombraba. Ella lo miró. Se alegró de no ver con claridad su mirada, porque cuando se hundía en esos ojos era otra.

Alzó la cabeza con un gesto de arrogancia, preguntándose entre confusos sentimientos quién lo había autorizado a pronunciar su nombre así, como una súplica. No obstante, la invadió un sudor frío y hubiera querido huir.

Él se acercó. Tomó sus manos y Natalia las liberó con un ademán brusco, no el mismo que usaba con Giacinto porque ahora sus manos se rebelaban, querían retornar al cobijo de las otras, un poco ásperas, ardientes. Retrocedió y Nino avanzó. Entonces ella se quedo inmóvil, respirando con fuerza. Percibió su olor, un olor a jabón, a tabaco, imperceptible a cal y madera, intenso a sudor y silencio. Pudo hundirse en su rostro, que nunca había visto tan cercano, tenía los ojos dormidos, la cabeza ligeramente inclinada, como quien escucha una música. Repentinamente, él despertó. Abrió los ojos, con la mirada mansa y sorprendida. —Estás aquí— dijo. Su boca entreabierta buscó la suya con una ansiedad desesperada, como la de un niño quemado por la sed. Pero no era un niño sino un hombre al que sentía temblar. Un hombre casado con una mujer que esperaba el reencuentro, una niña muerta y otra aún pequeña a quien la ausencia del padre le pesaría. Historias de abandono, ella ya tenía bastantes. El pensamiento le provocó una inquina súbita y total, un dolor profundo. ¿Cómo se atrevía a ofenderla? Ese beso le sabía más amargo que la hiel.

—¿Qué hace? —preguntó rudamente, se separó golpeándolo con los puños. Ya veía a qué llevaba la confianza. Se secó la boca hasta que los labios le escocieron. Dio media vuelta, los hombros muy erguidos, la cabeza alta, y se alejó a pasos lentos, cuidadosos.

En el cuarto, Isabella cosía en una sillita baja junto a la mesa; no tenía mucha habilidad. Natalia dirigió una mirada preocupada a la madre. Era el momento en que la fiebre ascendía. Entonces se arrebolaba y sus ojos se ponían brillantes. Algo debió de ver en Natalia porque esbozó un gesto llamándola a su lado.

—¿Qué necesitás, mamá? —preguntó Natalia.

—Nada —dijo la madre—. Yo nada —y sus ojos afiebrados eran tristes e interrogativos.

Natalia la tocó con la palma de la mano, la piel estaba húmeda. Le secó el rostro, le acomodó las almohadas. La mirada de su madre le hacía daño. Luisa la sujetó débilmente por la manga. Ella se inclinó y la besó en la frente, le apoyó las manos sobre la colcha. —Dormí— dijo.

Débilmente, Luisa cerró los ojos. A medida que esos ojos se volvían más grandes, destacándose en el rostro como lo único vivo, su cuerpo disminuía. A esto había que llamar pesares, se dijo Natalia, no a cualquier otro que pretendiera desplazarlos y de cuya insignificancia se daba cuenta frente a ese cuerpo al que no podía ahorrarle enfermedad y dolor.

—¡Ay! —oyó gritar a Isabella.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. No alborotes.

Isabella se chupaba una gotita de sangre en el índice que se había pinchado con la aguja. Cosía el dobladillo de un pañuelo, las puntadas eran desiguales, unas muy flojas, otras muy tirantes. Le sacó el pañuelo de las manos. —Dejá— dijo sin acritud. Isabella le sonrió agradecida, coser no era para ella, barrer, lavar la ropa, cocinar sí, pero coser la torturaba. A pesar de la edad, ya era una muchacha de pequeños senos y gracia aún adolescente, temía los enojos de Natalia que siempre le reprochaba su torpeza, y añadía a

los rezongos viejos agravios, como por ejemplo, que no supiera escribir y apenas leer, aunque hubiera ido a la escuela.

Natalia estaba inusualmente gentil porque le rozó los cabellos en una caricia y en lugar de sentarse a la máquina con su aire temible permaneció yendo y viniendo del interior a la puerta del cuarto. Dijo que se encargaría ella de la cena. Luisa preguntó: —¿Qué le pasa a tu hermana? El esfuerzo de la curiosidad le resultó excesivo, sin esperar la respuesta cerró los ojos.

En la cocina, moviéndose en la penumbra, Natalia destapó la olla con la sopa, le agregó un poco de agua, unos granos de sal. Avivó los carbones cubiertos de ceniza. Arrimó la olla al fuego. Se retiró ligeramente para eludir el calor de la hornalla. Vio la sombra inmóvil de Nino donde comenzaba el zaguán. Massimo apareció desde la sala con el sombrero puesto y lo tomó del brazo. Salieron juntos.

Natalia encendió la luz. Apartó la olla y cubrió los carbones con ceniza. Había borrado el beso con las manos, pero el beso estaba ahí, y el olor de Nino a sudor y silencio. Y mientras alzaba la olla con la sopa caliente apartada de su cuerpo, supo con certeza que sería el único beso que recordaría en su vida, que ése sería el único, indestructible recuerdo del amor. Después no tendría nada.

En las semanas siguientes, Natalia modificó sus costumbres. No volvió a acompañar a Giacinto a la puerta de calle aunque él protestaba, y cuando cada anochecer anunciaba el regreso de los hombres a sus hogares, ella se recluía deliberadamente con el pretexto lícito de la costura. Sólo una noche, ya muy tarde, en la que debió correr a la farmacia vio de nuevo a Nino y a Massimo. Caminaban a unos metros de distancia, calle abajo. No se alteró, como si ellos fueran dos hombres desconocidos ocupados en sus cosas, o a lo sumo, dos vecinos desagradables a quienes deseaba evitar. Se impacientó un poco porque la urgía llegar a la farmacia y ellos caminaban con lentitud. ¿Adónde iban?, se preguntó irritada.

No en busca de mujeres, según el comentario agraviante de Giacinto, pero le daba igual, fueran adonde fuesen quería perderlos de vista.

Massimo tenía el brazo sobre el hombro de Nino y así siguieron por un trecho mientras la impaciencia de Natalia crecía hasta desbordar en furia. En un momento Nino se separó deteniéndose de golpe, murmuró algo y dejó que Massimo se adelantara. De algún modo había sentido que ella estaba allí, retardando el paso a sus espaldas. Se volvió y avanzó a su encuentro.

Cuando se cruzaron, Natalia que estaba decidida a girar el rostro para no verlo, se detuvo apenas un instante y le clavó los ojos con una desesperación de la que no se daba cuenta.

Nino tendió el brazo sin llegar a tocarla.

—Buenas noches —dijo ella, serenamente.

—Buenas noches —dijo Nino, y la miró alejarse.

El domingo llovió durante la noche. Una tormenta de verano que descargó agua sonora en los techos de zinc.

Poco antes del amanecer, Natalia oyó ruidos en la casa. O quizás provenían de la calle. Percibió vagamente algunas voces roncas, algún sonido indefinible, como si alguien cargara un mueble o un objeto pesado y lo dejara caer. No se despertó del todo porque Luisa había atravesado un pico de tos y de fiebre, y ella e Isabella habían tratado de aliviarla de la manera usual, secándole el sudor, cambiándole el camisón empapado, sosteniéndola por turno para que estuviera erguida y le resultara más fácil respirar. De tanto en tanto le acercaban a la nariz una piedra de alcanfor que Luisa rechazaba con un ademán ciego del brazo. Le prepararon tisanas oscuras de cáscara de granada y hojas de laurel, pero a pesar de los ruegos, apenas si Luisa bebió unos sorbos atragantándose con la tos. Bien pasada la medianoche, pareció adormecerse. Natalia e Isabella cayeron en un sueño profundo. Natalia se despertó al oír los

ruidos; la fatiga no le permitió el interés o la curiosidad que hubiera sentido en otro momento, se durmió nuevamente, y aunque se prometió hacerlo por poco tiempo porque las pilas de pantalones se amontonaban sobre la máquina, durmió demasiado.

Cuando en la mañana salió al patio era bastante tarde. Se reprochó con malhumor las horas perdidas. Tomaría un café y no se movería de su máquina. El día se presentaba caluroso, lo temía infernal en el cuarto con el techo de zinc. La lluvia de la noche había dejado una humedad pegajosa. Alzó la cabeza para contemplar un pedazo de cielo enteramente azul, sin una nube.

Natalia no llegó a entrar en la cocina a prepararse el café. Un grupo de mujeres y de chicos permanecía frente a la puerta de la sala, y al primer vistazo ella advirtió una atmósfera desusada, tan paralizante en la impresión inicial como la que provoca un accidente presenciado en la calle. Los chicos, sobre todo, le dijeron que debía de haber ocurrido un infortunio, ellos, habitualmente tumultuosos, estaban rígidos y callados. Se acercó con el ánimo inquieto, una absurda nostalgia de felicidad la invadió.

La puerta de la sala estaba abierta de par en par. Nino y Massimo habían sido desordenados, pero ahora el aspecto de la sala manifestaba un desorden sin ley, más propio de un cataclismo de la naturaleza que de humanos descuidos, un vendaval, la mano inmensa del viento volteando los muebles, dispersando las ropas por el piso, algún plato, restos de comida, las valijas y baúles vacíos.

Un chico avanzó de pronto hacia la sala y la madre lo retuvo con una exclamación de susto. Fue como una señal. Se rompió el silencio y la gente empezó a moverse, aunque en el mismo sitio. Angelina y Nuncia, dos vecinas italianas del sur, de lengua ácida, trajeron a cuento sus sospechas. Esos dos, dijeron, refiriéndose a Massimo y Nino, leían demasiado, protestaban mucho.

Otras vecinas, italianas del sur, del norte, una española de acento cortante, Teresa, la de los Abruzzos, amiga de Natalia, arguyeron

que no, ellas nunca les habían oído una palabra fuerte, menos una protesta. Eran hombres buenos, serviciales.

Serviciales, dijo Nuncia, ¿pero qué ocultaban? En los últimos tiempos salían casi todas las noches, comían y a la calle. ¿Quiénes, trabajando durante el día, podían permitirse el lujo de desperdiciar horas de sueño?

Las otras chistaban, pero Angelina y Nuncia, que hablaban con voces estridentes, no se interrumpían. Esos dos salían mucho de noche. Regresaban tarde aunque debían levantarse antes del amanecer. Y en este caso, levantarse antes del amanecer no significaba mérito sino corroboración de sospechas. Si los hombres emigraban, no era para provocar escándalo. Un país los acogía hospitalariamente y algunos, en lugar de agradecer, tiraban bombas.

—¿Quiénes tiraban bombas? —gritó Teresa con indignación.

Ellas no sabían. Algunos. Esos dos serían llevados de vuelta a Italia, metidos en el primer barco que partiera del puerto. Si habían llegado paupérrimos, regresarían desnudos. En Italia tampoco los recibirían con los brazos abiertos.

—¿Por qué no se callan? —dijo Teresa, mirando a Natalia que se mantenía aparte y cuyo rostro pálido no mostraba ninguna expresión.

Pero más fácil acallar el rumor de un viento huracanado entre los árboles que a Angelina y a Nuncia. Bien merecido el regreso obligado a esa Italia que se abandonaba por pobre, insistieron con las voces ya un poco secas y una crueldad de la que no estaban conscientes; ese regreso confirmaba su propio lugar bajo el sol, lo volvía más seguro en esta Argentina que ellas consideraban benévola. Les había otorgado trabajo, un techo, comida.

Las otras ostentaron pequeños favores debidos a Nino y a Massimo, la voluntad disponible, el arreglo de un mueble destartalado, los buenos días y las buenas noches pronunciados con invariable gentileza.

—¡Anarquistas! —gritó Nuncia, y Teresa con todo el cuerpo le dio un empujón que la aplastó contra la pared.

En este punto, desde el interior de la sala, se asomó el dueño de la casa de inquilinato al que todas temían. Exigió compostura mediante un gesto perentorio y unos aullidos de bronca tan escandalosos como el barullo que los había provocado.

Nuncia lanzó un improperio contra Teresa; con dos dedos cruzados sobre los labios le juró venganza, pero no pasó de ahí. Se marchó frotándose el codo enrojecido por el golpe. Angelina la siguió y las demás, con desgano, las imitaron poco a poco; una por una arrearon a los chicos, se fueron a lavar la ropa, a preparar la comida. Sólo Natalia permaneció frente a la puerta. Un ligero movimiento de negación, la opacidad de los ojos, hizo desistir a Teresa de pedirle que la acompañara.

El dueño de la casa de inquilinato, que poseía otras idénticas en el barrio, por un momento no se movió del umbral. Carraspeó desde las profundidades de su garganta y escupió hacia un costado. Natalia no lo miraba. Él dudó en dirigirle la palabra, conminándola a marcharse; con expresión intimidatoria retornó al interior.

Salvo aquella noche en la que había entrado con la carta de Giovanni, el borde orlado de luto, ella nunca más había pisado la sala. Ahora lo hizo. La presencia del dueño, que acomodaba las cosas útiles para llevárselas, prolongaba la intromisión brutal de antes del amanecer, se movía desaprensivamente, el ceño fruncido de codicia. Natalia experimentaba hacia él un odio acerbo producto de muchas angustias, era un hombre implacable con los atrasos, un aprovechador de miserias. Él la examinó con la misma expresión intimidatoria, como preguntándose qué hacía allí, cómo se había atrevido a traspasar el umbral. A todas las vecinas les había prohibido la entrada, lo que había en la habitación le pertenecía, justo resarcimiento.

Natalia lo ignoró, estuvo tentada de poner en pie una silla, de levantar unos papeles y diarios rotos, pero se quedó con las manos

laxas a los costados. Su mirada le reveló que faltaba el banco de carpintero, uno de los baúles, las herramientas que tanto contaban para Massimo y Nino. Sólo descubrió un martillo en el suelo, con la pintura roja del mango descolorida por el uso.

El dueño de la casa desestimó un baúl roto de mimbre, cargó el baúl restante sobre el hombro y salió con una mirada recelosa.

Las camas estaban deshechas, las frazadas en montón. ¿Cuál sería la de Nino?, se preguntó Natalia, y se sentó sobre la más pequeña. Rozó la almohada. Casi no tenía espesura. Respiró profundamente, como para que la alcanzara un olor a madera, a sudor y a silencio. Pero ahora Nino, al que no volvería a encontrar, hablaba. Hablaba de sus sueños de un mundo mejor, de tantas esperanzas rotas, de tanta lucha y bondad desperdiciadas. De un tiempo que le había concedido tan poco.

Levantó del suelo el martillo con la pintura del mango descolorida, para gastarla quizás cuántas veces la había tocado la mano de Nino; puso su mano sobre la huella de la mano de él, áspera y ardiente. En la empuñadura quieta, él le enseñaba el envión del martillo en el aire, el golpe preciso sobre la cabeza del clavo. Por un momento, sintió su aliento en la mejilla.

El patrón regresó con un manojo de llaves y dijo hoscamente: —Voy a cerrar—. Esperó de pie en la puerta, agitando las llaves en un tintineo nervioso.

Natalia se incorporó. Se llevó el martillo sin que él osara oponerse, y antes de salir, se inclinó y recogió un papel hecho un bollo en uno de los rincones.

El patrón pareció a punto de hablar pero cambió de idea. Él también detestaba a Natalia y sólo aguardaba la ocasión en que el atraso del alquiler le permitiera ponerlas en la calle, a ella, a su hermana y a la madre con su enfermedad contagiosa. Habría podido argüir, como había hecho con otros, que quería el cuarto para unos parientes, sobraban piezas desocupadas en los conventillos y no necesitaban justamente esa pieza en su casa, que llegado el caso le

costaría alquilar si la madre moría en ella. No por bondad sino por cobardía careció de valor para una actitud más drástica. Temía esa fría y verdosa mirada, como la de un reptil, lo intimidaba su aspecto insolente cuando cada mes, al entregarle la renta, actuaba como si le concediera un favor, le brindara una limosna. No tenía dónde caerse muerta, y sin embargo, se apartó para dejarla pasar. Después cerró con llave.

En la cocina, Natalia alisó el papel lleno de dibujos con lápiz de punta gruesa. Al principio, los ojos velados, no entendió qué miraba. Luego, poco a poco las líneas se le aclararon. No había palabras por suerte, que no podría leer. Distinguió un sillón y más abajo una corte de extraños animales, una serpiente ondulada con cola de perro, un perro con cuello de jirafa. Y un león, un león amable y feroz al mismo tiempo, con amplia melena.

Dobló en dos el papel y junto al martillo lo colocó bajo las ropas, en ese cajón de la cómoda que sólo ella tocaba. Sonrió a Luisa, que estaba despierta y la miraba cansadamente desde la cama, simuló arreglar las prendas y no supo el motivo, arrimó al papel alisado la carta de Giovanni, su medio hermano en Italia, quien quizás aún esperaría una respuesta que nunca recibiría, como ella tampoco recibiría respuesta a la pregunta sobre el porqué de las cosas que en silencio y con pena ahogaba en su corazón.

En la isla, Giovanni vendió su barca, que había recuperado su viejo nombre, la Rossina. Cuando la vio partir por primera vez y él en tierra, sintió que su padre le reprochaba. Cesare le había conseguido un puesto en la empresa naviera y quizás pronto podría embarcarse. No dejaré el mar, dijo, con los ojos bajos, a la presencia de su padre.

Gracias al dinero de la barca, Giovanni efectuó algunos arreglos en la casa, compró nuevos muebles y se casó. Después de tantas novias, una lo había conquistado, la hija del dueño de una hostería que siempre se había opuesto a que ella se casara con un pescador

de la isla. Para él no contaba que Giovanni fuera dueño de su barca, el hecho no lo haría salir de pobre ni le permitiría conocer otra vida que las incertidumbres de la pesca en el mar. Pensaba como Agostino: embarcado en un buque, esos transatlánticos a todo lujo construidos en Génova, el porvenir de Giovanni sería distinto. Y por lo tanto el de su hija, quien quizás podría sufrir de soledad pero viviría en la holgura.

Adele asistió a la boda vestida con un traje largo de tela opaca bordada con hilos dorados en el escote. Se sentía en paz, había temido que Giovanni no se casara nunca. Después de la iglesia, festejaron con una gran comida que se prolongaría hasta pasada la tarde. Asistían parientes y paisanos y el bullicio crecía a medida que se vaciaban las botellas de vino, se enrojecían los rostros y las voces proponían bromas de sentido equívoco en dirección a los novios. Ella contempló la fiesta con una sonrisa ausente, pensaba en su propia boda con Agostino. Las mesas tendidas un día de verano en el patio trasero de la casa, bajo la sombra de algunos frutales. Había habido música de dos acordeones y mientras bailaban, había refrescado súbitamente, cayó la lluvia y todos habían corrido refugiándose en la casa. Y le pareció que su felicidad había sido enorme, nunca interrumpida por ningún abandono.

Varias veces Giovanni la miró y la encontró distraída como se distraen los viejos, entre la ausencia y el recuerdo, y no supo por qué esto lo acongojó. La expresión de la madre era serena, aunque tan lejana.

Un mes después de la boda, Adele murió durante el sueño. Quizás había tenido alguna premonición porque se acostó vestida, con su mejor traje, que no era el reciente de la boda sino otro, más antiguo. Dejó abierto el cierre de la espalda y de la cintura, le ajustaban, y por otra parte sus dedos entumecidos por la artritis ya no eran hábiles para lidiar con los botones. Pero amaba ese traje más que ningún otro, lo había estrenado en el bautismo de Giovanni, y recordó de qué hermosa manera su color azul había contrastado

con las ropas del bebé de blanco puro. Se olvidó de apagar la luz. Antes de dormirse, acarició la tela y acomodó los pliegues en torno de su cuerpo.

Y fue una muerte dulce. Con Agostino había tenido una niña llamada Natalia. Su fotografía, junto a la de Giovanni que llegó después, estaba sobre la repisa de la chimenea. Cuando los niños dormían, ella y Agostino los miraban abrazados. Comentaban los rasgos de los niños, la mirada voluntariosa de Natalia, la expresión tierna de Giovanni. Y quizás en ese momento, en que le decía a Agostino qué feliz era, qué felices eran con esos dos hijos, fue cuando en el sueño, dulcemente, murió.

En el invierno de 1917, Isabella preparó su ajuar. Se casó en el verano siguiente, un día de tan intenso calor que el aire sofocaba y el agua salía caliente de los grifos. Ella, a quien habitualmente el calor trastornaba, no se dio cuenta, sólo percibió el cielo luminoso en el trajín conmocionante de la boda.

El novio era aquel niño que cuando murió Agustina le acarició la cabeza en el escalón de la puerta y le regaló una moneda de dos centavos. Dos centavos significaban una fortuna que Isabella no gastó.

Él tenía una gran familia y sus padres genoveses respetaron, como habían hecho con todos los hijos, la obligatoria grafía española de la libreta de casamiento. Lo llamaban José, aunque lo pronunciaban mal. Ellos al principio se habían opuesto al noviazgo y más al matrimonio; creían hereditaria la enfermedad de Luisa, muerta hacía años. Isabella les resultaba sospechosa, juzgaban anémica su tez blanca, confundían con flacura y raquitismo su esbeltez. A contragusto, habían accedido finalmente, incapaces de sostener las cóleras y el empecinamiento de ese hijo que los enfrentaba.

Durante toda su adolescencia, él le hizo la corte, retardando el paso frente a la casa de Isabella cuando pasaba con sus amigos. Si lo veía venir, el más alto de todos, el más apuesto, Isabella se escondía, roja hasta la raíz de los cabellos. Tuvo que crecer, y por fin, a los diecisiete años, ella le sonrió, el corazón latiéndole de espanto por su propia osadía. La sonrisa trémula duró sin embargo, enamorada.

Ese día, José no siguió a sus amigos con el paso demorado, se detuvo frente a la puerta, encendió un cigarrillo para ocultar su emoción, luego la miró a los ojos y dijo: —Isabella.

Cuando se casaron, Isabella y José alquilaron una pieza en la misma casa de inquilinato en la que vivía Natalia con Giacinto, y que no era aquella del patrón odioso, aunque la imitaba en la disposición de las piezas, cocinas y piletones.

A los pocos meses, Isabella se dio cuenta de que, como Natalia, tampoco ella sería feliz, la felicidad sólo aparecería por breves momentos y no duraría, raros los días de paz. La diferencia con Natalia consistía en que Isabella amaba intensamente a ese hombre de cóleras bruscas, a quien la menor observación enardecía. Las hermanas de él le habían hablado de su mal genio, no por bondad sino para asustarla, pero Isabella no les había prestado atención; con ella cambiaría. Sonreía entonces, como si tuviera un secreto, el de su amor que desarmaría las cóleras. En muchas ocasiones lo había visto alunado, pero pronto se le pasaba, una caricia cuando se despedían en el zaguán y José desarrugaba el ceño. Cedía con un tono cariñoso, reprochando: —Isabella…

Ella nunca preguntó el porqué del reproche y no haberlo preguntado la ató para siempre.

Después del casamiento, él no alteró sus costumbres. Apenas salía del trabajo se detenía en el café, arrimaba una silla a cualquiera de las mesas de madera oscura y se sentaba con otros hombres que le

dejaban libre un lugar sin interrumpir la charla. Permanecía horas. Necesitaba el ruido, que no toleraba en la casa, con ojos atentos seguía los ademanes en las discusiones violentas, aprobaba las maldiciones a los capataces, los improperios hacia los patrones que se construían palacios y los reducían a la miseria. Los hombres tenían otras voces allí, en el café, y aunque él participaba raramente sentía que algo mejor y más digno lo sacaba de su rutina embrutecedora. Era pintor de oficio, capaz de limpiar y empapelar un cuarto en un día, pero eso le costaba no parar un segundo, a veces, sin lavarse las manos sucias de pintura, sólo comía un bocado con un trago de agua al pie de la escalera. En el café, el tiempo transcurría sin advertirlo, y el cansancio del ánimo y los músculos que lo llevaba a la impaciencia y de la impaciencia a la ira, se aflojaba poco a poco.

Isabella, que lo esperaba a la noche con la comida caliente y la mesa tendida, no se quejaba. La primera vez que se había atrevido a hacerlo, un mes después de casada, con una pregunta apenas incriminatoria sostenida en un hilo de voz, él había recogido su saco del perchero y se había marchado. Cuando regresó pasada la media noche tenía unas copas de más y se llevaba los muebles por delante. Volteó una silla que no se molestó en levantar; tropezó con la mesa. Ella había permanecido llorando sentada en el borde del lecho, con un dolor tan profundo como el de la muerte de su madre, pero más lacerante. Se alzó al verlo, se enjugó rápidamente los ojos. Él la ignoró; falto de equilibrio se tumbó en el suelo, la espalda recostada en la pared, las piernas extendidas, y durante el resto de la noche, con el dorso de la mano y el grueso anillo de matrimonio, golpeó monótonamente el piso de madera.

Horas después, aún oscuro, se incorporó del suelo, tomó una toalla y fue a lavarse al piletón del patio. La cabeza pesada no le haría perder un jornal. Se vistió en la pieza mientras Isabella seguía sus movimientos como si le fuera la vida.

En los días siguientes retornaba directamente del trabajo, pero no para quedarse. Enmudecido, se sentaba a la mesa, comía y luego se iba al café. Regresaba tarde, sobrio. La bebida le provocaba daño y sólo se emborrachaba por furia y como venganza en el momento álgido de sus cóleras.

Isabella concluía de limpiar a hora temprana y cuando todo estaba listo, las compras hechas, las camisas y pantalones planchados, perfecta en orden su pequeña parcela, corría junto a Natalia. Le contaba sus decepciones que crecían en sentido inverso a sus esperanzas de felicidad. Si lloraba, Natalia la reprendía. —No es el llanto el que arregla las cosas— decía duramente.

Isabella se esmeraba, preparaba los platos que José prefería, mostraba una expresión amante en el rostro ansioso, se atrevía a insinuar tímidos acercamientos que él no acusaba, salvo con una sonrisa de rencor. Ella se sentía inútil y desdichada, perdía su belleza casi adolescente, los ojos enrojecidos, el rostro hinchado.

El mutismo absoluto le duraba a José tres semanas, a veces más. Luego, poco a poco, sus rasgos perdían la rigidez del enojo, exigía con voz todavía áspera agua caliente para afeitarse, sus pantalones planchados, un pañuelo, hasta que al cabo, una noche cualquiera, terminada la comida, él la abrazaba.

A la mañana siguiente, Isabella se dirigía con pasos ligeros hacia la pieza de Natalia, deseosa de comunicarle que su desdicha había cesado. Decía: —Se le pasó la luna— la sonrisa serena a flor de labios. Natalia aprobaba la reconciliación entre escéptica y enternecida. Enternecerse no le gustaba, así que con pocas frases ahuyentaba tanto contento, aconsejaba docilidad y paciencia. El matrimonio era aguantar e Isabella mejor que no escatimara esfuerzos para conservarlo. Y después de todo, los esfuerzos no eran tantos ni tan penosos: hoy sonreía. Si José la dejaba, ¿qué haría Isabella? Sola.

El pensamiento aterrorizaba a Isabella, se veía extraviada en el cuarto sin José, extrañando hasta sus cóleras. ¿Y quién la

mantendría? Otro peso sobre las espaldas de Natalia. —Seré buena — prometía con un tono de infancia, dispuesta a sofocar irritaciones, a enmendar fallas no cometidas, agravios de los que no se daba cuenta.

Si José la dejaba, ¿qué haría Isabella? Sola.

A principios de 1919, un jueves de una semana tórrida, murió el español de carácter seco y bondadoso, marido de Teresa. Durante todo el día había arreglado zapatos sobre su delantal de cuero y regresaba a su casa tan ensimismado como siempre; pensaba en sus cosas —que la vida transcurría.

Había huelga y la mayor parte de los negocios tenía las cortinas bajas, pero él había abierto el suyo. La gente necesitaba su calzado, la reposición de los tacos comidos, de las mediasuelas transparentes. En ocasiones le entregaban desechos con la capellada abierta como una boca en un trance de espanto, y su orgullo era devolverlos transformados en zapatos brillantes de pomada que aún aguantarían mucho uso.

—Los tendrá para hoy —prometía, y ninguna huelga le haría fallar a su palabra.

Pero ese día de enero pocos habían venido a buscarlos y él casi sintió satisfacción, de vez en cuando alzaba la vista y en el desorden de su taller se complacía en contemplar alineados sobre un estante los zapatos y botines listos para la entrega. Sus dueños pagarían el arreglo con un sentimiento doloroso y, al mismo tiempo, no podrían dejar de sonreír ante el aspecto flamante, el taco firme y seguro, la capellada cosida.

Algo distrajo al español en su camino de costumbre: en el cruce de una calle, una multitud de hombres protestaba a los gritos. Él era de naturaleza escéptica y sólo el calor lo hizo demorar el paso. Cuando quiso darse cuenta, caminaba con ellos que en su misma dirección se habían lanzado a andar por el centro de la calle. Hubiera

podido cambiar de rumbo pero desistió, estaba cansado, mala suerte si esos revoltosos seguían su camino. No lo seguían en realidad, al mirarlos comprendió que la vida podía transcurrir de otra manera, con otras furias y apetitos, y este transcurrir ajeno lo turbó vagamente. Se prometió apartarse en la primera parada del tranvía y por un momento temió que la multitud cada vez más exaltada ocupara los rieles o cometiera uno de esos desmanes que para él carecían de sentido. Si los más violentos volcaran el tranvía o lo incendiaran, tendría que regresar caminando. Suspiró con resignación, la perspectiva a esa hora de la tarde no le resultaba placentera; la juventud había pasado y con ella la disposición para alterar sus costumbres que de cualquier modo prefería inamovibles.

Después de un día de trabajo, con la espalda encorvada sobre la horma mantenida firmemente entre sus piernas, sólo deseaba llegar a su casa, y había respondido a ese deseo durante años, sin que ningún imprevisto lo trastornara, diluvio ni enfermedad. Añoraba los cuidados de Teresa, quería refrescarse en el piletón, la cabeza bajo el agua, el agua corriendo por su nuca. Luego se sentaría en el patio, con el anochecer encima y las estrellas apareciendo una por una, tan distantes. Entonces, sabía, una felicidad hecha de nostalgia y de paz descendería sobre él.

Un muchacho de barba oscura, con un pañuelo al cuello y el saco abierto, lo tomó del brazo; hablando atropelladamente le contó todo lo que había sucedido en esa semana que él había visto pasar con indiferencia. Como enterado de su falta de curiosidad, pretendía convencerlo de cosas que no le importaban, lo miraba con fijeza, la cabeza vuelta hacia él, un reclamo en los ojos. Él mantuvo la boca cerrada, la expresión adusta. La parada del tranvía estaba próxima y se liberó del brazo que lo sujetaba, dijo: —Perdone. Para tener más libre la visión se adelantó con unos pasos rápidos, abriéndose camino un poco a la fuerza, y se encontró entre los primeros de la columna, como si justamente a él lo moviera la protesta más viva. Frunció el ceño, dispuesto a subirse a la vereda, pegarse a la pared

y dejarlos pasar. No lo consiguió. Muy cerca de la parada del tranvía, en el centro de la calle, rodilla en tierra, unos policías les apuntaban con sus máuseres.

Las voces de los manifestantes se volvieron ríspidas y luego callaron. Algunos retrocedieron, otros buscaron refugio en los portales y los más permanecieron inmóviles, tanto por coraje como por sorpresa.

Lo último que él vio fue a esos policías, rodilla en tierra, en apariencia insensibles al calor de la tarde opresiva que en un instante detonó de escándalo.

Teresa lo reconoció en la morgue. Miró sin llorar ese rostro que seguía siendo adusto y por una vez, precisamente en la muerte que abarca tanta soledad, él le pareció menos solo. Otros hombres lo acompañaban en las mesas de madera con olores a sangre coagulada, a su izquierda un viejo, a su derecha un muchacho con barba tupida que mostraba los dientes.

Teresa ignoró cómo había vivido los días inmediatos a esa muerte. Sólo recordó el vacío, la ausencia de lágrimas. No se sentó a la mesa para no afrontar el lugar desocupado, dejó abandonada en el patio la silla donde él se sentaba cada tarde, las manos sobre los muslos. No la movió en lluvias ni en esos vendavales de verano que levantaban polvo y hojas secas. Un día apareció volcada, en el extremo opuesto del patio, y alguien, misericordiosamente, la puso de nuevo en su lugar.

Dos meses después, Teresa vendió sus muebles, juntó sus ahorros y regresó a los Abruzzos, que la había visto partir de niña y en donde aún vivían sus hermanos. Una tierra casi olvidada, pero ya no soportaba ésta aceptada como propia, le había perdido confianza como a alguien que nos arrebata lo mejor sin un castigo.

El barco partió una tarde a principios de abril. Un día con sol, de aire muy puro. Ella no subió a cubierta, permaneció sentada en una de las seis cuchetas del camarote que compartiría con otras mujeres. No quiso despedirse de la ciudad donde ya se construían altos edificios. Sólo se despidió de Natalia. Cuando la abrazó dijo, sin darse cuenta de que repetía un pensamiento que no había conocido de alguien amado: —La vida pasa—. Y con desesperación agregó—: Nos quita todo.

En los Abruzzos, Teresa siempre sufrió la nieve y el frío. Compró una casa desde cuya ventana veía las montañas y nunca se confesó que añoraba la llanura. Vivió rodeada de las familias de sus hermanos, en las que había niños de todas las edades. Siguió siendo generosa y los domingos al mediodía invitaba a sus parientes para quienes preparaba una sucesión de platos que ellos, montañeses pobres, festejaban agradecidamente, la saliva pronta. Teresa miraba comer a los suyos con curiosidad y hasta afecto, pero ya no recuperó aquella alegría simple de cuando ofrecía a Natalia un caldo, unos ajíes fritos, unas presas de pollo, y para obligarla a aceptarlos, mentía con dulzura y los ojos luminosos: —Cociné de más. Al ogro de mi marido no le gusta repetir las comidas.

La decisión de Teresa acongojó a Natalia, padeció su partida aquel día de abril de aire muy puro. Sólo ante Teresa, ella había confesado alguna vez una preocupación, un dolor que su reserva siempre disminuía en intensidad. Y aunque en pocas ocasiones lo había hecho —una preocupación acuciante de dinero, el dolor por la enfermedad de la madre, no la tristeza por Nino—, saberla allí, con su amistad probada, la confortaba incluso sin necesidad de hablar. Cuando Natalia e Isabella se mudaron, Teresa había seguido viviendo en el conventillo del patrón odioso, pero esa distancia de

unas cuadras no había impedido que apareciera cada tarde con un plato cubierto entre las manos. Y así como Teresa añoraba la llanura en su tierra natal, Natalia añoraba ahora su risa, el afecto de tantas comidas ofrecidas a lo largo de los años. El pensamiento de que ya no probaría sus ajíes fritos nadando en aceite le provocaba tanto pesar como su ausencia.

Isabella no podía sustituirla. Teresa se había marchado y de este modo, se cerraba una parte de su vida: sin sustitución posible. Se le perdían las personas que amaba como quien por fatalidad o descuido pierde objetos de valor que nunca podrán ganarse de nuevo. Por otra parte, nadie se acercaría a Natalia con pruebas de amistad, a nadie aceptaría ella, con su reserva y su orgullo.

Cuando Isabella, los ojos llorosos, aparecía en su cuarto, Natalia no dejaba de coser. No se le cruzaba la idea de turbarla contándole lo que fuera, menos sus propias desazones. En cambio preguntaba: —¿Qué pasó?— y atendía sus cuitas aconsejándole docilidad y paciencia. Según el humor del instante su acento sonaba persuasivo o destemplado. Sin José, le auguraba, su desvalimiento sería total. —Iré a la fábrica— desafiaba Isabella con la voz temblorosa y Natalia la miraba escéptica, hasta con burla. Nunca había sido capaz de ganarse un centavo, ¿lo ganaría ahora? ¿Sabía lo que eran las fábricas, los horarios desmesurados, el trato de los capataces, la humillación constante? José de alguna manera la protegía, le brindaba cóleras a granel pero también amor cuando podía, y un techo, un hogar.

Isabella callaba. Sin amargura, sentía que su rapto de desafío se había esfumado, tenía un hogar, un hogar, se decía. Terminaba balbuceando quejas, decepciones, historia antigua. Al aproximarse la hora de la llegada de José, se despedía rápidamente. Con una prontitud inquieta atravesaba el patio alertada por un sexto sentido que le advertía el momento casi justo de su llegada. No todo estaba listo, recordaba de pronto haber olvidado en el conjunto de ropa limpia sobre la cama un par de medias, el pañuelo, incluso dudaba

de la sazón de la comida y probaba, agregaba sal, probaba nuevamente y temía que la sal fuera mucha.

Natalia la veía partir con un suspiro. Entonces se detenía un segundo, la mano apoyada en la costura, inmóvil. Pensaba en Giacinto. Aconsejaba a Isabella, pero no podía aplicar a sí misma sus consejos. Su situación era distinta, sólo semejante en la pobreza. Fácilmente hubiera podido arreglarse sin Giacinto, a quien para colmo no amaba. Era cierto que el matrimonio le había dado un hijo, y esto quizás compensara dormir y vivir junto a un hombre como él. A esta altura sabía que Giacinto era débil y bastante haragán, sólo trabajaba a desgano, empujado por sus rezongos, cumplidor por miedo. Y porque era débil, rehuía las discusiones y no había modo de que reconociera una mentira. Así como Domenico había gastado lo poco que ganaba en vino, Giacinto lo gastaba en el juego. Los billetes de lotería y las papeletas de quiniela le atiborraban los bolsillos. Y cuando el dinero desaparecía en el infortunio del azar, Giacinto, enfrentado a Natalia, mentía empecinado sobre el motivo o lo reconocía ante pruebas incontrastables con una inocencia igualmente mentirosa que la enfurecía. En esta casa era ella la que se enojaba, pero sin fruto.

Se había defendido tanto de Domenico, que para ella representaba todos los vicios de un hombre, y se había atado a uno peor que él, Giacinto no cantaba en voz bajita, ellos nunca habían sido cómplices, riendo juntos, como alguna vez había oído reír a Domenico y a su madre; de niña se había despertado por los murmullos de las conversaciones, atrozmente lastimada por esa intimidad que la excluía.

Una tarde, en la que Isabella había venido a contarle sus cuitas de costumbre, Natalia le prestó poca atención. Cosía inclinada sobre la Singer con el mismo rostro concentrado de siempre, un dolor punzante en las vértebras, y como siempre ocultaba sus preocupaciones. Cuando Isabella huyó dándose cuenta de que se atrasaría con la comida, Natalia buscó la libreta del almacén con

tapas de hule negro y la abrió sobre la mesa. Contempló la ringlera de números. Pagaba sus cuentas cada fin de mes y aunque compraba poco y cuidadosamente, esas cuentas solían crecer demasiado. El almacenero del otro lado del mostrador sumaba mientras ella seguía sin respirar el movimiento del lápiz. Cuando le decía el resultado, se le caía el alma a los pies. ¿Tanto? preguntaba. Pagaba y volvía con las manos vacías, tocándose ese lugar donde alguna vez se había prometido guardaría el dinero entre el hueso y la piel, entre su piel y la necesidad.

Aborrecía su incertidumbre. Le costaba sospechar del almacenero que era un hombre escrupuloso. Durante la noche, mientras cosía, mientras procuraba dormir, se preguntaba qué milagro la ayudaría para pagar esas cuentas que aumentaban cada mes. ¿Cómo podría controlarlas? En secreto, sola en la cocina, había marcado con lápiz un barrote por cada compra en la última página de la libreta, pero no le sirvió de nada. Eran meros barrotes, palos torcidos, unos más largos, otros más cortos, como el primer ejercicio de una mano inhábil. Y le pareció que su ignorancia no tenía sólo que ver con esa libreta cuyo contenido no podía saber con ninguna certeza, sino con algo mucho más inmenso, su ignorancia era un terreno de tierra blanda donde se hundía a tropezones, la había llevado a equivocarse en tantas cosas, a rechazar, a ser dura, a sufrir inútilmente y a causar sufrimiento inútilmente.

Cerró la libreta con tapas de hule negro y cifras que no podía leer. Se decidió como se había decidido hacía años cuando pidió ayuda a los hombres de Bonifati para enterarse de la muerte de su padre. Se conformó diciéndose que ahora no debía temer nada tan malo, tan imposible de reparar como la distancia y la muerte.

Vio en el patio a una muchacha de tez muy blanca y pelo rubio, hija única de un matrimonio de gallegos. Se llamaba Teresa, como su amiga de los Abruzzos, de la que nunca había tenido noticias después de la partida, y la llamó pronunciando el nombre con una sensación de nostalgia. Sabía que ella, tan niña, podría ayudarla:

entraba y salía con libros, había aprobado el examen para el magisterio en el último diciembre. Entraría en la escuela normal y aún le duraba el orgullo del buen examen, del porvenir promisorio; se paseaba por el patio con un aire de ingenua soberbia, el cabello suelto, la tez muy blanca. No obstante, obedeciendo al llamado entró tímidamente en la cocina porque Natalia la intimidaba. Era una señora poco amable, de modales bruscos.

Natalia le tendió la libreta.

—No sé leer —dijo, y le señaló las compras del mes.

Ella leyó con voz firme: sémola, arroz, yerba, azúcar… y cada cifra. Vaciló en una palabra, pero no porque la desconociera sino porque le resultaba fuera de lugar entre las sémolas y los arroces.

—¿Qué dice? —preguntó Natalia.

—Préstamo.

—¿Préstamo? ¿Cuánto? ¿A quién?

Sin sorpresa oyó el nombre, comprendió.

—Ya está —dijo, quitándole la libreta de las manos—. Muchas gracias —agradeció ceremoniosa y sonrió a la adolescente quien advirtió de pronto que esa señora había dejado de intimidarla, pero no supo por qué esto no le provocó satisfacción alguna, se sintió incluso un poco triste.

Cuando Giacinto regresó a la noche, Natalia lo increpó furiosamente. Él entrecerró los ojos húmedos y velados, tuvo una sonrisa medrosa y meneó la cabeza, disculpándose. No volvería a pasar. Con fatiga, Natalia habló a ese hombre que despreciaba. Tenían un hijo, ¿qué sucedería si enfermara y necesitaran de verdad? No oyó sus excusas, en Giacinto el arrepentimiento era un soplo.

—Callate —rogó.

Fue hasta el almacén, esperó a que las últimas compradoras se marcharan y en el local desierto a punto de cerrar, con voz mortificada por la vergüenza, le pidió al almacenero que nunca le

concediera un préstamo a Giacinto. Era un hombre bueno pero poco prudente.

El almacenero se colocó el lápiz detrás de la oreja y la miró sin comprender. ¿No tenían un hijo enfermo?

Él sabía lo que podían ser los apuros con el médico o las medicinas; carecía de ánimo para negarse. Y como ella pagaba cada mes…

De regreso, Natalia se descubrió riendo sola por la calle. La astucia de ese necio la sorprendía. Necio pero suficientemente astuto para pedir dinero en préstamo con una sólida excusa. Él, inexpugnable a la reflexión, incluso se había protegido las espaldas con otra excusa tan eficaz como la primera: cuando su mujer apareciera en el almacén para las compras habituales no debían mencionarle al hijo enfermo porque ella se alteraba, sufría demasiado. Y de verdad sufría demasiado aunque por otras causas. Entonces, pensando en José, que se deslomaba en dos trabajos a los que no faltaba nunca, que cuando estaba de buen genio era gentil y generoso, juzgaba que Isabella había tenido suerte. Y por lo tanto debía aguantarse las broncas; ella las hubiera preferido de parte de Giacinto antes que los gestos huidizos y el mascullar de disculpas. No se trataba de un asunto de felicidad. Compadecía dolorosamente a Isabella cuando lloraba, pero su rostro, concentrado sobre la máquina de coser, no revelaba la menor aflicción. Si José no tuviera ese carácter impredecible sería perfecto, pensaba con ironía. Lo encontró en la puerta de calle, regresaba del trabajo. Él se quitó el sombrero y le tendió la mano ancha y fuerte.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Bien —contestó ella, la expresión aquietada—. Sufriendo el calor.

—Sí, hace mucho —dijo él, y se apartó cortésmente para que Natalia lo precediera en el zaguán.

A esa misma hora, Isabella salía de la cocina, avizoraba su regreso con un delantal que se cambiaba especialmente cada tarde, los cabellos peinados. Avanzó hacia José, le escrutó el rostro para detectar su ánimo. Él masculló un saludo y entró en la pieza a buscar su ropa limpia que Isabella había preparado sobre la cama. Ella le fue atrás. Quería preguntarle cómo había sido su día, contarle cómo había transcurrido el suyo, pero no se atrevió. Su expresión no era amigable y trató de hacerse invisible. Lo temía en esos momentos. Difícil que ella lo conformara. Cualquier cosa podía desatar su enojo, una taza que se rompía, un pedido de dinero para las compras. Su rostro se ponía violento, ¿cómo ella podía gastar tanto? Entonces era capaz de voltear la mesa con la comida y los platos, podía arrancarse la camisa arrasando los botones. Y después la borrachera que lo descomponía, el mutismo cerrado del enojo persistente. Él nunca la había golpeado, pero en esos días Isabella apartaba del cajón de los cubiertos la ancha cuchilla de picar carne y la escondía.

Un domingo de bronca, él decidió sacar el elástico de la cama al patio y quemar las chinches con agua hirviente. Encontró la cuchilla debajo del colchón. La empujó interrogativo. Isabella retrocedió, pálida. —¿Esto creés de mí?— dijo José, arrojando lejos la cuchilla, hacia la puerta del cuarto. Con un gesto inusitado de valor, Isabella movió la cabeza asintiendo. Entonces, los ojos de José se velaron, le tembló la barbilla. —Isabella. Isabella, ¿esto creés de mí?

Cuando Isabella se lo contó a Natalia, ésta rió. Quién sabe por qué José se sulfuraba tanto por cualquier cosa, pero ella lo estimaba. Aunque la mortificara frecuentemente, cuidaría a Isabella, no era un mentiroso ni un jugador como Giacinto. Otras estaban peor, casadas con borrachos o violentos que llegaban a los golpes. Isabella debía aguantarse las broncas, guarecerse en la docilidad y la paciencia hasta que arribara el tiempo calmo.

Esto es lo que siempre Natalia le aconsejó, no sabía si por sensatez o por despecho. Cuando nacieron, uno tras otro, los hijos de Isabella, insistió con mayor empeño todavía. Natalia sólo había tenido un hijo, al que llamaron Bruno. Después nunca más había quedado encinta y no lo lamentaba. En cambio, Isabella había tenido cinco niños y Natalia pensaba que eran muchas bocas para mantener. Y lo eran en efecto. Aunque José se deslomaba, las necesidades siempre superaban al dinero; sus cóleras nacían no sólo de su mal carácter, también de esa carrera para proveer que nunca ganaba por más que multiplicara sus esfuerzos. Natalia, viviendo estrecheces ella misma, no podía brindarle ayuda. Apenas dos meses después de cada nacimiento o de cada nacimiento frustrado, observaba el vientre de Isabella con una mirada interrogativa. Si Isabella negaba enrojeciendo, Natalia respiraba. El cuerpo de Isabella aún no había recuperado su forma después del último embarazo que le había dado una niña, una criatura que nació con la piel muy oscura y que, como el abuelo Domenico, tenía los cabellos negros con rulos en caracol pegados al cráneo. Todos habían observado curiosamente ese casco matoso en la pequeña cabeza. La mayor de sus hermanas, que le llevaba diez años, y que se parecía a Isabella, la misma tez lechosa, los cabellos castaños tirando a rubio, había recibido la obligación de cuidarla. Lo hacía juiciosamente, con buena voluntad, salvo cuando tenía que salir a la calle. En las tardes apacibles, obedeciendo a un pedido amable de Isabella, cargaba a esa beba de piel oscura y rizos africanos, hasta la plaza cercana. Si una mujer se sentaba a su lado e inquiría por el parentesco, simulaba no oír. Si la mujer rozaba las motas, comentaba qué negrita era y volvía a la carga con su pregunta, ella decía que no era su hermana sino una niña expósita que su madre protegía por bondad, la hija de una sirvienta. Sentada en el banco, separaba a la beba lo más posible de su cuerpo, fingía abstraerse con una sonrisa dolorosa en los juegos ruidosos de los chicos y ocultando su

vergüenza, apartaba su mano tan blanca de la pequeña mano, tan oscura.

—¡Natalia! —se oyó la voz de Isabella en el patio—. ¡Natalia!

Como todos los días, Natalia había efectuado la limpieza, planchado las camisas y pantalones de Bruno, someramente las prendas de Giacinto que a veces doblaba sin planchar. Hacía apenas un momento que se había sentado a la Singer y su nombre vibrando en el patio le produjo inquietud. Dejó su costura y se asomó con la preocupación de la desgracia. Pero la voz de Isabella, llamándola nuevamente, trémula, sonaba teñida de una sorpresa alegre. Sin embargo, también la alegría la asustó.

—¡Está ahí! —gritaba Isabella.

Natalia no se movió del umbral. Guiñó los ojos para acostumbrarlos a la luz más intensa del patio. Vio a Isabella rodeada de sus niños, desde la mayor, de tez muy clara, hasta la menor, de tez oscura. Estaban muy juntos y tenían las mejillas enrojecidas por el frío. José, el varón de Isabella, trataba de rodear a sus cuatro hermanas con sus brazos delgados y se imaginaba un caballero, un héroe de los bosques que las defendería de los peligros, de la presencia de esa figura desconocida aparecida en el patio que, sin embargo, mostraba un rostro amable y le resultaba atrayente.

Una irritación súbita asaltó a Natalia.

—Está ahí —repitió—. ¿Quién?

Isabella tardó en contestar. Agitada, se llevó las manos al pecho. Parecía otra, como alguien que por primera vez va a entregar una felicidad a un ser amado.

—¡Giovanni! —gritó. Y sus hijos, sin comprender del todo, miraron expectantes a Natalia, sonrieron asombrados de la seguridad y el júbilo que ese nombre otorgaba a la madre.

Natalia frunció el ceño, después palideció. Pasó un segundo.

—¿Giovanni? —y dio media vuelta para retornar a su máquina. No quería oír, no quería saber. Qué decía esa hermana suya, tan buena pero en ocasiones un poco tonta. Imposible que Giovanni apareciera una tarde cualquiera de invierno, como si toda la inmensidad del mar se hubiera transformado en una legua de tierra. Sintió la mano de Isabella en su hombro. Su voz era dulce y más tranquila cuando dijo—: Giovanni.

Ella se apartó.

—Tengo trabajo —acusó, como si la inculpara.

Isabella le rodeó la cintura, trató de arrastrarla hacia el patio: ahogando la risa dijo con el mismo tono de voz: —¿No lo creés?

Natalia la miró oscuramente. No sentía alegría sino cólera. Súbitamente, la cólera cesó. La dejó un momento sin fuerzas. Tuvo sed. Y de golpe, mientras pasaba las manos por sus cabellos, la sangre de Agostino, que tanto había añorado, corrió en sus venas, percibió el latido en sus sienes. Le trajo certidumbre y desazón. Seguida de Isabella, se apresuró hacia el patio.

Un hombre joven, vestido de traje, estaba detenido donde el patio empezaba, justo después del zaguán, con el aspecto de alguien que no ha llegado empujado por promesas, designios, sino depositado mediante un azar venturoso. Pero ahora necesitaba guía. Y entonces miraba a su alrededor curioso y un poco tenso.

Natalia no pensó en Adele. No sabía si estaba muerta o viva. Esa figura de traje condensaba su soledad. Por ese hijo el padre la había abandonado. Por ese hijo.

Con un sentimiento contradictorio la avergonzó haber dejado su carta sin respuesta. Nino podría haberle escrito, pero no se le había cruzado la idea. Aunque sus rencores de abandono se habían mitigado con la muerte de Agostino, aún subsistía en ella la convicción de que no debía efectuar un gesto hacia la gente odiada de la isla. Sin embargo, estúpidamente, en ese momento se preocupó de la carta no contestada y retardó el paso. Giovanni le pediría cuentas. ¿De qué? Él había recibido la mejor parte, ¿qué

quería ahí, en el extremo del patio, sin atreverse a avanzar? Avanzó ella, dura, erguida. Vio con el rabillo del ojo a Isabella y a sus hijos. Estaban expectantes, excitados, y ella se dijo con un rencor antiguo: no me conocen.

Natalia se detuvo a pocos metros. Se miraron un instante. Giovanni sonrió:

—¿Natalia? —preguntó.

—Sí —dijo Natalia con voz seca.

Él amplió la sonrisa. Parecía muy joven, así, sonriendo. De pronto el rostro se le desfiguró, se llevó la mano a la boca. Ella lo miró serenamente.

—Giovanni —dijo, y estuvo tentada de apartarse, de brindarle a lo sumo un gesto de cortesía alargándole la punta de los dedos. Le picó la nariz, el fondo de la garganta. El mar vino a su encuentro, la inmensidad que había atravesado Giovanni, y la desmoronó.

—¡Giovanni! —gritó abriendo los brazos. El picor de la garganta le subió a los ojos y el llanto la asaltó, salado como el agua de mar. Su padre le mandaba un hermano.

En su primer viaje, Giovanni le regaló a Natalia una blusa de seda, con dibujos ocres y azules, delicada al roce de los dedos como una piel joven. Fue el mejor regalo que había recibido Natalia, a quien la vida se los había mezquinado. Aun si hubiera recibido muchos, y esplendorosos, ninguno habría podido comparársele. Pero la blusa le quedaba chica, su pecho abultado se oponía al cierre de los botones, sus brazos apenas si entraban en las mangas. Guardó la blusa en el cajón de la cómoda, que aligeró de otras prendas. Cada tanto, cuando estaba sola, abría el cajón, sacaba la blusa y la extendía sobre la cama. A veces, con la yema del dedo seguía el contorno de los ocres y azules.

Pasados unos meses, una tarde en la que vio a Isabella con el rostro triste por uno de los enojos de José (ella ya no lloraba), como

si lo hubiera pensado desde mucho antes, sacó la blusa del cajón y se la puso entre las manos.

—No —dijo Isabella. Una expresión de incredulidad y luego de contento le atenuó la pesadumbre—. ¿Para mí? —preguntó, con el mismo tono al empleado cuando recibió de Domenico el caballito de metal.

—Sí —contestó ella severamente para detener las efusiones de su hermana.

Los objetos tenían otro destino que el de guardarlos. Ninguno, por otra parte, podía sostener por sí solo el recuerdo. Así había regalado hacía tiempo el martillo de Nino, también a Isabella, a quien mordía la preocupación porque los chicos habían extraviado el de José. Isabella no quería imaginar su bronca cuando él lo necesitara, la búsqueda de culpables y los reproches que le caerían encima. Prestamente y con agradecimiento aceptó el martillo que le ofrecía Natalia, sabiendo que de este modo la bronca tendría menos virulencia, duraría a lo sumo una semana.

Por última vez Natalia había acariciado el mango liso con su pintura envejecida. Era otra mano la que lo acariciaba ahora, con los dedos más gruesos, las venas más marcadas, el anillo de matrimonio tan ceñido en el anular que pronto debería dejar de usarlo. La huella de Nino ya no estaba, como tampoco la huella de su mano que había dibujado extraños animales, una serpiente ondulada con cola de perro, un perro con cuello de jirafa. El papel con los dibujos había desaparecido misteriosamente de su cómoda, quizás por una travesura en la infancia de Bruno. No recordaba el rostro de Nino, Beniamino, el menor y más amado. Entregó la herramienta que había guardado celosamente tanto tiempo sin que ningún recuerdo la asaltara, sin experimentar ningún dolor. Pero una tarde de domingo, oyó a José que martillaba en el patio y con arrepentimiento y lágrimas, se preguntó; —¿Por qué lo di? ¿Por qué lo di?

En su segundo viaje, que cayó en primavera, Giovanni se quedó tres días. Su barco estaba en el puerto. Había cumplido los sueños de Agostino, aunque imperfectamente como siempre se cumplen los sueños, o al menos, de otra manera que la soñada. Se había embarcado pero sus modales desenvueltos, su simpatía, no le habían servido para obtener un puesto de camarero en la primera clase, donde hubiera recibido propinas generosas, sino de pañolero. Vivía en el pañol, en el aire un poco rancio, subiendo y bajando la escalerilla hasta la cubierta, pero en el pañol, entre las latas de brea y pintura, las herramientas, las sogas, los cables, nadie lo mandaba. Contó su vida en el barco, su vida en la isla, y luego, ya de sobremesa, la muerte de Agostino con un dolor que aún sentía y en un momento aferró la mano de Natalia en la suya, como si hubieran estado juntos en ese día de tristeza.

Nunca la había olvidado, dijo, y él constantemente había visto en su padre una sombra, aun en las alegrías profundas. Mencionó la foto de Natalia sobre la repisa de la chimenea y la extrajo de su bolsillo donde siempre la llevaba desde la muerte de Agostino. Natalia miró con sorpresa a esa niña, de pie sobre un almohadón, vestida con una pollerita oscura y una blusa de mangas abullonadas y cuello blanco. ¿Era ella? Incómoda, sin ningún comentario se la devolvió a Giovanni. Él alisó los bordes y la guardó en su cartera de bolsillo; le pidió una fotografía reciente.

—No, no —se resistió Natalia.

Él insistió con esa sonrisa que lo hacía parecer más joven y que la conmovía. Buscó debajo de la ropa en los cajones y le entregó una foto que se había sacado poco antes de casarse. —No es tan reciente— dijo. Una mujer de rostro ancho, el pelo tirante peinado sin coquetería hacia atrás, la mirada distante. Él comparó el rostro que tenía enfrente. ¿Por qué tan seria? Por qué tan distante, justo antes de la boda. Hubiera querido interrogarla. Sonrió en cambio, sin

atreverse. Ahora no había distancia en su mirada, sólo afecto y detrás un poco de melancolía.

Dijo, guardando la foto, que debían visitar su barco. Y fijó una fecha. Mañana martes, porque el miércoles partía.

—¿Mañana? —dijo Natalia—. ¿Ir al barco? —Bajó los ojos—. Ni siquiera conozco el mar.

Y como en su acento había una pregunta no formulada, Giovanni habló del mar con sus rostros cambiantes, tan calmo como fijado en una serenidad inalterable o tan embravecido que la serenidad se recordaba como un imposible. El que rodeaba la isla era de un azul transparente, pero podía ser verde en el océano o tan oscuro como la brea en las noches sin luna.

—¿Alguna vez conoceré el mar? —preguntó Natalia, y en su voz, que en raras ocasiones expresaba un deseo íntimo, había una fuerte nostalgia.

Giovanni mintió risueño y dijo que antes de conocer el mar hay que conocer un barco. Sus reales habitantes, más que los peces, ballenas o moluscos.

—¿De verdad? —dijo Natalia, con la tentación de dejarse convencer. Y pensó que el barco— y el mar —habían sido los lugares de Agostino y que en esa visita ella podría ver (el barco) con la mirada de su padre.

Los chicos de Isabella seguían la conversación enmudecidos, con la boca abierta y las respiraciones ansiosas. Bruno, el hijo de Natalia, habló de pronto. Excusándose, declinó la invitación que, por otra parte, no guardaba demasiados atractivos para él, otras cosas lo absorbían: el trabajo, los amigos, la novia. Giacinto carraspeó y Bruno miró a su padre con disgusto temiendo que abriera la boca. Pero Giacinto sólo se había atragantado, comía mientras pensaba en un número de la quiniela y en cómo conseguiría dinero para apostarle. Completamente absorto se devanaba los sesos. Bruno desvió la vista tranquilizado, y notó una expresión distinta en la madre, como si fuera más joven, más vulnerable.

—Vayan —alentó.

—¿Vendrán? —preguntó Giovanni.

—Sí —dijo Natalia—. Sí —dijo Isabella, mirando de reojo a José para ver si aprobaba. No discernió ninguna respuesta en su rostro, pero por una vez era tan grande su deseo que sin esperar repitió: —Sí— las mejillas ardientes de placer, por una vez decidía sola aunque José se enojara. Rió de pronto: —Sí, sí— dijo.

Al día siguiente, hacia la noche, se encaminaron al puerto, una corte de dos mujeres y cinco niños que caminaban juiciosamente tomados de la mano. José, a pesar de los temores de Isabella, había accedido a la visita con una benevolencia inhabitual; permaneció en la casa, se levantaba a la madrugada. Y Giacinto, que debía levantarse a la misma hora, aunque siempre se le hacía tarde, no se atrevió a ser de la partida, bastó una mirada de Natalia para detenerlo.

Los niños, felices e intimidados por un paseo en un día de semana a una hora en la que nunca habían salido, al anochecer, quedaron deslumbrados ante la aparición del barco, esa blanca mole iluminada en el muelle, con chimeneas y mástiles. Subieron por la planchada, miraron desde la borda la ciudad y el río. En la primera puerta que atravesaron, desaparecieron las chimeneas y mástiles, los grandes botes de salvamento colgados de sus cadenas, el muelle y la ciudad. El barco no tenía fin, cabinas, salones, escaleras que conducían a extraños lugares, una casa inmensa con diminutas ventanas redondas. Giovanni levantó la tapa circular de hierro que cubría la escalerilla del pañol y señaló hacia abajo: allí trabajaba.

La menor de las hijas de Isabella se asomó tomada de la mano de su madre, observó el hoyo profundo y alzando la cabeza, preguntó:

—Y el barco, ¿dónde está? ¿Dónde se fue el barco?

—*Estamos* en el barco —dijo Isabella riendo, pero no la convenció. Era una niña tímida y tozuda, se apartó del hoyo

profundo con una sensación de pérdida y de engaño.

Natalia miraba con los ojos de Agostino. Él había recorrido el barco, debió conocerlo como su propia casa, tal vez había baldeado la cubierta antes del amanecer, lustrado los bronces, arrojado las maromas para afianzarlo en el muelle; en su primer y único viaje hacia el destino que la engendraría, había contemplado la ciudad, quizás de casas más bajas, el río amarronado. Lo sintió cerca y hasta sintió cerca el mar, que conocería poco antes de morir.

En la amplia cocina de la tercera cubierta comieron pan con quesos picantes, aceitunas y pizzas de distintos sabores que había preparado el cocinero amigo de Giovanni. A medida que terminaban su turno de trabajo, se sumaron varios marineros y se formó una larga mesa. Corrió el vino, se hablaba en voz alta y esos hombres se mostraron amables, jovialmente dispuestos a la risa. Isabella sintió que aún gustaba y sus mejillas enrojecieron con frecuencia. Un maquinista, sentado al lado de Natalia, le tocó el codo, dijo con intención lisonjera que esos ojos verdes sólo se daban en el norte. Le llenó el vaso de vino. Ella perdió su rigidez, se sintió contenta de oír el italiano a su alrededor, como si estuviera en Italia, ese país de donde había venido su madre y cuya tierra de olivos, de sembrado de habas, de paisajes estériles o magníficos jamás conocería, aunque tendría la gracia de conocer el mar.

Hacia la medianoche, a punto de partir, Giovanni abrazó a Natalia fuertemente. Permaneció callado mientras los marineros los despedían a grandes voces desde la cubierta, y para los niños, para Natalia e Isabella ésa fue una fiesta que no olvidaron nunca.

Antes de reiniciar a pie el camino hacia la casa, la más pequeña de las hijas de Isabella volvió la cabeza y dijo, con un suspiro: —Ahí está el barco.

En el ‘39 estalló la guerra y los viajes de Giovanni se interrumpieron. Durante la guerra, en esos años, murió Natalia que poco antes había

conocido el mar.

Terminada la guerra, Giovanni recibió una carta, como había sucedido con Natalia hacía mucho tiempo, pero él no necesitó buscar quien la leyera. Si en ese entonces los sentimientos de Natalia habían sido aprensivos, los de Giovanni, en cambio, fueron de alegría. Observó el sobre con su nombre y de inmediato el del remitente en el dorso; le escribía Bruno, el hijo de Natalia. Sonrió como de una confirmación feliz; impaciente y sin embargo cauteloso, demoró el momento de abrir el sobre porque la alegría era mucha, necesitaba tranquilizar la emoción, inesperada en ese día donde nada anunciaba una sorpresa. Se sentó y bebió un vaso de vino.

La primera carta que llegaba de la Argentina después de seis años. La guerra había sido dura y entre otras cosas había revelado la verdadera dimensión del océano, la verdadera distancia que consiste en no saber nada del otro. Él había trabajado en una fábrica de armamentos en Portofino y había agradecido ese trabajo en una época de hambre. No lo habían llamado al frente, sólo habían experimentado angustia por los aviones que sobrevolaban la isla y había sido constante la lucha con los campesinos que alzaban los precios de los alimentos, una gallina, unas papas, un poco de trigo, leche y manteca a veces, se llevaban su sueldo.

Agradeciendo la paz, desestimaban la derrota. Giovanni, como todos, quería recuperar la cotidianidad de antes de la guerra, retornaría a su barco, seguramente a su antiguo puesto de pañolero, que lo conduciría a Buenos Aires. Como en la Argentina no habían padecido la guerra, él ni por asomo tuvo la menor aprensión. Abrió el sobre con dedos nerviosos, apenas sedimentada la alegría.

De pronto dejó de oír los ruidos familiares de la casa, alguna voz en la calle. Caminó hacia la chimenea con pasos pesados. Colocó el sobre en la repisa, apoyado en la pared, como antes había hecho Agostino con el retrato de Natalia. Ahora él guardaba el retrato en el bolsillo y lo tocó a través de la tela.

La mujer de Giovanni, que se llamaba Bice, se asomó desde la cocina con una expresión de curiosidad. —¿Qué cuentan…?— comenzó y no siguió. Le miró el rostro y comprendió que la carta anunciaba una muerte y sin que mediaran palabras supo de quién era.

Giovanni salió en dirección a la playa. Ella quiso decirle que estaba desabrigado. Sólo le rozó la mejilla en silencio y mientras él se alejaba observó sus hombros vencidos y cómo la muerte nos cambia la forma de caminar.

Giovanni, muy cerca de la orilla, movió unas piedritas con el pie, contempló el mar, pensando en Natalia, en esos encuentros que habían tenido durante años hasta que estalló la guerra. Él había conocido a Giacinto, ese hombre tan basto, un poco tonto, y nunca pudo explicarse cómo Natalia se había casado con él, una mujer enérgica y despierta, con esa expresión intensa en los ojos verdes que le recordaban a los de su padre. Tanto se lo recordaba que Agostino se hacía presente en esos ojos, compartiendo el color y las sombras. En cada viaje había visto la pobreza de la casa, la pieza oscura, la máquina con los pantalones para coser, y él que se consideraba pobre pero tenía su casa propia (y el horizonte del mar) había valorado doblemente las comidas suntuosas en carnes que ella le preparaba. Miró el mar y se preguntó si Natalia estaría reunida con su padre y la congoja de su corazón le hizo decir sí, que la muerte es la puerta que se abre a lo imposible. Si tiene algún sentido, la muerte, es la de permitirnos la libertad en los deseos. Y lo imposible era esa barca que veía a lo lejos, navegando serena en el mar, con dos diminutas figuras en cubierta, Natalia y Agostino juntos. Y en esa ubicuidad posible de la muerte, estaría también Natalia con su madre, con todos los seres que ella había amado y que él no conocía (con su pequeña hermana Agustina, con Nino en una vida feliz…). Eso pensó, mirando el mar.

Giovanni visitó la Argentina hasta que se jubiló. Se sentaba a la mesa que con el mismo cuidado y afecto le preparaba Isabella. En los primeros viajes después de la guerra, no era él quien regalaba. La guerra los había dejado muy pobres. Cada vez que partía de regreso a la isla, había un paquete con ropas, zapatos para sus hijos, que Giovanni recibía con dignidad, como si no advirtiera que sus donantes padecían estrecheces, pero bien lo advertía. Sin aparentarlo, registraba hasta el último remiendo en las ropas de Isabella y de sus hijos, las zapatillas gastadas, la vajilla despareja, la falla de comodidades en la penuria del espacio.

En la mesa, hablaba con José, hospitalario y cordial. Los hijos, ya grandes, callaban y se decían que el padre mostraba otro rostro, no porque fingiera sino porque el hecho de poder ser hospitalario lo conducía a otro lugar donde no era un hombre de mal carácter agobiado por el trabajo y la escasez de dinero sino un señor magnánimo. Isabella se sentaba última, después de servir a todos.

Con el tiempo hubo mayor holgura. Cuando las hijas mayores comenzaron a trabajar, apenas adolescentes, pudieron mudarse a tres habitaciones sofocantes en los altos de una casa de inquilinato. Les pertenecía el baño y contaban con una terraza donde en los días de verano dormían bajo las estrellas.

La Argentina florecía. José rezongaba porque su difuso anarquismo lo unía sin embargo con lazos fuertes a su clase, no entendía cómo los obreros podían someterse a ese militar que vociferaba en los balcones. Mentía como Mussolini y como Mussolini transformaba los derechos en prebendas o limosnas. Dejaría un país arrasado. Giovanni callaba, aludía raramente al fascismo que en la isla y antes de la guerra, en medio de sus viajes, habían padecido poco. Al fascismo no le imputaba la guerra ni la derrota.

En cada viaje, el barco permanecía un día o dos en el puerto, cada vez menos porque los aranceles aumentaban. Pero Giovanni

aparecía hacia la noche, con pequeños obsequios, y lo obligaban a sentarse en la cabecera de la mesa que José le cedía.

Las hijas de Isabella y su único hijo varón, bebían las palabras que pronunciaba Giovanni en su italiano armonioso. Hablaba de la isla, del mar, de su barca donde pescaba en vacaciones. La llamaba barca, pero en realidad era un bote con un par de remos. Le gustaba dejarse arrastrar por la corriente, aunque Bice, su mujer, protestara porque el retorno le podía resultar complicado. Pero ella bien se alegraba cuando él traía una cesta con peces casi vivos de escamas transparentes.

Hablaba Giovanni del pueblo cercano a la playa y del otro, alejado en la cumbre de la colina, de Cesare y Renato, hombres severos que habían muerto en Génova y de como habían viajado hacia Buenos Aires para llevar de vuelta a Agostino. Contó de aquella vez, cuando en un ejercicio de salvataje, un bote al descender de sus cadenas lo había golpeado lanzándolo hacia el mar. El golpe lo había sumergido muy hondo y él había nadado con desesperación hacia la superficie hasta emerger la cabeza para beber el aire ansiosamente; se había quitado las zapatillas que le pesaban y había esperado en esa terrible inmensidad en la que no quería perder la esperanza de sobrevivir, aunque el barco, siguiendo su rumbo, se alejaba. Él había agitado las piernas sólo lo necesario para mantenerse a flote, no gritó. Únicamente cuando se proyectaba por un instante fuera de la superficie veía las chimeneas empequeñeciéndose. Pero por fin, como si hubiera olvidado algo en el mar, el barco aminoró su marcha, viró lentamente y lo rescató al cabo de un tiempo interminable. Fue un milagro, siglos allí, apenas una cabeza de alfiler en el océano, relataba Giovanni con una sonrisa todavía conmocionada. Y suerte que había sido una tarde luminosa. Todos, incluso los pasajeros de primera, lo habían palmeado y considerado un héroe. Porque si bien no había sido un héroe, había tenido suficiente serenidad para conservar el control, lo que en caso contrario hubiera significado su muerte.

Las chicas y el muchacho de Isabella dejaban de comer, suspendían la respiración. Imaginaban a Giovanni en el mar, en toda esa vastedad de agua, y se estremecían. Ninguno de ellos conocía el mar y al no conocerlo su vastedad era mayor, ahuyentados al infinito los límites con la tierra.

Invariablemente, en cada encuentro, Giovanni mencionaba a Natalia. Recordaba su última comida, su primer abrazo en el patio, contaba cómo su padre había vivido con la culpa y la pena del abandono.

La menor de las hijas de Isabella, la que tenía el rostro mate y los cabellos enrulados como el abuelo, escuchó sentada a la mesa ocupando un lugar entre su hermano y su primo, el hijo de Natalia. En esas charlas de sus mayores nunca intervino. Guardó la memoria de Natalia, de Giovanni, y con lo que le contó su madre, Isabella, de odiada y tierna mansedumbre, muchos años más tarde escribió esta historia apenas inventada, que termina como cesan las voces después de haber hablado.



Escritora argentina de narrativa y teatro, Griselda Gambaro nació en 1928 en Buenos Aires, y se la reconoce como una de las figuras insignes de su generación y una de las más comprometidas contra la dictadura argentina, que incluso llegó a figurar en sus listas negras en 1979. Pasó tres años en Barcelona en el exilio (1977-80).

Ha sido distinguida con el Doctorado Honoris Causa del Instituto Universitario Nacional de Arte (IUNA) y galardonada en varias ocasiones por la Fundación Konex, que en 2014 reconoció su aportación profesional con la Mención Especial por Trayectoria. Fue la primera mujer en inaugurar una edición de la Feria del libro de Buenos Aires, en 2005.

De su faceta de novelista, destacan *Ganarse la muerte* (prohibida en su tiempo por el general Videla), *El mar que nos trajo* o *Después del día de fiesta*, fundamentales en el panorama argentino contemporáneo.

Como dramaturga, Gambaro cosecha un teatro ético, basado en las relaciones interpersonales mediante el que explora la verdad de la

condición humana y expresa sus preocupaciones de justicia, dignidad y perdón.

Índice de contenido

Cubierta
El mar que nos trajo
Sobre la autora